



CRIACUERVO

Orlando Echeverri

Lectulandia

Klaus y Adler son hermanos pero tienen poco en común: la infancia en Berlín, la intimidad con el agua y el amor por la misma mujer: Cora. Después de muchos años, Klaus, asentado en Criacuervo, un lugar en pleno desierto de La Guajira, decide invitar a Adler y a Cora y conciliar de esa forma un pasado conflictivo. Esta historia recorre el sendero de los destinos rotos, así como el intento desesperado por encontrarle un sentido al camino que no escogimos seguir.

Lectulandia

Orlando Echeverri Benedetti

Criacuervo

ePub r1.0

Titivillus 22.11.2018

Orlando Echeverri Benedetti, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Criacuervo

Introducción: los hijos del bosque

Primera parte: gritar bajo el agua

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Segunda parte: el desierto de Klaus

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Epílogo: la voz de nadie

Introducción: los hijos del bosque

En la luneta intacta del vehículo deformado entre los fresnos, la policía encontró una calcomanía que rezaba: *Quizá el enigma de Dios sea tan vago y, sin embargo, tan cierto*. Dentro del carro se hallaban los cuerpos sin vida de una pareja de biólogos. Los medios informaron que se trataba de un matrimonio que había trabajado durante años para la Sociedad Max Planck, donde intentaban interrumpir el mecanismo patogénico de una rara enfermedad llamada Lafora. Por sus investigaciones con la enzima de un hongo común, los habían invitado al más importante simposio alemán de micología, que organizaba entonces la Universidad de Hohenheim, en Stuttgart. Aunque la universidad les ofreció pasajes gratuitos para que se trasladaran en avión desde Berlín, la pareja había optado por hacer el trayecto en su propio auto. Era verano y la ruta ofrecía paisajes magníficos. Días después, el carro apareció volcado a un costado de la autopista 71, en los bosques de Turingia. El primero en hallarlo fue el conductor de un camión que transportaba cerdos desde una zahúrda de Gotha, que había advertido el rastro de destrucción trazado por el coche antes de estamparse contra una densa arboleda. Según su testimonio, había detenido el camión para adentrarse en la floresta en busca de sobrevivientes. En los informes constaba que el vehículo de los biólogos apareció despedazado, cubierto por la hojarasca y con los cristales salpicados de sangre seca. El chofer dio aviso a la policía desde una estación de gasolina cercana. Cuando las autoridades llegaron a la escena junto con una ambulancia, descubrieron que no había nada que hacer.

El matrimonio tenía dos hijos en Berlín: Klaus y Adler Zweig.

La familia había vivido en el tercer piso de un edificio de cinco plantas en la parte obrera de Lichtenberg, un distrito al este de la capital. Los biólogos tenían pocas amistades, entre las cuales se contaba una vecina que vivía en el piso superior. Su nombre era Anna Baumann, tenía una hija llamada Cora y regentaba un almacén de alfombras importadas desde Azerbaiyán. Cora y los hermanos Zweig mantenían una estrecha amistad.

Desde temprana edad, Klaus y Cora se gustaron intensamente. Con frecuencia, Adler, el menor de los tres, los descubría besándose a escondidas en las escaleras y en una pose telenovelesca. La situación le hacía hervir la sangre y lo lastimaba en lo profundo, pero nunca se atrevió a confrontarlos. Notaba que ningún reproche podría ser legítimo. A los diez años, Adler aprendió a sufrir y a rezar, y comprendería que toda plegaria es un grito bajo el agua. De nada parecía importar que Cora y él tuvieran más cosas en común. Ambos leían con avidez la colección de fábulas que tenía Anna en el apartamento. Era, en realidad, la única actividad de la que Klaus

quedaba excluido. Devoraron a Abstemius, Esopo, Lessing, Lokman, Florian, La Fontaine... ¿Qué animal crees que serías tú en una fábula?, le preguntó Cora una vez. Él dijo que una rata. Que no es que le gustaran las ratas, pero que creía que era el animal que le tocaría en suerte. Ella le dijo que con ese pelo rubio más bien sería un canario. En momentos así parecían rozar la intimidad perfecta, aunque Adler sabía que su hermano estaba siempre al acecho, listo para ganarse la risa de Cora sin el menor esfuerzo.

A menudo, los biólogos se ausentaban por periodos de dos a tres días. Anna Baumann se hacía cargo de los chicos y no pocas veces los llevaba a dormir a su apartamento. Organizaban comidas en restaurantes o daban paseos por el parque. Todos los veranos, sin excepción, adquirían carnets para asistir a las piscinas públicas de Berlín. Allí los hermanos Zweig se desafiaban en feroces competencias que Anna cronometraba a viva voz y con poca precisión. Fue en esas piscinas llenas de niños y mujeres robustas donde Adler decidió hacerse nadador. Casi siempre le ganaba a Klaus, pero nunca logró vencer a Cora en el juego de aguantar la respiración bajo el agua. Nunca le ganaba en nada.

La mañana en que Anna Baumann recibió en su casa al inspector de policía que le informó acerca del accidente de los biólogos, decidió no ir a trabajar. Hizo lo mismo al día siguiente y no envió a los hermanos a la escuela. Los dos Zweig habían estado quedándose en su apartamento por casi una semana, cosa que ya sabían rara, pues sus padres no duraban fuera tanto tiempo. Anna los despertó cerca del mediodía sin explicarles por qué no fueron a la escuela. En silencio, les preparó jugo de toronja, huevos revueltos y calentó un par de *croissants*. Se quedó mirándolos mientras comían. Tenía los ojos húmedos y brillantes. Fue Klaus quien preguntó por qué los había dejado dormir hasta tarde. Entonces ella les dejó saber que papá y mamá estaban muertos. Adler se había puesto a llorar con las manos en el regazo. Klaus, en cambio, clavó la mirada en el plato y jugó con la comida lo que quedaba de la mañana. Más tarde, Anna se los llevó a su almacén y los dos se quedaron sentados y en silencio sobre una alfombra con filigranas pérsicas y dromedarios bordados con hilos plateados.

Fue al cabo de unos días que apareció frente al edificio un viejo Trabant (esos vehículos horribles y minúsculos que se conseguían en la Alemania Oriental antes de que cayera el muro, y por los que, una vez solicitados al Gobierno, era necesario esperar durante diez años). El auto pertenecía al abuelo de los Zweig por parte paterna, que se presentaba allí para reclamar la custodia de los chicos. Después de los trámites de rigor con Servicio Social y algunas pataletas de los hermanos, fueron a vivir con él a Hamburgo.

El abuelo se llamaba Abelard. Vivía en un edificio para solteros. Era un hombre hermético, tosco, de mal carácter, que solía vestirse con holgados pantalones negros de tergal y camisas blancas arremangadas a la altura de los codos. Tenía los antebrazos con flores tatuadas: una orquídea, una rosa, un tulipán y un jazmín. Era

viudo. Su única compañía era un doberman al que debió sacrificar mucho después, cuando, tras perder la vista y el olfato, le mordió la cara mientras hacía una siesta. Dado que su único hijo, el biólogo, nunca le presentó a sus nietos, estos lo consideraron desde el principio un completo desconocido. Abelard decidió hacer el funeral en el cementerio Ohlsdorf de Hamburgo. Les explicó a los chicos que desde ese momento él iba a ser papá y mamá y, desde luego, abuelo. Ellos no comprendían o comprendían poco o imaginaban que todo aquello era una situación absurda que pronto se aclararía. Con tiempo, sin embargo, se darían cuenta de que las cosas iban a ser cada vez más turbias y enrevesadas. A excepción de ellos tres, no se presentó nadie más en la ceremonia. Para los hermanos Zweig fue un funeral artificial. A Adler ese momento le dejaría en el corazón la impresión de que sus padres no tuvieron ni un solo amigo en el mundo.

Una noche, cuando se cumplían más o menos tres meses de su mudanza a Hamburgo, Klaus le preguntó a Abelard por qué nadie había ido a despedirse de su madre en la ceremonia. Abelard bebía su séptimo tazón de *glühwein* y le respondió tajantemente que la gente trabajaba los miércoles y el funeral había sido un miércoles. Que esa era la razón. Después Klaus quiso saber cómo se habían conocido sus padres. Abelard, impaciente por las preguntas, se paseó la lengua por la boca y le respondió con mirada ebria que con muy mala suerte. Klaus no entendió. ¿Por qué con mala suerte? Y como si una horrible visión lo perturbara, Abelard sacudió la cabeza y dijo que mami era una gitana. O sea, una furcia. ¿Qué es una furcia?, había preguntado Adler. ¡Una furcia es una puta y una gitana es una furcia! Abelard gritaba estas cosas al tiempo que golpeaba la mesa. Luego se había puesto a sollozar.

Klaus nunca le perdonaría ese comentario ni tendría en cuenta que su abuelo había pronunciado aquellas palabras borracho y adolorido. De hecho, esa misma noche, después de las doce, Adler vio que su hermano se levantaba de la cama y que recogía una extensión eléctrica que Abelard usaba en la sala. Lo siguió por todo el apartamento, preguntándole entre susurros qué diablos creía que estaba haciendo. Sin responderle, Klaus agarró al doberman de Abelard, le ató el cable al cuello y lo llevó por los pasillos y las escaleras hasta la salida del edificio. Una vez allí, Adler vio que Klaus arrojaba el otro extremo del cable por encima de la rama alta de un árbol y que empezaba a tirar con fuerza para estrangular al animal. El perro, que al principio debió de creer que lo sacaban a pasear, empezó a aullar entrecortadamente mientras sacudía las patas en el aire con desesperación. Adler observó el episodio con las piernas hechas un hilo, sin atreverse a intervenir. Los aullidos del animal despertaron a los vecinos, y cuando Abelard apareció en el rellano del umbral, corrió a salvarlo. Adler recordaba la expresión de terror con que el viejo observaba a su hermano, que aún con el cable en la mano le mantenía inexpugnable la mirada.

En el nuevo colegio de Hamburgo apenas se comunicaron con sus demás compañeros. Ninguno de los Zweig supo jamás cómo los otros estudiantes se enteraron de que sus padres habían fallecido en los bosques de Turingia. En poco

tiempo se pergeñaron las bromas de rigor. ¿Dónde están sus padres?, les decían. Ellos fingían hacer caso omiso, pero oían con atención y rencor cada palabra. Sus padres están en el bosque, era la respuesta que llegaba ineludible al final. Y luego les cantaban canciones en las que los trataban de animales de floresta y que concluían: *Porque es que los Zweig son los hijos del bosque*. Como era de esperar, fue Klaus el primero en estallar. En la cafetería, una tarde, le clavó el tenedor en el trapecio a uno de los bromistas. El muchacho chilló por el corredor pidiendo auxilio con aquel cubierto ensartado cerca del cuello como una antena. Abelard se vio forzado a explicarle al director y a los padres de la víctima las circunstancias por las que los hermanos habían pasado para que no los expulsaran. En todo caso, nunca más volvieron a llamarlos de esa manera. Adler quedó relegado y Klaus comprendió la utilidad de la violencia.

No era difícil prever que Klaus iba a convertirse en un adolescente belicoso y conflictivo. Tenía dos amigos búlgaros con quienes robaba tiendas. Levantaba pesas. Eran célebres sus peleas en el colegio. Todo parecía indicar que iba a transformarse en un delincuente o en un psicópata. Abelard no encontró la manera de controlarlo. Nada servía. Ninguna amenaza lo amedrentaba. Ninguna bofetada tenía suficiente fuerza para quitarle esa mirada adusta y orgullosa. Al viejo no le quedaba más remedio que presentarse a pedir disculpas en el colegio cuando el muchacho le rompía la jeta a otro estudiante; pagar el doble por las cosas que se robaba en los comercios del barrio; sacarlo de la comisaría si lo capturaban. Adler sabía que, a pesar del comportamiento violento e impredecible de su hermano, este seguía enamorado de Cora. Se escribían cartas con una rigurosidad inquebrantable. Klaus guardaba esas cartas con celo en una gaveta a la que ponía llave y cuando cumplió quince años empezó a visitarla todas las Navidades en Berlín. Cora nunca lo invitó a él.

Adler se refugió en la piscina de la escuela. Se quedaba allí después de las clases entrenando con el exiguu equipo de natación, pero permanecía en el gimnasio hasta el anochecer, cuando encendían las luces subacuáticas y el bullicio de los chicos recorriendo los pasillos contiguos era reemplazado por el zumbido de las luces fluorescentes que pendían de las vigas del techo. Nadaba solo entre los destellos diamantinos o se quedaba largo tiempo flotando bocarriba con los ojos cerrados. Salvo el conserje, que solo se presentaba a última hora para anunciarle que debía irse, no había nadie más en los alrededores. El conserje tenía en la boca una de esas cicatrices que dejaban las intervenciones quirúrgicas para corregir el labio leporino, y los chicos de la escuela contaban leyendas sobre él. Todas falsas, desde luego. En realidad, era un sujeto bastante amable que lo dejaba permanecer en el gimnasio hasta que su jornada terminaba. Jamás se entrometía en su espacio antes de la hora de cierre. Adler solía llevar de casa un sándwich de pavo y un refresco; comía, volvía al agua, a veces hacía las tareas o leía libros que sacaba de la biblioteca escolar y que luego devolvía con las páginas ribeteadas. Esa piscina estrecha con agua

excesivamente clorada fue su reino perfecto, y la decisión de convertirse en un nadador profesional parecía un intento por preservarlo.

La relación entre los hermanos Zweig pasó de ser escasa a nula cuando terminaban el Gymnasium. Ninguno se metía en los asuntos del otro. Vivían como dos animales de distinta especie confinados en la misma jaula. Poco antes de que Klaus se dispusiera a hacer el Abitur, Abelard le propuso que se inscribiera en la Deutsche Marine. Para sorpresa de todos, Klaus lo intentó y fue aceptado. Lo último que Adler sabía acerca de su hermano en los años que siguieron fue que se convirtió en un suboficial especializado en buceo de reparación de cascos. El día que se marchó de la casa con un bolso de tela basta que Abelard le obsequió, Klaus le estrechó la mano sin decir una sola palabra y nunca regresó. En aquella época, ya Adler fijaba también su propio rumbo: era un deportista en plena forma y hacía parte de la Federación Alemana de Natación. Viajaba a campeonatos por toda Europa. Su habitación empezó a colmarse de trofeos y medallas. Tenía una estrecha relación con su entrenador, Lars Rauff, quien en determinado momento llegó a creer que tenía en sus manos a un atleta virtuoso. Una promesa. La promesa alemana. Entonces cosechó sus más importantes triunfos, pero nunca se mudó del apartamento que compartía con Abelard en Hamburgo. Estuvo allí, con él, cuando el viejo fue perdiendo la lucidez. Se hizo cargo de sus finanzas tras enterarse, por una carta del banco, de que había hipotecado el apartamento para invertir en un diario de ultraderecha que quebró a los pocos meses por falta de anunciantes. Como Adler pasaba la mayoría del tiempo fuera del apartamento, debido a sus compromisos con la Federación, contrató a una enfermera para que se hiciera cargo del anciano. La mujer se llamaba Olga. Tenía dos hijos albinos. Cuando la salud del viejo empeoró, Adler decidió enviarlo a un geriátrico y prescindir de los servicios de la enfermera. Olga, sin embargo, siguió visitando la casa en compañía de sus chicos.

Primera parte: gritar bajo el agua

*Comprendí cómo un hombre ahogándose podía
sentir de golpe que estaba calmando una sed profunda.*

Denis Johnson, *Hijo de Jesús*

1

A partir de los veinticinco años, Adler perdió el interés por la natación profesional. En las competencias ya no veía otra cosa que el anhelo imbecil por trasladarse desde el punto A al punto B, de la misma forma que lo haría un tren bala o una foca amaestrada. Competir, además, ya no le producía la menor emoción. Tenía la sensación de que nunca le había gustado. Este hecho se evidenció en su rendimiento cada vez más mediocre y en su marca, una burla entre los demás atletas. Si no fue expulsado de la Federación, se debió al especial cariño que sentía por él su entrenador, Lars Rauff. Durante tres años de declive profesional y físico, Adler no hizo otra cosa que holgazanear y flirtear en los torneos con las nadadoras, que a menudo lograba llevarse a la cama en complicidad con el médico del equipo. Fue este sujeto, Hermann Röttgen, quien le suministró corticosteroides, eritropoyetina y hormonas de crecimiento para una competencia de cien metros en modalidad de mariposa que Adler se había obstinado en ganar antes de tomar la decisión de abandonar la Federación. Las cosas no salieron como lo esperaba. Primero, porque a pesar del dopaje llegó en la cuarta posición. Y segundo, porque los resultados de la prueba de orina demostraron que estaba atiborrado de sustancias prohibidas. Un mes después fue citado en Kesser para su expulsión deshonorosa.

2

Siendo ya un hecho que iba a dejar de hacer parte de la Federación, Adler organizó una fiesta en su apartamento de Hamburgo. Aunque no lo hacía de manera consciente, quería demostrar que todo lo que concernía a la expulsión le importaba un bledo. Que podía celebrarlo; que podía bailar sobre su propia tumba. En el fondo, sin embargo, se sabía un hombre perdido y solo, un tipo de casi treinta años, soltero, sin hijos, sin la menor perspectiva laboral decente y sin ninguna carrera universitaria que le ofreciera competencias en la vida fuera del agua. ¿Qué iba a hacer de allí en adelante? ¿Trabajar en un *spa* como instructor de natación? ¿O acaso iba a ganarse la vida con ancianas en la piscina de un club campestre? Silenció las preguntas con un trago de vodka. A la fiesta asistieron algunos nadadores, algunos desconocidos, e incluso Lars Rauff y Hermann Röttgen. También se presentó un tipo que detestaba: Wolfgang. Tenía veintidós años, una irritante voz nasal y era, según Lars, el atleta que iba a dar de qué hablar durante las próximas olimpiadas. Siempre que decía estas cosas lo hacía asintiendo, casi aplaudiendo, como si bailara un ritmo de moda. Era patético. Además, Lars trataba a Wolfgang con una delicadeza excesiva y sumisa como si fuera una novia profundamente enamorada más que su entrenador.

Para la fiesta, Wolfgang había llevado un reproductor de MP3 con música de Röyksopp y un gramo de cocaína que inhaló con Adler en el baño. Hacerlo sin que Lars se diera cuenta fue difícil. De hecho, durante casi toda la noche Lars procuró estar pegado a Wolfgang. Cualquier pretexto servía para tocarlo, adularlo, olerlo, sonreírle. Se relamía en su presencia. Allí estaba su entrenador, ese hombrecillo afeminado, siempre atildado y prolijo, con los pies minúsculos de un niño y los labios brillantes, embelesado por su atleta. En la madrugada, Adler ya estaba borracho y el corazón le latía con violencia. Conoció a una muchacha de diecinueve años cuyo arribo a la fiesta era un misterio. Se encerró con ella en la habitación, la desnudó, le besó el pecho, el cuello y la boca sin sentir especial placer, y al final no fue capaz de tener una erección. Dos días después de la fiesta recibió bajo la puerta la citación para que se presentara en Kesser en una semana. También recibió un sobre con una fotografía en la que aparecía Klaus.

La expulsión se llevó a cabo un 24 de noviembre. Adler viajó a Kesser en tren con una maleta horrible que halló bajo la cama que antes ocupaba Abelard. Llevaba la fotografía de su hermano doblada en el bolsillo de su *blazer*. A veces la sacaba, se la quedaba mirando largo tiempo y la volvía a guardar sin saber qué pensar. Llegó con una hora de ventaja a las instalaciones de la Federación, pero no se atrevió a entrar. Vagó un rato por los alrededores; compró una botella de licor de anís en una tienda árabe y la bebió con tranquilidad en el estacionamiento de la Federación. Casi no había autos aparcados y las paredes del edificio azul turquesa se confundían con el cielo. Durante un rato se regodeó en una conmiseración sin objetivo. No recordaría

con exactitud qué le dijeron después en la oficina donde debió presentarse. Las palabras *códigos*, *sustancias* e *inadmisible* daban vueltas en el aire como los pinos de un malabarista, y había varias personas que intercalaban su atención entre el reloj de pared y los documentos dispersos en el escritorio de Formica. Actuaban como si no se hallara allí, y de cierta forma estaban en lo cierto. Adler se encontraba medianamente bebido y desorientado. Asentía a todo. Al final, una mujer le entregó una bolsa con las cosas que había en su casillero y un tiquete de regreso a Hamburgo en una aerolínea de bajo costo. Luego un abogado leyó una circular en voz alta y tono severo. Adler firmó donde le señaló con el dedo y, cuando salió de allí, ya no sabía quién se suponía que era.

El vuelo de regreso a Hamburgo fue corto y sin turbulencias. Una vez arribó el avión, se dirigió con los demás pasajeros hacia la sala de equipajes. Aguardó detrás del gentío con la fotografía de Klaus en la mano. Estudiarla cada tanto se había convertido en una obsesión. En el centro de la imagen aparecía un hombre en albornoz en medio de un desierto. Tenía una gasa mugrienta que le cubría el ojo derecho y la piel curtida por el sol. A un lado había un niño que sonreía hacia la cámara y al otro una negra que miraba por encima del obturador sin demostrar demasiado entusiasmo. Así que el cabrón está tuerto, pensó. Hacía más de diez años que no lo veía. Se preguntó si el chico era su hijo. Pero lo que más lo sorprendía era que quien le hubiera mandado la carta fuera Cora Baumann. Había, en el respaldo, una lacónica nota escrita y firmada por ella en la que lo invitaba a Berlín, y donde además le explicaba que la foto había sido tomada en el desierto de La Guajira. Adler no tenía la menor idea de dónde quedaba ese lugar. A duras penas podía pronunciarlo. Tampoco tenía claro por qué motivo Cora deseaba verlo.

Cuando levantó la vista notó que su maleta era la única que daba vueltas en la cinta transportadora. Los demás pasajeros ya se marchaban y la sala había quedado vacía. Guardó la foto en el bolsillo del *blazer* por vigésima vez. Durante un rato se quedó allí, de pie, con la mirada perdida, estudiando aquella maleta que continuaba su desamparado recorrido hacia ninguna parte. Se sintió un poco como esa maleta. Además, se dio cuenta de lo fea y anticuada que era: el cuero artificial, deslucido, los bordes reforzados con placas de aluminio abollado y las bisagras herrumbrosas. Habría podido abandonarla. No tenía nada importante en su interior. Imaginó, sin embargo, la gran decepción que le causaría a las autoridades del aeropuerto. Una revista pornográfica, dos bañadores, unos anteojos de natación, un puñado de cubiertos que había robado de un hotel italiano donde se hospedó para la última competencia. Notó que un guardia lo estaba mirando y, como lo último que deseaba era que lo interrogaran, agarró la maleta y se marchó del aeropuerto.

Llegó en un taxi a su calle al atardecer. En las escaleras de la entrada del edificio encontró a dos gemelos albinos jugando a las espadas con palos de escoba y enmascarados con platos de plástico con agujeros para los ojos. Los conocía. Eran los hijos de Olga, la enfermera que había cuidado a Abelard antes de que decidiera

recluirlo en un geriátrico. Olga seguía visitando el apartamento de vez en cuando. Tenía las llaves. Adler nunca le pidió que se las devolviera. Arreglaba las cosas. Desempolvaba. Organizaba la correspondencia. Debía de querer con sinceridad al viejo, aunque sabía a la perfección que, por su estado de salud, nunca más podría volver al apartamento. ¿Por qué lo hacía, entonces? ¿Para quién limpiaba todo? Se lo había preguntado un sinfín de veces.

Al verlo, los dos niños corrieron hacia él y se levantaron las máscaras.

—¿Sabes qué es un narval, Adler? —preguntó uno.

—¿Qué es un narval? —dijo y dejó la maleta en el suelo.

—Es un cadáver de ballena.

—No es verdad —dijo el otro—. Eso es lo que significa el nombre.

—Hoy vimos un narval con dos cuernos —dijo el primero.

—Lo que vimos fue un cráneo —lo corrigió el segundo—, y no son cuernos sino colmillos. ¿Recuerdas?

—Deja de corregirme.

—Pero estás equivocado.

—Cállate.

—Cállate tú.

—¿Y dónde vieron un narval? —dijo Adler.

—En el museo de zoología, con mamá —dijo uno—. Quiere hablarte.

—¿Dónde está?

—En tu apartamento.

3

Los dos albinos seguían batiéndose en mitad de la calle bajo el atardecer cuando franqueó el umbral del edificio. *¿Sabes qué es un narval, Adler?*. No se sentía muy listo últimamente. Sus padres habrían sabido responderles en un santiamén, pensó, se habrían explayado, incluso. ¿Qué tenían en común sus padres y él? Apenas los recordaba. Subió las escaleras hasta la segunda planta y, una vez allí, abrió la puerta del apartamento. Olga había puesto a sonar la radio de Abelard y no se percató de que Adler estaba adentro. Tenía unos cuarenta años de edad, un bello y rústico rostro provinciano y un cuerpo estropeado por el sobrepeso. Acostumbraba ir vestida con un delantal azul con un gran bolsillo en la parte del abdomen cuyo contenido fue siempre un enigma para él. Aquella prenda la avejentaba. Nunca se lo dijo. Era una buena mujer, un poco frágil, un poco insegura. Cerró la puerta con suavidad. La vio examinar una correa para perros que había pertenecido al doberman de Abelard.

—Eso, por ejemplo, cuesta diez mil euros —dijo Adler de golpe y apagó la radio.

Olga dio un salto, se dio vuelta y lo miró sorprendida.

—¿Una correa de perro? —replicó.

—Sí —dijo—. Y esa dentadura de al lado cuesta cinco mil.

—¿Qué voy a hacer con la dentadura de Abelard?

—Tarde o temprano todos vamos a necesitar una dentadura. ¿O no?

—Me interesa la nevera —dijo siguiéndole el juego.

—A mí por lo pronto me interesa esa botellita de ginebra que hay adentro.

—Yo pensé que los nadadores profesionales no bebían.

—Pues te equivocas. Beben mucho. Whisky, soda, agua con cloro, orines, etcétera. ¿Puedes servir?

—No soy tu mujer.

—Te doy la nevera gratis si vas y me sirves —dijo Adler y se echó en un sofá—. Es una oferta por tiempo limitado y viene con esa correa incluida.

—¿Me estás hablando en serio?

—Totalmente.

—Actúas como si Abelard hubiera muerto. Además, ¿cómo vas a vivir tú sin nevera?

—¡Por favor! ¿Vas a servir o no?

Olga tardó unos segundos en tomar la decisión. Al final fue a la nevera y sacó la botella. Regresó con dos vasos. No era la primera vez que compartían una copa, pero siempre se comportaba como si hubiera algo indecente en ello. Se sentó en una silla cerca de él. Estar de vuelta en ese apartamento lo sofocaba. Era un espacio sombrío y desolador. Le pareció que encontrar a Olga allí le ayudaba a soportarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Adler y recibió el vaso. Bebió.

—Tus preguntas me dan miedo, Adler.

—¿Por qué sigues viniendo?

—Tu abuelo es como un padre para mí. Me ayudó mucho.

—Yo creo que tuvieron un romance, si me permites decirlo.

—Estás loco.

—Tú eres una mujer y él es un hombre, etcétera, etcétera.

—¿Crees que no he salido con otros hombres?

—No digo eso. Mejor olvídalo.

En otra ocasión que se había animado a beber con él, Olga le contó que frecuentaba un bar en donde se hacían *speed dates*. Había conocido allí a un hombre apuesto y decente que tenía un empleo en el aeropuerto. El hombre le llevaba obsequios: un reloj, prendas, una pulsera, quería casarse, construir una familia. Era bueno con los chicos. Y luego desapareció durante un tiempo y volvió a aparecer varias semanas después. Le pidió que le devolviera todas las cosas que le había regalado. Ella se lo dio todo y luego se enteró de que eran objetos que robaba de los equipajes y que estuvo preso el tiempo en que se ausentó. Era difícil encontrar a alguien, le había dicho a Adler. No tenía buena suerte en el amor.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Olga.

—Me deprime este apartamento.

—A mí me gusta venir.

—Sí, me doy cuenta.

—¿Y por qué estás tan elegante hoy?

—Estuve de paseo en Kesser. Me desvincularon de la Federación por fraude, de manera que tienes ante ti a un exnadador. Soy, lo que se dice, un tramposo.

—Lo siento mucho, Adler —dijo entornando los ojos—. ¿No hay manera de arreglar las cosas?

—No —dijo él—. Ninguna. Y si la hubiera, ¿por qué volver? Ya no sirvo.

Ella dio un sorbito a su vaso sin dejar de mirarlo.

—No es que me quiera meter en lo que no me importa, pero... ¿qué hacen los nadadores cuando dejan de nadar?

—Se ahogan —dijo Adler—. Debí estar preparado, ¿cierto?

—Supongo que sí. Uno siempre tiene que estar preparado.

Adler se levantó de súbito y notó que le flaqueaban las piernas. El alcohol le cocía el cerebro y además no había comido nada en todo el día. Al final logró recuperar el equilibrio y fue a la cocina. Abrió una gaveta. Sacó una bolsa de consorcio. Luego fue a su habitación. Olga lo seguía con la mirada y sin despegarse de su vaso. Entonces él empezó a quitar los trofeos de las estanterías y los fue metiendo uno por uno en la bolsa. Al cabo de un rato las aristas de las figuras de metal desgarraron la bolsa y la mitad del contenido cayó al suelo. ¿Cómo mierda tengo que deshacerme de todo eso?, gruñó, malhumorado. Olga se estaba riendo. Al final volvió al sofá y se tumbó, jadeante.

—¿Qué piensas hacer ahora? —dijo ella.

—¿Que qué pienso hacer? —dijo él mirándola de mala manera—. Para comenzar, encontrar la forma de botar todos esos trofeos. No los soporto.

—No estás bien, Adler.

Parecía como si Olga fuera a agregar alguna otra expresión indolente disfrazada de consuelo, pero los gemelos entraron al apartamento en ese instante y corrieron por todas partes gritando y dándole palazos a las paredes. Él mismo sintió la necesidad de acompañarlos en el frenesí y romperlo todo con un palo, pero ya no tenía fuerza ni para levantarse. Contempló en silencio el acto vandálico de los niños. Eran insoportables, pero juntos constituían un equipo sólido e inquebrantable y eso de alguna forma le despertaba afecto. Si no se hubieran tenido el uno al otro la habrían pasado realmente mal, pensó, mientras veía sus pieles blancas y de aspecto sintético. Daban la impresión de que en sus venas llevaran pegamento o leche en vez de sangre. Sus ojos de un azul desvaído lo hacían pensar en animales de la noche. Si hubieran estudiado en el colegio con Klaus, con toda seguridad este los habría molido a puñetazos. Esa elucubración lo llenó de odio contra su propio hermano. Levantó el vaso y lo observó a contraluz. ¿Qué diablos hace Klaus ahora mismo? ¿Acaso es feliz ese hijo de perra?

—¡Basta! —gritó Olga.

Se levantó y le dio una nalgada a uno de los chicos y este se rio y el otro le asestó un golpe con el palo en la pantorrilla. En medio de la confusión, Olga dijo que iría al geriátrico a ver a Abelard y le preguntó si podía cuidar a los chicos un par de horas. Adler le dijo que sí, aunque en ese momento eran ellos quienes debían cuidarlo a él.

—¿Vas a estar bien? —le preguntó.

—Claro que voy a estar bien —dijo él—. Siempre me las arreglo.

—No bebas más, ¿quieres?

Cuando Olga se marchó, los dos niños la persiguieron por el corredor y siguieron con ella hasta la salida del edificio. Adler se quedó solo. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer de allí en adelante. Ni siquiera sabía qué hacer el próximo minuto ni el siguiente ni cuando cayera la noche y luego saliera el sol una vez más. Se arrastró hacia la habitación y abrió la persiana y la luz iluminó por franjas la cama y el piso de madera deslucida. Afuera, en la calle, estaban los dos niños y Olga avanzaba calle arriba con su delantal azul y ese culo enorme. Se echó en la cama y miró el techo escuchando su propia respiración. Si ponía suficiente atención incluso podía escuchar el latido de su corazón y la circulación de la sangre por sus venas. Un auto tocó la bocina en alguna parte y alguien en otro apartamento abrió la ducha. La vida estaba transcurriendo a su alrededor y él estaba allí mirando el techo pintado de bermellón, sin una sola mancha de humedad, un techo que tenía el mismo color que mirar el sol con los ojos cerrados. Se acostó de lado, apoyando la cabeza sobre sus manos y pronunció su propio nombre en voz alta y los días de la semana y tres colores y, concentrándose en la vibración que producía su voz en el pecho, cerró los ojos y se obligó a contener el llanto. Así, con los ojos cerrados, vio el bosque que se había tragado a sus padres. Muchas veces pensó en ir a ese lugar. Llegó a creer que pasear por allí iba a brindarle cierta paz o un rumbo. Cualquier rumbo. Pero al final siempre se retractaba. Le temía al bosque. Y en el fondo más le temía a la posibilidad de que vagando entre los árboles se encontrara con los fantasmas de sus padres. ¿Qué habría sido él si no hubieran fallecido? Sabía que, con seguridad, algo completamente distinto a un nadador que ya no quería nadar.

Se levantó con brusquedad de la cama y se dirigió hacia la ventana. Afuera estaban esos dos pequeños rufianes con las máscaras puestas, bailando como indios en el ocaso. Abrió la ventana y apoyó los brazos en el alféizar y les gritó que subieran de inmediato. Los chicos se miraron entre sí y emprendieron el camino hacia el edificio, cabizbajos, como si los hubieran regañado. Adler abrió la puerta del apartamento y les indicó que lo siguieran a la habitación de Abelard. Una vez allí, abrió el armario. Luego las gavetas. Los chicos estiraron el cuello como tortugas. Había un reloj de pulso. Adler lo agarró y se lo puso a uno de los niños, luego rebuscó en otro cajón y encontró un hermoso *kartenmesser*. Se lo entregó al otro.

—Servía a los nazis en la Segunda Guerra para medir a escala distancias en los mapas —dijo.

Los dos niños lo miraron boquiabiertos.

—Es un regalo —agregó Adler—. ¿Les gusta?

Asintieron contemplando sus obsequios con fascinación.

—Pueden llevarse lo que quieran, pero antes deben hacer algo por mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijeron.

Los llevó a su cuarto y agarró la valija que había usado para la cita en Kesser. Vacío su contenido en la cama. Escondió con rapidez la revista pornográfica bajo una almohada. Los chicos se miraron entre sí, sonriendo. Luego Adler les dijo que metieran en la maleta todos los trofeos que cupieran.

—¿Qué quieres que hagamos después? —dijo uno. Era el más listo.

—Quiero que bajen la maleta y la dejen al lado del contenedor de basura.

—Pero yo quiero quedarme con una medalla —dijo el otro.

—Puedes quedártela —suspiró Adler—. Ahora, a trabajar.

La maleta terminó quedándose en el apartamento porque los chicos metieron tantos trofeos en ella que luego no pudieron moverla. Al final, Adler les dijo que lo olvidaran.

Los últimos días de noviembre no hizo gran cosa. Comía. Se masturbaba. Veía la televisión. Leía y dormía. Una vez fue al geriátrico a ver a Abelard. Estaba, como de costumbre, tendido en una cama, con la mirada errática y el mentón hundido en la garganta. Su estado le resultaba deplorable y sobrecogedor. Le dijo que seguían llegando cartas del banco. No se le ocurrió otro tema. ¿Cómo pudiste hipotecar el apartamento para invertir en ese mierdoso diario?, agregó con rencor. Luego le habló sobre su expulsión de la Federación. No hubo respuesta, desde luego. Era probable que Abelard no oyera nada. Después se sentó junto a la ventana y se cortó las uñas de los pies. Más tarde una enfermera entró para moverle los brazos y las piernas a Abelard. Era joven y hermosa y mientras atendía al viejo se fijaba en sus tatuajes. Le dijo a Adler que nunca había visto a un hombre con tantas flores grabadas en la piel. Estaba claro que tenía ganas de hablar, porque luego le preguntó si le gustaba el invierno. Adler dijo que no y la enfermera dijo que a ella tampoco. Agregó que había trabajado en otros lugares con mejores climas, por ejemplo, en un hospital de Palma de Mallorca llamado Sant Joan de Déu. Se ocupaba de los pacientes con cáncer terminal. El hospital tenía una azotea con vista a la bahía. En las tardes subían a los pacientes en sus camas (de a dos, según su aclaración, en el ascensor amplio), y los dejaban contemplar los veleros resplandecientes en el puerto. Adler pensó en invitarla a salir, pero al final no reunió suficiente coraje. El resto del día se torturó pensando en lo que debió hacer y no hizo. Cuando volvió al apartamento se masturbó pensando en ella y luego lo fulminó una tristeza espantosa. Sentía que todos sus planes eran como platos enjabonados que se escurrían de sus manos y estallaban irremediabilmente en el piso.

En la noche no pudo conciliar el sueño. Le resultaba imposible encontrar una posición cómoda. Había empezado a pensar en Cora. Intentó imaginarse cómo sería ahora, qué tan largo llevaba el pelo, si era flaca o gorda. Le costaba trabajo recordar incluso su aspecto en la niñez. Nunca le había enviado una carta y ahora que lo hacía se trataba de una fotografía de Klaus. ¿Qué diablos quería? ¿Y por qué ese hijo de perra estaba tuerto? ¿Qué coño hacía en un desierto? Se levantó, encendió una lámpara y fue al armario. Buscó el *blazer* que había usado para la cita en Kesser y encontró la foto en el bolsillo. La desdobló. Se sentó al borde de la cama y la miró con el mismo desconcierto de las veces anteriores. Se dirigió a la sala y buscó el sobre en el que había llegado. Leyó la dirección del remitente. No quedaba en Lichtenberg, de manera que Cora se había mudado. La dirección se situaba, como pudo comprobarlo después, en Kreuzberg, un sector abarrotado de turcos, burdeles y

discotecas que se había puesto de moda en los últimos años. Luego fue a su computadora y buscó los horarios de los trenes a Berlín.

A la mañana siguiente sacó todos los trofeos de la valija y metió allí su ropa. Parecía que aquellos trofeos no iban a dejarlo con facilidad. Había buscado otra maleta más presentable por todo el apartamento, pero no encontró ninguna. Se puso un abrigo. Fue a la estación de trenes y compró un tiquete en segunda clase. Llevaba en la maleta un par de mudas, por si se quedaba unos cuantos días, aunque la idea era volver antes de que anocheciera. De acuerdo con una de las pantallas dispuestas a lo largo de la estación donde aparecían los horarios y el clima, era posible que en los próximos días hubiera una tormenta de nieve. El tren llegó a la hora indicada. Logró obtener un buen asiento junto a la ventanilla. Un hombre con el cuello quemado se sentó a su lado. Adler no pudo evitar concentrarse en la herida. El hombre, sonriendo, tal vez acostumbrado a que lo miraran de esa manera, le dijo: Vukovar, Sarajevo. Y luego: Ni un pájaro en el cielo, algunas gargantas degolladas y otras tantas quemadas. Adler no supo cómo interpretar sus palabras. Después el hombre sacó una Biblia y empezó a leer. Permaneció en silencio el resto del trayecto. Adler volvió la vista hacia la ventana. Tampoco allí había ni un solo pájaro. Se quedó dormido sin darse cuenta y cuando despertó ya el hombre no estaba a su lado. En su lugar había una mujer embarazada. Se preguntó en qué estación habría bajado el tipo del cuello quemado, quién lo recibiría, cuál era el propósito de su viaje. Volvió a quedarse dormido y soñó que Abelard estaba en el fondo de una piscina vacía, entre cuyos azulejos cuarteados había brotado una hierba áspera y cimbreante, mientras su perro ladraba frenéticamente a su alrededor. Despertó sudando, presa de un pánico indomable, y no se atrevió a cerrar los ojos otra vez.

El tren llegó a Berlín cerca de las tres de la tarde. Tomó, con cierta dificultad para orientarse, el metro que conducía a Kreuzberg. En el pasillo del vagón un negro vestido con una larga y mugrienta gabardina hacía trucos con pájaros de papel. Dos muchachos con las cabezas rapadas les prendían fuego con la mirada. Cerró los ojos escuchando el silbido metálico de las ruedas sobre el riel y trató de recordar a Cora. ¿Tendría buenas tetas, al menos? En su mente solo se recreaba, de manera vaga, un rostro con los ojos grises y el pelo cortado a la altura de la nuca. Cuando su cerebro se esforzaba por resaltar los detalles la cara se transformaba en una figura abstracta. ¿Qué clase de vida había llevado? ¿Y cómo estaría su madre? Bajó en la estación que le correspondía y, una vez afuera, el viento gélido le quemó la cara. Atravesó un parque con el lago congelado. Había, entre los árboles sin hojas, hombres de rasgos árabes que deambulaban como fantasmas por las calles, envueltos en abrigos ásperos como la arpilla.

Encontró la dirección sin el menor problema entre las cervecerías Kulturbrauerei y Pfefferberg. Se trataba de un edificio de dos plantas en donde funcionaba el Seguro

Social. Cuando empujó la puerta, el corazón le latía con violencia. Adentro había dos hombres sentados en la sala de espera. Más allá, al fondo, un escritorio con una computadora, y detrás una puerta con una placa en la que se leía *DIRECTORA*. Los dos hombres tenían aspecto de inmigrantes, aunque no supo definir a ciencia cierta su origen. Tal vez eran refugiados o migrantes de Europa del Este. Uno de ellos era más viejo que el otro. El joven tenía un ramo de flores en el regazo. El viejo tenía un diente de plata o de algún otro metal brillante. Tenían la piel de la cara tirante y ceñida a los pómulos y cierto aire insolente en la mirada. Como no había nadie que los atendiera, Adler asumió que debería esperar. Se quitó el abrigo y luego se sentó junto a los dos hombres y dejó la maleta a su lado. Agarró una versión alemana del *Reader's Digest* de la mesa de centro. Notó que los dos sujetos lo observaban pero no hizo contacto visual con ellos. Se concentró en un artículo escrito por Michael J. Fox acerca del mal de Parkinson. Luego le echó un vistazo a otro que trataba sobre una mujer que vivió dos años en el Amazonas con una tribu nómada y acto seguido ojeó un texto sobre los perjuicios del gluten. No fue capaz de leer ningún artículo completo. Estaba nervioso. Levantó la vista. ¿Se hallaba en el lugar correcto?

Quince minutos más tarde la puerta de detrás del escritorio se abrió y emergió una mujer. En ese instante algo en su corazón le indicó que se trataba de Cora. Tenía los ojos grandes, grises y rasgados y el pelo color madera derramado por los hombros. Estaba vestida con unos vaqueros ajustados, unos borcegos cafés y un jersey negro con rayas en zigzag. Seguía siendo hermosa y esta certeza no lo hizo sentir mejor.

Uno de los hombres, el que tenía un ramo de flores, se lo acercó, pero la mujer los rechazó secamente.

—No quiero saber nada —dijo ella.

—Pero queremos hablar con usted unos minutos —dijo el viejo.

—Yo no tengo nada que decir, ya se los he explicado un sinfín de veces. ¿Qué quieren que haga? ¿Qué llame a la policía?

—No, no, señora —dijo el más joven, pero no se marchaban.

Luego la mujer se acercó a Adler. Adler pudo oler su perfume fuerte, cítrico.

—¿Es la primera vez que viene? —le dijo con cierto fastidio.

Él asintió. Dejó en el escritorio la revista que había estado ojeando. Se puso de pie. Entretanto, la mujer se dirigió a su escritorio y agarró algo que parecía un formulario. Desde allí, volvió a hablar.

—¿Cuál es su país de origen?

—Soy alemán —dijo—. Estoy buscando a Cora Baumann.

Ella lo miró aturdida.

—¿Qué necesita?

Él se inclinó para agarrar su abrigo, escrutó en los bolsillos hasta que dio con la fotografía. Se la extendió con la mano.

—Soy Adler.

Ella se quedó mirando la foto. Luego volvió la vista hacia él. Lo estudió de arriba abajo.

—¡Adler! —gritó—. ¡Ven, vamos a mi oficina!

Los dos hombres del ramo de flores habían seguido la escena con reserva y se disponían a dejar la oficina.

El encuentro fue emotivo pero sin requiebros. Es increíble que estés aquí, decía Cora una y otra vez. Parecía sorprendida de verdad. No era para menos. Hacía más de quince años que no se veían. La conversación fue al principio un tanto artificial y forzada. Al cabo de unos minutos de incómodo silencio, Cora le propuso ir a un bar cerca de allí. Se llamaba Doppelgänger. Podían comer algo. Beber una cerveza. Tenía una hora, o dos, antes de que debiera volver. Si quería, agregó, podía dejar la maleta allí. Él le dijo que no era necesario.

6

—¿Así que eres la directora de...? —dijo Adler.

—No vinimos aquí a hablar de trabajo —dijo ella sonriendo y abrió la puerta.

El Doppelgänger era un recinto oscuro, amplio y rústico, con sillones compactos y acojinados. A esa hora había pocos clientes. Tomaron asiento en una mesa junto a la ventana. Adler observaba a Cora, quien a su vez miraba la fotografía. Tenía los labios carnosos, un poco maltratados por el frío. Ella pidió *schnapps*. Él, una cerveza holandesa. La mesera les llevó las bebidas y las dejó sobre la mesa.

—¿Es su hijo? —dijo Adler.

—Sí —dijo ella y deslizó la foto hacia él por encima de la mesa—. No sé quién es la mujer.

Adler se acomodó en el asiento. Los cojines eran duros y resbaladizos. Levantó la foto y la miró un segundo, casi despectivamente.

—¿Qué le pasó en el ojo? —dijo echándose hacia atrás—. ¿Por qué tiene una gasa?

—Lo perdió en un accidente —dijo ella—. Estaba trabajando en una plataforma petrolífera de la compañía Wintershall. Dice que el desierto es hermoso y violento.

Adler plegó la foto y la metió en el bolsillo de su abrigo. Luego miró por la ventana. Afuera los escasos transeúntes se levantaban el cuello de sus sobretodos. El viento parecía soplar con fuerza. Un viejo vagaba dando pequeños pasos. Tenía la cara ajada y seca de un espantapájaros.

—Así que es hermoso y violento —repitió él como para sí mismo. Volvió la vista hacia ella. Bebió un sorbo de cerveza—. ¿Por qué me la enviaste?

Cora dejó las manos en la mesa. Retorcía los dedos.

—Él me pidió que te la mandara —dijo—. No sabíamos si aún vivías en el mismo lugar, de modo que si la dirección era incorrecta, la foto volvería conmigo.

—¿Pero por qué no me la envió él? —objetó.

—Ya te lo dije, no sabíamos si seguías con Abelard. También me pidió que te dijera algo.

—¿Qué cosa?

—Que le gustaría verte. Quiere que vayamos a verlo al desierto.

—¿Tú y yo?

—Sí.

—¿Y por qué no viene él?

—Quiere que conozcamos el desierto. Además, me parece que está enfermo.

—¿Qué tiene?

—No sé. Nunca entró en detalles. Algo en la cabeza.

—¿Estás segura de que no es un truco?

—Adler, ¿quién va a inventar algo así?, ¿y para qué?

—No lo sé, para verte.

—Eso es estúpido. También quiere verte a ti.

Ni siquiera se detuvo a pensar en el desierto o en la supuesta enfermedad de Klaus. Otra cosa ocupaba su mente: no tenía dinero. Si aceptaba la invitación de su hermano, tendría que arreglárselas para encontrar con qué pagar el tiquete y los demás gastos. Era una vergüenza. Y la idea de revelárselo a Cora, algo impensable. Se echó a reír con tristeza, pero la mueca se convirtió pronto en una carcajada. Cora lo miraba desconcertada y con el ceño fruncido. No entendía qué era tan gracioso.

—¿Qué diablos se supone que son ustedes dos? —espetó Adler y quitó el vaso del portavasos. Lo puso a un lado y, sin levantar la mirada, agregó—: ¿Novios? ¿Amantes? ¿Amigos? No entiendo.

Notó que ella bajaba las manos de la mesa y que las ocultaba entre sus piernas.

—Ahora somos amigos —le explicó de mala gana, estirando un poco el cuello—. Antes fuimos otra cosa. No sé con claridad qué. Tal vez novios. ¿Qué importa a estas alturas?

—No lo sé —dijo él empujando con el dedo su vaso de cerveza. A medida que lo movía iba dejando una estela de humedad—. Se escribían todo el tiempo.

—Es verdad —dijo ella.

—¿Y? —dijo él.

—¿Y qué?

—¿Por qué no están juntos entonces?

Ella suspiró.

—Cuando Klaus entró a la Marina seguimos viéndonos. Iba a visitarme los días que le daban licencia —se interrumpió y miró por la ventana—. Luego consiguió ese empleo en la petrolera. Dejamos de escribirnos por un largo tiempo. Yo estudié leyes. Allí conocí a Jürgen. Jürgen me ayudó cuando mamá empezó a olvidarse de las cosas. Pero esa es otra historia.

—¿Quién es Jürgen?

—Es... era mi esposo. Nos estamos divorciando.

Creyó que era el momento para decir algo así como *lo siento*, pero al final le importó un pito. Era hermosa. Era dolorosamente hermosa. Si la hubiera encontrado obesa, con hijos, en un empleo mediocre, hasta habría sido gratificante. Pero era directora de algo, lucía como de veinte años y aún hablaba de un *nosotros* refiriéndose a Klaus y ella. No se daba cuenta de que apretaba el vaso con una violencia inusitada.

—¿Te sientes bien? —dijo Cora.

—Sí, solo me acordaba de lo que fue nuestra vida aquí, en Berlín.

—Yo también pienso en lo mismo —dijo—. Y es inevitable que recuerde lo que sucedió con tus padres. Aún hoy...

—¿Por qué no me cuentas un poco de ti? —La interrumpió sonriendo y vencido. Lo último que deseaba era hablar de sus padres, no porque le incomodara el tema: le

causaba tristeza no tener nada que decir.

Por fortuna, el clima en la mesa mejoró: media hora después parloteaban y reían. Al menos por su parte, se sentía más cercano a ella. Más íntimo. Más tranquilo, aunque se sabía al acecho y preparado ante la posibilidad de fracasar. Le había contado algunas anécdotas de sus viajes con la Federación de Natación. Le habló de una competencia en Tokio donde, después de los torneos (se cuidó de no decir que ni siquiera tocó el agua de las piscinas y que se la pasó de parranda con Hermann) se dio cuenta de que tenía virtudes de canto en el karaoke. Habló de otras cosas insignificantes. No le dijo que lo expulsaron. No estaba listo para hablar del dopaje. Mientras tanto, en torno a ellos, las mesas habían ido llenándose de oficinistas. Afuera, sobre el filo perfecto de los edificios, a pesar de que aún no era de noche, descollaba una luna ligeramente escarlata. Cuando él terminó de hablar ella le tomó las manos. Adler sintió con ese gesto de apariencia insignificante una caricia profunda y en un lugar que solo deberían alcanzar las armas de fuego.

Cora le dijo que hacía mucho tiempo no hablaba con nadie, o que al menos no de esa forma. Le repitió que estaba contenta de verlo. Se refirió a cosas que hasta el momento él creía olvidadas. Por ejemplo, habló de aquella vez que Anna Baumann compró una aspiradora y que él usó para aspirarle la cabeza; de un robot de hojalata que él le partió a las patadas porque había cambiado el canal de su caricatura preferida; de los paseos que hacían los tres a una veterinaria en donde se quedaban embobados mirando los peces. No obvió el hecho de que ambos tenían bastante cosas en común. ¿Se acordaba de las fábulas? Todavía tenía los libros, añadió. Incluso recordaba la frase escrita en la primera página de cada tomo: *Con todos los hombres iré yo, como un guía, en los momentos más necesitados estaré a tu lado*. Para Adler todas esas cosas simples aparecieron en su mente envueltas por un resplandor milagroso. Era grato para él saber que Cora conservara en su memoria tanto de ambos y con esa exactitud.

Más tarde, cuando tenían en la mesa la cuarta bebida, Cora llegó a ciertas anécdotas de la adultez que iban deteriorando la conexión antes establecida. Adler preguntó inocuamente y con aburrimiento cuánto tiempo estuvo casada. No esperaba que Cora reaccionara mal a la pregunta.

—¿Qué te importan esas cosas? —dijo de repente en tono hostil.

Adler no respondió. Sonrió con vergüenza.

—Discúlpame —agregó ella—. Es solo que me cuesta trabajo hablar de esas cosas.

—Podemos hablar de algo diferente, si quieres.

Cora guardó silencio un momento. Lo miró de una manera extraña, como si lo midiera. Se paseó las manos por la cabeza, recogiendo luego todo su pelo en la nuca.

—No, podemos hablar de esto —dijo—. Verás, Jürgen, mi marido, está preso.

Cora le contó que había conocido a Jürgen Mannheim en una fiesta que se daba en casa de un profesor de literatura comparada llamado Joseph Vogl. Jürgen tenía 32 años entonces. Ella, 23. En ese momento Cora era estudiante de Derecho en la Universidad de Humboldt. Que el profesor Vogl la hubiera invitado a ella a esa fiesta implicaba su aceptación en uno de los más importantes círculos intelectuales de Berlín. Estaba nerviosa y obnubilada. El curso que dictaba Vogl estaba abierto a estudiantes de otras facultades con inquietudes literarias y, para franquear sus puertas, era menester que el catedrático aprobara con antelación un ensayo de cinco cuartillas. Ella eligió como tema *La falacia del destino*, y se valía de un cotejo entre las fábulas clásicas y la tragedia griega. El ensayo fue elogiado en la primera clase y publicado de inmediato en la revista más prestigiosa de la universidad. En la actualidad, le aclaró Cora, ya no tenía ninguna aspiración literaria.

En la fiesta, Cora había estado casi todo el tiempo con un grupo de mujeres borrachas que platicaban en el balcón. Desde allí, mirando hacia el interior del apartamento, se fijó por primera vez en Jürgen. Le pareció un tipo guapo, pero su mirada prepotente disipaba cualquier anhelo por conocerlo. Algunas de las mujeres del balcón le informaron que era el abogado de Vogl. ¿No se parece un poco a Jan-Michael Vincent?, le dijo una, solo para que otra procediera a imaginarlo desnudo y volando un helicóptero que abría fuego erráticamente. Todas se echaron a reír.

Esa noche, cuando Cora pretendía marcharse de la fiesta, el profesor Vogl, achispado por el alcohol, la detuvo y le recordó aquel ensayo con el que había entrado a su curso. Jürgen, quien estaba a su lado, se animó a intervenir en la conversación y mostró interés por el trabajo en cuestión. Vogl aprovechó para informarle a Jürgen que Cora estudiaba Derecho, de manera que eran colegas, o que al menos lo serían muy pronto. Le explicó que le interesaban las leyes migratorias. ¿No es así, querida?, le dijo. Ella apenas habló. Las cosas no fueron más lejos en la fiesta, pero más o menos una semana después, al salir del curso de Vogl, Cora se topó con Jürgen en los pasillos de la universidad. El abogado la abordó sonriente y le dijo que estaba esperando al profesor para ultimar algunos detalles sobre su caso, aunque aseguró que no era tan importante, después de todo, y la invitó a un café. Ella no alcanzó a responder. Jürgen ya sacaba de su portafolio la revista en donde estaba publicado su ensayo. Le aseguró, con una mirada que le apretaba las tetas y le deslizaba verticalmente el dedo por el coño, que le había fascinado. Prometió presentarle a no sabía qué editor de una revista literaria que estaría encantada de recibir sus propuestas. Casi todos sus clientes, le dijo, estaban vinculados al mundo de las artes y las letras. No era, por supuesto, una mera coincidencia. También él tenía una sensibilidad exquisita, pero ningún talento. Ella, al final, rechazó la invitación de tajo, arguyendo que esa tarde debía ver a una agente inmobiliaria en el local de su

madre. Jürgen, que parecía dispuesto a litigar esa excusa, le aseguró que le resultaría de gran utilidad si lo dejaba acompañarla.

—¿Recuerdas ese local, Adler? —dijo Cora, interrumpiéndose en esa parte del relato.

—Lo que más recuerdo es que tu mamá me llevó ahí cuando mis padres murieron.

Algunos años antes de que se diera esa cita confusa, incómoda, casi forzada, su madre, Anna Baumann, empezó a mostrar un comportamiento errático. De repente tenía dificultades para manejar el dinero del almacén de alfombras y, sobre todo, para pagar las cuentas. Era, según Cora, como si se le hubiera olvidado hacer lo que había hecho toda la vida. Lentamente fue percatándose de que su madre repetía las preguntas, que se tomaba demasiado tiempo para completar las tareas diarias normales, como hacer las compras o elegir la ropa para el diario. Su juicio se hacía más deficiente cada día. Cuando Cora le hablaba de la facultad, Anna respondía incoherencias o le pedía aclaraciones respecto de lo que estaba estudiando. También notó cambios en su estado de ánimo. Había días en que no se levantaba de la cama abatida por depresiones extrañas y otros en los que la abordaba una felicidad febril. Cora intuía de qué podía tratarse y lo comprobó cuando hicieron una cita con un neurólogo. Después de una serie de estudios, el médico le diagnosticó un deterioro cognitivo leve de tipo amnésico, y se atrevió a asegurar que al cabo de un tiempo era probable que deviniera en la enfermedad de Alzheimer.

—Y sucedió así, exactamente —dijo ella.

—Lo siento —dijo Adler—. Había pensado en visitarla.

—Podemos ir. Tal vez te reconozca.

Sin nadie que se ocupara del almacén y con un sinfín de cuentas que Anna no había pagado, el negocio se fue a pique y la única alternativa que le quedó a Cora fue liquidar a un precio irrisorio todas las alfombras y vender el local. Contrató los servicios de una inmobiliaria que cobraba una comisión accesible y recibió algunas ofertas que no llenaron sus expectativas. La última, sin embargo, parecía mucho más justa. Llegó con Jürgen al local y se encontraron con la agente de la inmobiliaria y el posible comprador. Se trataba de un sujeto de unos cincuenta años que tenía una modesta cadena de tiendas deportivas. Le llamaba la atención expandirse por esa zona de la ciudad, aunque Lichtenberg no gozaba de buena reputación. La agente de la inmobiliaria era una negociadora bastante torpe, y ese día Jürgen le demostró a Cora que poseía un encanto extraordinario y persuasivo para hacer negocios. Pidió excusas por intervenir en la transacción y agregó que, si bien era cierto que en el barrio solían verse marchas de la juventud nacionalista, los disturbios eran menores. Nunca se atentó contra la propiedad privada, dijo, y además, si lo pensaba bien, casi todos los simpatizantes de la ultraderecha eran jóvenes aficionados a sus respectivos clubes de fútbol. El barrio gozaba de amplias zonas verdes en las que solían

practicarse toda clase de deportes. Tenía, sin lugar a dudas, una clientela fija en ese barrio.

El negocio se hizo gracias a él. Si alguien merecía una comisión por la venta del local era Jürgen. Al final pactaron con el comprador un nuevo encuentro para firmar la transferencia de la propiedad y el abono de la primera cuota. Luego Cora se marchó con Jürgen del local y caminaron por el barrio. En el trayecto ella le habló de su madre. La llevaba con regularidad a un centro especializado en su enfermedad. Allí le pidieron autorización para probar un medicamento experimental llamado Tiderglusib. Le confesó que ella aceptó, aunque en el fondo tenía la impresión de estar haciendo algo incorrecto. No confiaba en la industria farmacéutica. Nadie lo hacía. Y era apenas lógico, sobre todo, porque fueron los años en que empezaban a verse los resultados de la Talidomida, que dejó a miles de recién nacidos por toda Europa con las extremidades atrofiadas. Era una locura. La gente estaba paranoica. De cualquier forma, lo cierto es que el medicamento que le proveyeron a Anna tuvo un efecto positivo en las primeras semanas. Luego, no obstante, el cerebro de su madre volvió a deteriorarse sin explicación. Ahora funcionaba, según le dijera a Jürgen, como si cada píldora fuese un fósforo en una habitación oscura. Y los fósforos a veces no encendían o duraban poco.

En esa época la correspondencia entre Klaus y Cora era nula. Y en el apartamento, con su madre cada día más loca y esas alfombras que no pudo vender, comenzó a sentir que también ella envejecía sin ningún sentido. A menudo iba a fiestas. Se emborrachaba. Follaba con tipos distintos y sin involucrar el menor sentimiento. Probó cocaína, éxtasis, MDMA y LSD. Era una típica muchacha experimentando los límites de su conciencia o, dicho de otro modo, una chica profundamente confundida. Leía más literatura que derecho. No se destacó nunca en su facultad. Ni siquiera comprendía cómo pasaba cada crédito. En resumen, Jürgen había llegado a su vida en un momento en que se sentía vulnerable y extraviada. Se hicieron buenos amigos desde entonces. Jürgen era un hombre culto y sagaz, de ideas más bien conservadoras que, sin embargo, podía ser capaz de apreciar ciertas propuestas progresistas o de vanguardia. La presencia de Jürgen comenzó a inspirarle paz. Pese a sus prejuicios, fundados en la impresión que le produjo su mirada, Jürgen supo cortejarla de una manera subrepticia para luego saltarle encima como una fiera. Le confesó sus proyectos más íntimos. Era un hombre con sueños. No un leguleyo desprovisto de alma y anhelos. Se volvieron inseparables.

La intimidad alcanzó su máxima profundidad cuando Jürgen empezó a acompañarla a llevar a Anna al centro médico donde le proveían los medicamentos y examinaban sus efectos. El lugar la deprimía y la presencia de Jürgen hacía que las citas médicas de su madre fueran más llevaderas. En las oportunidades en que Anna estaba lúcida los tres se quedaban hablando en el pabellón tardes enteras, o tomaban el té en un pequeño patio en donde había lámparas con forma de vela. Era el único espacio agradable del lugar. Cora le presentó a su nuevo amigo y ella dio muestras de

que le gustaba. Sin embargo, cuando la memoria de Anna fallaba las citas eran agobiantes. Con el correr del tiempo se hizo evidente que el medicamento no volvería a funcionar.

Una vez Jürgen la invitó a una fiesta en casa de sus padres y Cora descubrió que su novio provenía de una de las familias más poderosas del país. Su padre era el vicepresidente de La Unión Demócrata Cristiana, el partido político más influyente de Alemania, el cual había tenido cancilleres por varios periodos consecutivos hasta la llegada de Gerhard Schröder, a quien, en cierta oportunidad, el padre de Jürgen llamó *Aquel socialdemócrata con cara de borrachín chupavergas*. La madre era, por el contrario, una mujer taciturna que sufría una enfermedad del corazón. En todo caso, la fiesta, ostentosa, elegante y con la presencia de algunas celebridades de la televisión que merodeaban en torno al bufet como moscas famélicas, le permitió entrever que Jürgen tenía un futuro asegurado en la política del país. Ella no estaba acostumbrada al extraño mundo del *glamour* político, ese *glamour* que, comprendería tiempo después, era como una falda magnífica que ocultaba piernas carcomidas por la lepra. Bebieron champaña, bailaron sobre la hierba con los pies desnudos y, cuando se emborracharon, él la besó y, con cierta torpeza ética, le dijo que la amaba. Esa noche Cora se quedó a dormir con él y al día siguiente desayunó con la familia de su futuro esposo. Los padres de Jürgen no reservaron elogios.

Jürgen Mannheim le propuso matrimonio en un viaje a Grecia. Todos los gastos corrieron por cuenta de él. Incluso contrató los servicios de dos enfermeros especializados en pacientes con Alzheimer que se ocuparon de Anna durante los días que estuvieron ausentes. Tenían entonces ya tres meses de relación y, aunque ella no estaba del todo enamorada, aceptó irse de viaje intuyendo sus intenciones. Fue un viaje tranquilo, de caminatas extenuantes bajo el sol en las callejuelas empinadas de Oia, Santorini. La lejanía de Berlín, de su vida cotidiana, su inclusión en esa ciudad donde todas las casas eran tan blancas que herían los ojos y donde el sabor alcalino y salobre del viento mediterráneo le quemaba los pulmones, la hundieron en una plenitud que nunca antes experimentó. Jürgen supo mover sus fichas: el último día, en una playa distante del pueblo, mientras ella leía acostada, bronceándose bajo el sol estival, le hizo la propuesta. ¿No te parece que deberíamos casarnos?, fueron sus palabras exactas. Ella le dijo que estaba bien. No se preocupó por fingir sorpresa o emoción. Después se bañaron juntos en el mar. Volvieron a Berlín y empezaron a hacer los arreglos para la boda. Lo único que ella le pidió fue que la ayudara con su madre, ya que no podía dejarla sola en el apartamento. Él juró proveerle la mejor atención posible.

Cenaban juntos un domingo con Anna en su apartamento, cuando Cora cayó en la cuenta de que no sabía por qué Jürgen era el abogado del profesor Vogl. ¿Qué tipo de problema legal tenía? La pregunta tomó por sorpresa a Jürgen y no mostró ganas de compartir la información confidencial de sus clientes. Aun así, quizá intentando evitar asperezas que pudieran afectar el futuro matrimonio, Jürgen le contó que

mucho tiempo atrás Joseph Vogl había dejado en embarazo a una alumna de intercambio. Una peruana, para ser preciso. Su hija tenía en ese momento catorce años y la madre, que residía en Berlín, exigía una suma de dinero absurda que Vogl no podía pagar. Él se estaba encargando de hacer una conciliación. Pero la madre era una mujer temperamental y difícil, y la hija a veces lo perseguía a él haciéndole preguntas sobre su padre. ¿Por qué no quiere verla?, insistió Cora, y Jürgen se limitó a encogerse de hombros con mirada triste, como diciendo: Esta es nuestra profesión, y no hay nada más que podamos hacer. Desde ese instante Cora sintió rechazo por el profesor Vogl, y ante la imposibilidad de elevar un reclamo dejó de asistir a sus clases.

—¿Te encuentras bien? —La interrumpió Adler. Cora se había frotado los ojos con fuerza y permanecía en silencio. Luego le mostró la cara.

—No es nada, debe ser el *schnapps*.

La ceremonia se realizó dos meses después de que ella se graduara. El padre de Jürgen, prosiguió Cora, les obsequió como regalo de bodas un apartamento en Wilmersdorf, uno de los barrios más elegantes de Berlín. Al mudarse juntos, Jürgen cumplió con su palabra e internó a Anna en el mejor instituto que trataba a pacientes con Alzheimer. Planearon la posibilidad de uno o dos hijos pero ella nunca quedó embarazada. Al final, en realidad, a Jürgen no parecía inquietarlo la idea de ser papá. Esto alivió a Cora, pues a pesar de no tener un interés especial en convertirse en madre, temía tanto ser infértil que jamás fue capaz de hacerse una prueba.

Podría decirse que durante el primer año ambos tuvieron una vida feliz. Pero luego un abismo infranqueable comenzó a abrirse entre los dos. ¿Cómo explicarlo? Era difícil. Y al final ella empleó casi todo su tiempo y energía en terminar una especialización en políticas migratorias. Inmediatamente después obtuvo un puesto en la Sozialämter.

—¿Pero por qué te divorciaste?

—Jürgen estaba cogiéndose a la hija de Vogl. La llevaba a su oficina. Fue su secretaria quien lo descubrió. Salió en las noticias.

—¡Por Dios! —dijo Adler babeando cerveza por la comisura de los labios.

—La corrupción de menores de hasta dieciséis años es punible —dijo Cora—. ¿No lo sabías?

—Bueno, no lo sabía, pero no creo que sea ese el tema, es decir...

—Jürgen está preso por eso. Y lo peor de todo es que todavía cree que podemos volver. Me manda flores desde la prisión con esos dos sujetos que estaban en la oficina. Son dos romaníes que conoció en la cárcel y que a veces se ganan la vida como porteros en clubes nocturnos.

Adler prefirió no decir nada y apartó de sí la bebida.

—Es desagradable, ¿verdad? —dijo ella.

—Francamente no me lo esperaba.

—Hablemos de otra cosa —dijo Cora—. ¿Sabes, por ejemplo, cómo se llama su hijo?

—¿Cómo? ¿Quién? —dijo Adler.

—El hijo de Klaus —aclaró—. Se llama Dieter... ¿No te parece el nombre de un viejo?

Él sonrió. Negó con la cabeza. Cora miró su reloj.

—Tengo que irme —añadió ella con la voz doblada por el alcohol—. Creo que estoy borracha. ¿Nos vemos más tarde?

Ambos se levantaron de la mesa. Él dijo que, por supuesto, quería verla más tarde y se ofreció a acompañarla hasta la oficina. Ella rechazó de tajo el favor. Estaba bien, le dijo, no iban a practicarle un control de alcoholemia por cruzar la calle. Ya casi era hora de cerrar el despacho, pero tenía trabajo atrasado. Antes de que abandonara la mesa, Cora le agarró la cara con las dos manos y le dio un beso en los labios. Adler se quedó quieto, confundido. Lo abrazó después. Le anotó en un portavasos húmedo su número de teléfono. Dejó su parte del dinero en la mesa. A través del cristal la vio cruzar hacia la otra acera.

Permaneció en el bar un rato más pensando en ese beso. Se tocó la boca con los dedos. Los olió. Había un ligero rastro de su olor mezclado con el del aguardiente de albaricoque. No se dio cuenta sino hasta después que habían apagado todas las luces excepto las de la barra y que su rincón era oscuro como el fondo de un pozo. Tomó su maleta y fue al baño. En el camino atravesó guirlandas de pino artificial que pendían del techo y solo entonces cayó en la cuenta de que faltaba poco para la Navidad. La Navidad no era una festividad que le generara expectativa alguna. Una vez en el baño, cerró la puerta, meó y, en el lavabo, se miró al espejo. Sentía que había besado a la mujer de su hermano. Cuando salió del bar, nevaba suavemente.

Dieter, mustió Adler bajo la cada vez más copiosa nevada. La mano que sujetaba la maleta le ardía de frío. Repitió en su mente el nombre del chico. No le parecía el nombre de un viejo. Sacudió la cabeza. Se convenció de que las únicas dos razones por las cuales Cora podía haber dicho algo así eran el alcohol y los celos. Con toda seguridad aún pensaba en Klaus. Y quizá ese beso... ¿No habría querido dárselo en realidad a él? Luego se preguntó cómo sería la Navidad en el desierto y qué regalo le compraría Klaus a su hijo. Hacía mucho tiempo que no pensaba en él sin rencor. En ese instante, sin embargo, se sentía reconciliado con su hermano e imaginó lo divertido que podría ser conocer a su único sobrino. Vagaba pensando en esas cosas entre calles estrechas, abarrotadas de discotecas con antorchas en las fachadas y burdeles temáticos. Había un burdel que promocionaba coños con nombres de frutas. A él le gustaba uno que parecía una pera. Más allá quedó absorto ante el vitral de una farmacia en cuyo interior un ángel de fibra de vidrio elevaba los brazos a manera de ruego. Promocionaba no sabía qué medicamento para la ansiedad.

Habría continuado caminando sin parar si al final de la calle no se hubiera interpuesto el canal. La noche era oscura y las calles estaban vacías. Los copos de nieve brillaban como chispas ante el alumbrado del puente Oberbaum. En el centro del río turbio y medio congelado reverberaban las luces de los edificios contiguos. ¿Dónde quedarse?, pensó, abrazándose a sí mismo, y luego, qué frío de mierda, y al final, ¿por qué no había llevado guantes? Se miró los pies y notó que los cordones de sus botas estaban desatados. Se inclinó e hizo sendos nudos. Permaneció un rato en esa posición, inmóvil, mirando la punta deslucida de una de las botas ante un recuerdo que lo invadió de golpe, como un espíritu desesperado por hallar un cuerpo, como una epifanía: su hermano le había enseñado a atarse los zapatos. Recordó el momento con una nitidez y concreción impresionantes. Estaban en el asiento trasero del auto de sus padres. Recordó su tonalidad verde. Se trataba del mismo auto en que murieron. El vehículo estaba aparcado en frente del imponente edificio de la Sociedad Max Planck y su madre les pidió a él y a Klaus que la esperaran unos minutos. Antes de que se fuera, Adler le había hecho un berrinche porque quería un ratón de laboratorio. Le juró a su madre que lo iba a cuidar. Su madre lo ignoró sin consideraciones. Había cerrado la puerta cuando él aún chillaba por su ratón. Después recogió las piernas en el asiento, enfurruñado y de mal humor. Klaus se dio cuenta de que tenía los cordones sueltos y se los ató. Adler, desde su posición, observó aquel arte incomprensible y le preguntó cómo lo hacía. Klaus le explicó más de diez veces por dónde meter los extremos del lazo, cuándo hacer presión, cómo deshacerlo. Cuando su madre volvió al carro, Adler le contó, emocionado, que ya sabía anudarse los cordones. Su madre no dijo nada. En un semáforo en rojo la vio pegar la frente en el volante y ponerse a llorar. Hasta ahí llegaba el recuerdo.

Cuando se incorporó tenía las manos azuladas y la cara paralizada por la brisa glacial que remolineaba en el canal. ¿Qué había hecho llorar a su madre? Sintió la imperiosa necesidad de compartir aquel recuerdo con alguien y lamentó no estar cerca de Cora. Reemprendió el camino girando hacia la derecha y dos cuadras más adelante encontró el anuncio relampagueante del hotel Schakal. Franqueó las puertas del hotel y encontró en un sofá a una mujer cubierta con un nicab. Llenaba un crucigrama frente a la televisión encendida. La mujer, apenas despegando la mirada de una columna de cinco letras, le preguntó qué clase de habitación buscaba. Él le respondió que una económica, por dos días, y si era posible con vista hacia alguna parte. No quería sentirse encerrado, agregó. La mujer se levantó con torpeza, fue al atril de la recepción, revisó una libreta donde debió de comprobar qué cuartos estaban libres y finalmente agarró una llave endilgada en un tablero. Le hizo firmar un documento. Tenía las uñas largas, pintadas de negro y con minúsculas filigranas en los bordes. Luego le indicó cuánto pagar por adelantado y lo condujo por las escaleras hasta el tercer piso. Abrió la puerta.

—Esta es —dijo. Su alemán era claro y sin asperezas—. Tiene una ventana, como pidió. ¿Le gusta?

—Ya la pagué, así que no importa.

La mujer se tomó el comentario con gracia, o eso creyó él, porque de cualquier manera solo veía la franja despejada de su atuendo. Sus ojos eran verdes y estaban delineados con un trazo grueso pero preciso.

Miró por la ventana. Daba a una plazuela ruinosa y, más allá, a un muro de cemento sin estucar en donde había un grafiti de un ciervo y una cigüeña colgados de las patas. Bastaron tres pasos para que recorriera el cuarto completo. Se trataba de un tabuco con las paredes pintadas de azul, una cama estrecha y un armario minúsculo. Junto a la cama había una mesita de noche y un teléfono negro. Según le aclaró la mujer, tenía derecho a hacer llamadas locales de manera gratuita y recibía suficiente ventilación de la calefacción central. Adler apenas la escuchaba.

—El baño es compartido —añadió.

Él dejó la maleta en el suelo, contra la pared y se sentó en la cama. La mujer seguía de pie, apoyada contra el quicio de la puerta y con su traje de verdugo. Se acercó a Adler y le entregó las llaves.

—Llegó a tiempo, ¿sabe? —le dijo.

—¿A tiempo para qué? —dijo él.

—Esta noche va a haber una tormenta.

Adler no añadió nada. No tenía la menor intención de extender la conversación, cosa que la mujer pareció comprender, porque se marchó de inmediato y cerró la puerta. Una vez solo se sintió inmerso en una de esas zonas del aburrimiento y la soledad en donde se deshace la vida. De repente, la idea de ir a ver a su hermano le pareció de vital importancia. Levantó el tubo del teléfono y marcó el número de Lars Rauff. Afuera el viento soplaba con fuerza y estremecía las ramas muertas de un

arbusto que tamborileaba en la cornisa de la ventana. Nadie respondió. Aguardó un rato mirándose los pies, confundido por la ciudad y por la conversación con Cora. Zorra, pensó, sin ninguna razón. Necesitaba hablar con alguien. Despejarse. Necesitaba a Lars. Sabía que a Lars no le gustaba que lo llamaran a esas horas, pero al final decidió intentar de nuevo. Oprimió los botones duros y fríos del panel numérico. No sabía qué se suponía que iba decirle... ¿Hola?, dijeron, ¿quién es? Reconoció de inmediato aquella voz nasal. Era Wolfgang. Sonaba recién despierto, como si hubiera tenido que estirarse de la cama para contestar. Adler guardó silencio, aturdido. ¿Wolfgang?, se atrevió a decir después. ¿Adler?, le respondieron. ¿Qué ocurre?, volvió a escuchar que le decían. Sin ninguna consideración le pidió que le pasara a Lars. Alcanzó a oír que Wolfgang le susurraba a Lars que Adler lo estaba llamando y a Lars maldiciéndolo por haber contestado el teléfono. ¿Qué diablos estaba haciendo Wolfgang en la casa de Rauff a esa hora? Por Dios. Imaginó la escena. Se echó a reír tapando la bocina del teléfono. Cuando Rauff le habló también tenía la voz adormilada.

—¿Qué pasó, Adler? —dijo—. ¿Sabes qué hora es?

—Lo siento —dijo él—. Puedo llamarte en otro momento.

Lars se aclaró la garganta. Detrás de él se escuchaba la voz de Wolfgang. Decía que iba al baño. Lars le dijo que le trajera un vaso de agua. Luego volvió a hablarle a Adler.

—Ya me despertaste. ¿Qué ocurre?

—Estoy en Berlín.

—Me alegro mucho de que estés en Berlín. ¿Me llamaste para informarme que estás en Berlín?

—Te llamé porque necesito pedirte un favor. Eres la única persona a quien le puedo pedir este favor.

—Ya me imagino qué clase de favor es —replicó.

—¿Qué crees que voy a pedirte? —dijo él.

—Vas a decirme: Lars, necesito que me prestes dinero.

Apartó el teléfono de la oreja y se limpió el sudor. La calefacción le daba de lleno en la cara.

—Suenas como si creyeras que te estoy extorsionando —replicó Adler—. No quiero que parezca eso.

—Ahorrémonos lo que concierne a mi privacidad y habla de una puta vez.

—Bueno, lo he estado pensando y creo que necesito ver a mi hermano.

—¿Tienes un hermano? —dijo Lars.

—Sí —dijo él—. Se llama Klaus. Es buzo y trabaja en el desierto. Me parece que está enfermo.

—Es un buzo enfermo y trabaja en el desierto... —repitió Lars—, ¿no se te ocurrió algo un poco más convincente?

—No estoy inventando nada, Lars —dijo Adler—. Solo necesito que me prestes lo suficiente para comprar el tiquete. Sabes a la perfección que mi apartamento está hipotecado. No puedo con todo a la vez.

—¿Por qué no te organizas? —dijo Lars al borde de la ira—. ¿Por qué no estableces las prioridades?

—No te llamé para que me dieras un sermón —dijo él, fastidiado.

—Si vas a pedirme dinero, tienes que tragarte todos los sermones que me den la gana.

En ese momento se oyó a Wolfgang hablando sobre algo que había visto por la ventana. Luego hubo un silencio y Lars rectificó que quería agua. Al parecer, Wolfgang le había llevado zumo de naranja. Lars dijo que no podía tomar sus píldoras para dormir con zumo. Entonces volvió al teléfono:

—Mira, llámame mañana y dime cuánto necesitas.

—Gracias —dijo Adler.

—Ni una palabra de... ¿comprendes?

Le dijo que no le concernía lo que Wolfgang y él hicieran en su casa. Lars tiró el teléfono y Adler se echó en la cama, riendo. ¿Había Lars pensado alguna vez en acostarse con él?, se preguntó. Se rascó la frente frenéticamente, como intentando abrirse un hueco en el cráneo para drenar la idea. Luego, con súbita tristeza, notó que Lars era quizás lo más cercano que tenía a un amigo. Echó de menos algunas cosas de la Federación. Recordó un torneo de la FINA en Barcelona, en la época en que aún estaba convencido de que podía hacer historia en el deporte. Había conocido a una nadadora argentina en los pasillos del hotel que compartían ambas federaciones. Era una chica rubia y de ojos claros con un culo de dimensiones y consistencia perfectas. Se gustaron de inmediato, tanto que incluso soportaron una larga y torpe conversación en un inglés precario. A veces usaban mímicas y dibujos en el aire. Terminaron haciendo el amor en la terraza del hotel, tarde en la noche, entre antenas de televisión y parabólicas de DirecTV. Él le había contemplado el culo largos minutos ante sus carcajadas y unía las manos como agradeciendo al cielo. Todas sus payasadas la divertían. Dos días después volvió a verla en una competencia. Adler estaba entre el público y le hizo notar su presencia saludándola con la mano en alto. Ella lo reconoció de inmediato y fue remarcable su alegría. Recordaba que quedó en la segunda posición con una buena marca y que después de eso volvieron a verse en tres oportunidades. Ella parecía sinceramente interesada en él. Pero luego acabó el torneo y cada uno regresó a su país. De vuelta a Hamburgo, solo, lo embargó la desesperación de haber perdido una oportunidad importante en su vida. Aquella chica argentina... ¿qué sería de ella?, pensó con una sonrisa inmóvil en la cara.

No llamó a Cora. Afuera nevaba en abundancia y el viento salvaje sacudía los escasos arbustos de los alrededores. Acostado en esa cama estrecha, en una habitación extraña, separado del clima violento por esos muros y con el recuerdo

fresco de su madre y la argentina, se sintió desamparado y perdido. La debilidad que le propinó la melancolía lo durmió de repente.

Esa noche tuvo un sueño incomprensible. Caminaba por un puente y no sabía en qué lugar se encontraba, pero intentaba llegar al otro extremo cuanto antes. Una presencia invisible lo abarcaba todo. Aunque apurara el paso, era difícil distinguir si a ciencia cierta avanzaba. Al otro lado solo era visible un vórtice, un final que su mente no se había esmerado en construir. En medio de ese frenético recorrido aparecían una mujer y un niño. El niño estaba llorando y se tapaba la cara con las dos manos. La mujer trataba de consolarlo, pero nada de lo que le decía surtía efecto. En determinado momento, el niño corrió hacia el borde del puente y se asomó por el precipicio. Le señalaba algo a la mujer, quien, desde su posición, se limitaba a negar con la cabeza. El niño ya no lloraba. En cambio, reía. Una risa extasiada, demente. Cuando Adler fue al borde del puente y se inclinó para ver lo que señalaba, halló un océano plagado de miles de millones de peces hacinados que saltaban unos encima de otros hasta el horizonte. Se alejó aturdido y asqueado por la imagen.

A la mañana siguiente la ciudad amaneció cubierta de nieve. A través de la ventana un banco de niebla impedía ver a más de cincuenta metros de distancia. Todavía llevaba en la cabeza aquella imagen desagradable de los peces y todo a su alrededor poseía un aspecto lóbrego e irreal. Buscó el portavasos donde estaba el teléfono de Cora y la llamó dos veces. En las dos oportunidades sonó ocupado. Quería invitarla a desayunar. Se puso el abrigo y las botas y salió de la habitación. Le sonaban las tripas. Se detuvo un instante en la recepción, donde la misma mujer musulmana que lo había atendido la noche anterior veía las noticias en compañía de un sujeto rubio y alto, del tipo nórdico. El reportero decía en la televisión que en el sur de la ciudad un helicóptero había perdido el control y caído, causando dos heridos y un muerto. Se recomendaban precauciones especiales para conducir en las autopistas debido a la escasa visibilidad. Dejó la llave en la recepción y fue a buscar a Cora.

A las diez, la oficina donde trabajaba Cora estaba cerrada, pero en la fachada había dos hombres con pasamontañas que fumaban y discutían acaloradamente. Adler les hizo un gesto de saludo moviendo la cabeza, pero los hombres ni siquiera lo vieron. La nieve de la calle se había ido derritiendo con lentitud y, con el paso de los vehículos, adquiría una contextura cada vez más mugrienta y terrosa. La niebla, sin embargo, era más abundante. Se acercó al cristal de la puerta de la oficina y trató de ver en el interior, pero el vidrio estaba empañado en la parte de adentro. De nada sirvió que frotara el exterior con la manga de su abrigo. Sacó del bolsillo el portavasos y se preguntó, mirando en todas las direcciones, desde dónde podría llamarla. Los dos hombres cerca de él seguían discutiendo. Hablaban sobre un equipo de fútbol, el traspaso de un jugador, los millones que había costado, lo que se podía hacer con ese dinero si lo tuvieran. Luego se callaron y, de repente interesados en

Adler, lo observaron con los ojos entornados. El humo de sus cigarrillos se enroscaba en el aire y luego se confundía entre la bruma. Adler pudo notar de soslayo que uno le daba un codazo a su compinche. Recordó entonces sus caras y, sobre todo, reconoció el diente de plata en la dentadura del más viejo. Eran los dos hombres que habían estado aguardando con flores en la sala la tarde anterior. Por alguna razón, no le inspiraban la menor confianza.

—¿Está buscando la señora Cora? —dijo el del diente de plata. Ambos guardaban cierto parecido. Hasta podría decirse que eran padre e hijo.

—Solo necesito saber a qué hora abren —dijo.

—Es difícil saberlo —respondió el viejo en tono didáctico y le ofreció su paquete de cigarrillos Winston. Adler lo rechazó. Luego volvió a hablar—. Con este clima es probable que no abran. ¿Ya desayunó?

Adler no respondió. Se dio vuelta. Observó los locales contiguos.

—Oiga —insistió el más joven—. Le están hablando.

—No he desayunado —dijo Adler—. ¿Pero qué le importa eso?

—Venga, vamos a comer algo. Conozco un lugar por aquí cerca.

—Prefiero esperar. Además, no tengo hambre.

—Pero le digo que van a tardar en abrir —dijo el viejo—. No me lo estoy inventando. Conocemos al señor Jürgen y a la señora Cora. Somos amigos, ¿ve? De nada sirve que se quede aquí congelándose el culo. Nosotros ya estábamos pensando en ir a comer.

—Sé quiénes son ustedes.

—¿A ver?

—Conocieron a Jürgen en la prisión. Me lo dijo Cora.

Justamente cuando Adler se disponía a marcharse, el más joven lo agarró por el hombro. Sintió su mano apretando con fuerza. Giró sobre sí mismo con una violencia desproporcionada, se sacudió y dio dos pasos hacia atrás en señal de alerta. Casi resbala en la nieve.

—Cálmese —dijo el viejo riendo—. No pasa nada. Mi hijo no tiene modales. Eso es todo.

—No vuelva a tocarme —dijo él.

El joven lo miraba, desafiante.

—Mire —dijo el viejo—. ¿Por qué no vamos? Además, ya le hablamos al señor Jürgen de usted, aunque, por supuesto, no pudimos decirle gran cosa.

—¿Qué querría saber Jürgen sobre mí?

Los dos hombres sonrieron, como complacidos con su turbación, y volvieron a hacer su oferta. Adler había empezado a cruzar la calle, dándose vuelta de vez en cuando para ver si lo seguían.

Cerca del río Spree, encontró una tienda de *suvenires* en donde había cabinas telefónicas. A pesar de la tormenta y de la niebla ubicua (cada minuto más densa, cada paso más irrespirable), los turistas se agolpaban frente a un estante con esferas de cristal con miniaturas de las puertas de Brandemburgo en su interior que se agitaban para que flotara la nieve. Otros estudiaban concienzudamente pedazos del muro, preguntándose entre sí si eran auténticos y cómo podrían hacer para comprobarlo. La sola cuestión le parecía a Adler una estupidez. A todas luces esa compra no era otra cosa que un acto de fe. Tal vez aquellos pobres diablos terminarían llevándose a casa escombros de un baño o astillas de un adoquín. Cerró la puerta de su cabina y sacó el portavasos con el número de Cora. El trazo del lapicero se había hinchado por la humedad del cartón. El teléfono timbraba. De repente, escuchó su voz. Saludó.

—¿Adler? —dijo ella.

—Sí —dijo él.

—Dios mío, qué bueno que llamaste —dijo—. Soñé contigo.

—¿Qué soñaste? —dijo él, satisfecho.

—Que tenías uno de esos episodios de epilepsia.

—¿De qué episodios me estás hablando?

—¿No tenías epilepsia cuando eras chico? ¿Acaso nunca volvieron a darte?

—Nunca he tenido epilepsia... —dijo decepcionado—. Y, en fin, fui a buscarte a la oficina. No había nadie.

—Por supuesto que no hay nadie, es sábado. ¿Puedes venir a verme?

—No creo que le guste a tu marido. Me parece que ha estado preguntando por mí.

—¿De qué hablas?

—Los dos tipos que estaban ayer en tu oficina... me los encontré hace un rato y dijeron que le hablaron a Jürgen sobre mí. Al parecer, ya le contaron que estuve contigo.

—Jürgen no se ha tomado muy bien esto de la separación —dijo y tosió—. Con seguridad los mandó a dejarme una de sus cartas bajo la puerta. Lo hace todo el tiempo. De cualquier manera, ya ni siquiera vivo en el apartamento que compartía con él. ¿No te lo dije? Alquilo una buhardilla aquí mismo, en Kreuzberg. ¿Vas a venir?

Adler le dijo que sí y entonces anotó su dirección en el mismo portavasos.

Llegó caminando alrededor del mediodía. En el trayecto, fue consciente de que su desconexión del mundo laboral era tal que ya ni siquiera sabía qué día de la semana era. A veces se daba vuelta para comprobar si lo seguían. Cerca de un museo de la

RDA confirmó sus sospechas. Los dos hombres estaban allí. Se dio vuelta, los quedó viendo. Entonces ellos tomaron caminos diferentes.

El lugar donde vivía Cora era un antiguo edificio estatal de arquitectura francesa que sobrevivió a la guerra y que estaba reformado para el uso común. Tocó el timbre de su apartamento en un panel rutilante de la portería y, después de identificarse, ella abrió la puerta con una descarga eléctrica. Subió en un ascensor viejo y estrecho hasta el último piso y, cuando llegó, la encontró en el pasillo, junto al quicio de su puerta. Estaba vestida con pantalones cortos y una camiseta negra. Llevaba el pelo revuelto y la boca hinchada, como si se hubiera levantado hacía poco de la cama. Cora saludó y lo llamó con la mano. ¿No te ha parecido increíble?, le dijo antes de que llegara a ella. ¿Qué cosa?, dijo él. La tormenta, dijo Cora riendo. Le dio un abrazo y lo hizo seguir. En el interior, hacía tanto calor que el cambio abrupto de temperatura lo obnubiló por un instante. Cora lo ayudó a quitarse el abrigo y, luego, como hablando para sí misma desde donde había un perchero, añadió que estuvo esperando su llamada la noche anterior.

—Iba a hacerlo —dijo—, pero luego empezó a nevar y me quedé dormido.

—¿Dónde te quedaste?

—En un hotel. Cerca del canal.

—Pudiste haberte quedado aquí —dijo ella y fue a la cocina.

Había puesto agua a hervir. Adler aprovechó ese instante para echarle un vistazo a la buhardilla. Estaba constituida por un solo ambiente y la decoración hacía pensar en una casa de guardacostas, con rucos, lámparas de petróleo y otros objetos rústicos por el estilo. En el techo había un magnífico tragaluz oblicuo por el cual podía verse un denso banco de nubes plomizas; en una mesa un computador y una pila de revistas; al lado, una cama con las sábanas enrolladas.

—Escucha, Cora —dijo de repente—, he estado dándole vueltas al asunto del desierto. Creo que deberíamos ir a ver a Klaus lo antes posible.

Ella dejó de revolver lo que hervía. Se dio vuelta.

—¿Y piensas que debemos irnos ahora mismo? —dijo riéndose—. Al menos quédate a comer.

El estómago le rugía. La ayudó a poner la mesa y a preparar una salsa. Estaba haciendo pasta. Todo olía estupendo. Cuando la pasta estuvo lista, Cora sirvió en la mesa y, mientras comían, le contó que se había vuelto vegetariana. Ahora comía más harinas de lo habitual aunque, a veces, en la calle, la fragancia repentina de una carne en la parrilla podía hacerla flaquear. En ocasiones excepcionales se había permitido comer moluscos o atún. Claro que parecía una contradicción, se adelantó, pero por alguna razón el sacrificio de la fauna marina le causaba menos impresión. Desde que había terminado con Jürgen su vida tenía otro ritmo. Necesitaba un ritmo distinto para rehacer su vida. Al principio debió lidiar con severos ataques de ansiedad y comenzó a asistir a un gimnasio muy temprano en las mañanas. Funcionó. A veces, antes de que lo metieran preso, se encontraba con Jürgen. Jürgen le pedía *recapacitar*.

Esa maldita palabra, dijo: Recapacitar. ¿Qué diablos tengo que recapacitar, Adler? Lo que se acabó se acabó y punto.

Cuando terminaron de comer Cora le preguntó cuánto tiempo pensaba quedarse en Berlín. Adler le dijo que no estaba seguro. Ella quiso saber si acaso no debía volver a entrenar para la Federación de Natación. Antes de que él pudiera responder, ella añadió que una vez lo había visto en una competencia televisada y que se emocionó cuando leyó su nombre en la pantalla. Entonces Adler le precisó que ya no era nadador.

—¿Por qué?

—Me dopé —dijo.

Cora guardó silencio. Movi6 la cabeza negativamente, echándola un poco hacia atrás, como preguntándose si se trataba de una broma.

—Estoy harto de la natación —agregó Adler.

Todo fue un disparate, le dijo. Una medida desesperada para resolver un problema sin solución. Una trampa, si quería verlo así, que al final solo terminó capturando su propio señuelo. Él era ese señuelo, se apresuró a explicar, y también la trampa. Le dio detalles acerca de las sustancias que probó y la frecuencia con que las tomó, aun sabiendo que la ilustración de los hechos era gratuita y lapidaria. Le habló del día en que le anunciaron que las pruebas dieron positivo; de la expulsión en Kesser. Y para rematar, dijo, había perdido. Ni siquiera pudo llegar entre los tres primeros lugares. ¿No era ridículo?

Ella tomó aire. Luego se acodó en la mesa y lo miró pensativamente.

—Metiste la pata.

Él dibujó una sonrisa débil.

—Sí, resumiéndolo, metí la pata.

—No quiero hacer una pregunta estúpida —dijo ella—, pero ¿cómo te sientes?

Adler se debatió un segundo entre exhibir su condición de desempleado o elaborar una respuesta artificial y cómoda. No sabía si la sinceridad iba a jugarle en contra.

—Pues, para empezar, me siento anulado. Mis padres eran biólogos, por Dios. Ahora tengo la impresión de que yo solo pataleaba de un lado a otro en una piscina, como un renacuajo. ¿Entiendes el punto?

—No eras un renacuajo. Eras un atleta. Los atletas tienen un periodo de vida útil para el deporte al que se han entregado. Lo que quiero decir es que no tienes que juzgarte con tanta severidad.

Ella le tomó la mano sobre la mesa como había hecho varias veces en el Doppelgänger.

—¿Quieres saber cómo se llama el pueblo donde está Klaus? —dijo.

—¿No me lo dijiste ayer?

—No, te hablé del sector. Pero el pueblo se llama Criacuervo —dijo en castellano.

Adler ni siquiera intentó pronunciar la palabra.

—Quizá viajar te haga bien —volvió a hablar Cora.

—Ese viaje no tiene nada que ver con lo que me pasa —dijo él—. Solo quiero ver a mi hermano. Es raro, pero lo extraño.

—No me parece raro que extrañes a tu hermano.

—Sí, lo es —dijo él—. Desde que nos fuimos de Berlín, la relación entre Klaus y yo ha sido básicamente inexistente. Quizá tú tengas una idea errónea de cómo nos la llevábamos, porque recuerdas nuestra infancia en Berlín. Pero la verdad es que Hamburgo nos transformó en otra cosa.

—Cuando éramos chicos —dijo ella—, tú y él parecían inseparables.

—Cuando éramos chicos, le tenía celos. No soportaba ver lo que ustedes tenían. Sé que eso no habla muy bien de mí, pero me importa un bledo.

—Yo me daba cuenta de que te daban celos —dijo ella—. No soy ciega.

—¿Y qué pensabas al respecto?

—Nada. ¿Qué iba a pensar? No me importaba que tuvieras celos. Me gustaba Klaus y el resto me era indiferente. A esa edad uno no se compadece por esas cosas. A decir verdad, a ninguna edad uno se compadece de eso.

—¿Alguna vez has leído algo de Pär Lagerkvist?

—Sí, ¿por qué?

—Cuando tenía unos trece años me quedaba en la piscina de la escuela después del entrenamiento. No hacía gran cosa. Jugaba solo en el agua, comía, hacía las tareas y a menudo me acostaba bocarriba en el trampolín y leía cosas que sacaba de la biblioteca. Estaba obsesionado con un cuento de Lagerkvist que trataba sobre un hombre y una mujer que descendían por un ascensor hasta llegar al infierno mientras se tocaban y besaban.

—Lo leí —dijo ella, intrigada—. Si mal no recuerdo, ella estaba casada y le era infiel a su esposo con el tipo en el ascensor.

—Así es —prosiguió él—. Y cuando llegaban al infierno, que era una especie de hotel cómicamente macabro, ella descubría que el camarero era su marido. Tenía un agujero de bala en la cabeza. Se había suicidado al enterarse de su infidelidad y luego, en el infierno, sin recordar nada, estaba condenado a servirles.

—Ella ni siquiera se sorprendía al verlo, ¿verdad?

—Creo que sí se sorprendía, pero con indolencia o tal vez con desprecio.

—¿Así me veías? —dijo ella.

—Así me veía a mí mismo, como ese hombre —dijo él—. Pero con la diferencia de que lo recordaba todo.

—Yo nunca me imaginé que pudieras sentirte así, Adler.

—Solo éramos niños.

—¿Me guardabas rencor?

—Desde luego —rio él—. En ese entonces, sentía que el mundo me debía algo.

—El mundo no le debe nada a nadie —sentenció ella.

—¿Existe alguna relación entre Klaus y tu separación de Jürgen?

Ella sonrió. Le soltó las manos y recogió los platos. Los puso uno encima del otro.

—Por supuesto que no, Adler —dijo y le preguntó si quería glühwein. Fue a la cocina y desde allí, agregó—: Quiero mucho a tu hermano, pero las cosas son diferentes. Ahora que hemos recuperado el contacto eso está más que claro.

—¿Siguen mandándose cartitas postales?

—No, tengo su correo electrónico —dijo distraída—. Deberías tenerlo.

—¿Y qué te dice en los correos que te manda?

—Nada del otro mundo, me habla del desierto y de lo que fue su vida en la plataforma —dijo calentando el vino y echándole las especias—. A propósito, ¿todavía sientes celos?

Él se puso las manos sobre la cabeza y miró el techo.

—Si me permites decirlo, es Jürgen quien parece peligrosamente celoso.

—¿A qué te refieres? —dijo ella.

—¿Cómo que a qué me refiero? —dijo él—. Manda dos tipos a que te vigilen. Me parece que siguen todos tus movimientos.

—¿Tienes miedo? —dijo ella en tono burlón.

La pregunta lo ofendió como a un adolescente.

—Por favor, no se trata de que tenga miedo. Se trata de que quisiera entender qué pasa.

—Estás exagerando.

—No estoy exagerando —replicó con rabia—. Pero nunca me habías escrito desde que me fui de Berlín. Siempre le escribiste a Klaus, una vez a la semana. Y de repente, diez años después, o quince, qué sé yo, me envías una foto de mi hermano y me pides que te visite, cuando pudiste sencillamente decirme cómo contactarlo. Vengo a visitarte y dos tipos me amenazan. ¿Qué se supone que sigue después?

—Quería verte, Adler. Pero fue Klaus quien me pidió que te mandara esa foto. Y si te sientes amenazado, puedes volver a Hamburgo para estar a salvo —dijo ella con socarronería y dejó las dos tazas de glühwein en la mesa.

Furioso, Adler se levantó y fue por su abrigo haciendo toda una escena. Tiró con tanta fuerza del abrigo que el perchero cayó con estrépito al piso y, cuando intentó caminar, casi se cae de boca. Justo cuando pensaba preguntarle cómo diablos contactar a Klaus, ella se acercó a él. Parecía desafiante e insolente, dispuesta a abrir la puerta y dejar que se largara y, al mismo tiempo, lista de alguna manera para lo que Adler hizo a continuación. Como si ya no hubiera nada que perder, la agarró de la camiseta y la besó con brusquedad. Cuando se separó, listo para irse, esperó alguna reacción de ella. Pero Cora no hizo nada. Se quedó allí, inmóvil, con un gesto indescifrable en el rostro.

—Eres conmovedoramente ridículo, Adler —dijo—. ¿Vas a besarme o vas a irte?

Entonces él volvió a besarla y, dejando caer el abrigo, deslizó sus manos por debajo de su ropa y le apretó la piel de la espalda.

Hacer el amor con Cora fue como nadar de noche. Cuando se abrió camino entre sus piernas, se sintió una vez más sumergido en el fondo manso y cálido de la piscina de la escuela. Su cuerpo era suave y eléctrico. Le arrebató la camiseta de un tirón. Besó y mordió sus pezones rígidos con un apetito caníbal y ella lo apartó un instante, sorprendida, aduciendo que tenía cara de loco. Estaba fuera de sí, cegado por un deseo que había palpitado en las sombras de su corazón durante mucho tiempo. Cuando volvió a ella, lamió el arco de su oreja fría y hundió la nariz en su pelo enrevesado. En la cama estrecha, hincó las manos en sus crestas iliacas y, atrayéndola hacia sí, zambulló el miembro tan profundo como le fue posible. Cora alzó la grupa entregándose por completo. Adler salía de ella, bajaba por su cuerpo hasta besarle el coño y luego volvía a clavarse en su entrepierna en un frenesí atropellado. Su propio aliento espeso le quemaba los ojos. Le dio vuelta a su cuerpo y le hizo el amor de espaldas con cadencia hidráulica. La abordó en posiciones insólitas que nunca terminaban de satisfacerlo. Ya no es tu mujer, Klaus, pensó con una perversidad sublime, y sujetando con ambas manos sus costillas acanaladas pensó que, en realidad, si hubiera podido comer de su carne la habría comido. Nada era suficiente hasta que volcó el semen en sus entrañas y el mundo volvió a adquirir su aspecto ordinario.

Permanecieron inmóviles y jadeantes en la cama durante quince minutos.

—Tengo sed —dijo él.

—Yo también.

A través de la circunferencia del tragaluz el cielo se veía gris. Fueron a la cocina y, frente a la nevera abierta, bañados por la luz amarilla que emitía el interior, bebieron jugo de toronja intercambiando miradas esquivas como si acabaran de conocerse.

Cuando pretendía vestirse ella le suplicó que se quedara desnudo. Él estaba de pie, a unos metros de ella, con una pierna ya metida en la pernera de su pantalón. Desde la cama Cora estiró el brazo hasta agarrarle los dedos de una mano. Entonces lo atrajo hacia sí, obligándolo a caer sentado en la esquina del colchón, y luego se acomodó detrás de él a horcajadas. Adler pudo sentir los pelos de su coño apretados contra sus nalgas, el calor húmedo de su sexo, su cabeza ladeada en su espalda, su cabello tupido, largo, inacabable, derramado hasta el nacimiento de sus propios muslos. Ella deslizaba los dedos por sus hombros. Él cerró los ojos y sintió que se fundía con su carne.

En la tarde, pidieron comida vietnamita a domicilio y al caer la noche volvieron a hacer el amor. Ella le exigió que no sacara el miembro cuando terminara. Quería hasta la última gota de semen dentro de su cuerpo. Yo no soy tu casa, le gimió al

oído, yo soy tu hogar. Él se echó a reír de la frase, aunque cuando se corrió hizo exactamente como le pidió. Permanecieron así largo tiempo, pero luego su órgano se desinflamó y fue irremediable que la vagina de Cora lo expulsara con suavidad. Él estaba encima de ella, acodado en la cama y, retrocediendo por su cuerpo como un reptil, acomodó la cabeza en medio de su pecho y deslizó los brazos por debajo de sus hombros finos y menudos. La habitación estaba oscura. Salvo por los latidos del corazón de Cora, no se escuchaba ningún ruido. Era como si estuvieran solos en el mundo, como si nunca hubiera salido de Cora y afuera la tormenta de nieve hubiera sepultado la civilización y nada más quedaran la noche desolada. En esa posición, sin mirarse, ella empezó a hablar de su trabajo. Le confesó que jamás se imaginó que iba a terminar en el puesto que tenía, ni en ese oficio. Cuando era niña creía que iba a convertirse en exploradora, pero a medida que fue creciendo comprendió que casi todos los rincones del planeta habían sido ya tocados y destruidos por el hombre. En la adolescencia, se le ocurrió que podría ser odontóloga. Esa opción había nacido de cierto amor platónico por su dentista, un sujeto maduro cuya barba canosa la seducía sin control. Luego, cuando estaba en la facultad, redescubrió su inclinación por la lectura y mantuvo un diario que, con el correr del tiempo, se transformó en una ficción y una compilación disparatada de reseñas sobre lo que leía. Siempre tuvo problemas para elegir los nombres de sus pequeños relatos. Llamaba a sus personajes con letras, colores o números, pero después encontró una manera de darles nombres reales. Revisaba los obituarios en los diarios que estaban siempre a disposición en la universidad y bautizaba a sus personajes con los nombres que robaba. ¿Para qué necesita un muerto tener un nombre?

Adler le pidió que le leyera uno de sus textos. Ella se quedó en la cama pensándolo durante un rato y al final accedió a leerle un relato corto titulado *Espuma para afeitarse las piernas*. Adler escuchó la historia de una muchacha que se rasuraba las piernas en la ducha mientras pensaba en un inmigrante negro que le había vendido drogas en la tarde. El inmigrante trabajaba en una veterinaria y se ocupaba de cuidar el sector de los acuarios. Escondía las drogas en una pecera al fondo oscuro del local, de manera que cuando la muchacha le pagaba las drogas él debía meter el brazo arremangado y escudriñar entre las piedrecillas hasta dar con un pequeño cofre de utilería. Mientras la muchacha dejaba sus piernas afeitadas, pensaba en el frenesí de los peces iluminados por la luz artificial, en el efecto de la droga, en la memoria destruida de su madre, en la fiesta a la que iría esa noche, en el hombre que amaba, en el inmigrante, en sus ojos chispeantes y hermosos. El relato no trataba sobre nada en particular y, sin embargo, en la cama, Adler sintió que hablaba de cuanto puede existir en el mundo. Luego del cuento Cora le preguntó si deseaba que le leyera el ensayo que escribió en la universidad. El fragmento que más llamó su atención decía lo siguiente:

(...) en este sentido, la diferencia fundamental entre la tragedia griega y la fábula clásica está determinada por la noción de destino. En el primer género, como es elemental, el héroe está secreta o abiertamente condenado a un sino que lo persigue sin tregua. De nada importará para el héroe forjar su leyenda en vida, será inútil su inteligencia, su valor o su fuerza; será inservible la destreza que demuestre con las armas o que recorra caminos ignotos donde con ingenuidad se juzgue oculto. No sabe que los hilos invisibles ya estaban atados a sus pies y manos desde el instante en que fue parido; su destino palpita en su sombra. Y a pesar de que en sus sueños se le revelen los signos de su fatídico desenlace, el héroe terminará situándose por voluntad propia en frente de la flecha que le agujonará el pecho y concluirá su historia. En la fábula, por el contrario, no hay héroes ni el ánimo de legar un nombre a los anales de la Historia, mucho menos actos que revelen un coraje descomunal digno de rozar la virtud de los dioses. Lo que vemos en las fábulas tradicionales son animales ladinos, holgazanes o medrosos, cautivos en su propia naturaleza, y que en líneas generales describen al hombre común en tanto que se valen de toda suerte de tretas para alcanzar un fin mezquino o baladí. Sus destinos son vulgares, enanos, y describen a la perfección las ambiciones de un corazón marchito. Y si hay una moraleja imbatible que nos ha sido concedida por esta tesis consiste en que estamos condenados a cometer los mismos errores una y otra vez. Esa es nuestra tragedia contemporánea, la repetición despiadada y embrutecedora de la que nos resulta imposible escapar. De la que, incluso, no queremos escapar.

El lunes por la mañana Cora lo despertó metiéndole en la nariz una pluma del edredón. Cuando Adler reaccionó, rascándose la cara con desesperación, la encontró vestida como para ir al trabajo. Despertar en esa cama le pareció inconcebible: *No soy tu casa, soy tu hogar*. Ese era el hogar que había buscado toda su vida. Sintió como si hubiera vagado por senderos innombrables intentando hallar ese cuerpo, esa buhardilla. Supo que ya no podría estar en otra parte sin caer en el vacío. Ningún hombre debería estar en un lugar donde no pertenece, se dijo, y luego lo invadió el miedo.

Mientras él dormía, Cora preparó un desayuno abundante: café con leche, pan tostado con mantequilla y mermelada, un huevo frito, queso *brie* y dos embutidos solo para él. Adler se puso la ropa interior y comieron juntos escuchando las noticias en una emisora estatal. A través del tragaluz se filtraban intensos los rayos del sol, aunque por la ventana, si se miraba hacia la calle, aún era posible ver la membrana monumental de bruma. Cuando terminaron de comer, Adler ayudó a recoger los platos. Le dijo que se ocuparía de lavarlos. Ella le dijo que, si lo deseaba, podía darse un baño y dar un paseo por el barrio. No había ningún afán.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —agregó—. Me refiero a que no tienes que pagar ningún hotel.

—Te lo agradezco.

Cora decía estas cosas mientras agarraba el bolso y, en frente del armario, tomaba un frasco púrpura y se echaba un perfume que dispersó por el aire un aroma penetrante a palo santo. No era el mismo que había percibido días antes. Le preguntó a Adler si le gustaba. Le dijo que sí. Luego lo besó y le agarró la pija.

—¿Entonces? —dijo aun apretándolo en la entrepierna—. ¿Piensas quedarte?

—No tengo otra opción, ¿verdad?

—Me alegra que estés aquí —dijo.

—A mí también.

—Toma —dijo y le dio las llaves—. Hoy estaré de vuelta a las cinco, así que si sales durante el día recuerda volver antes de esa hora.

—Pero no me has dicho nada sobre nuestro viaje.

—Es cierto —dijo ella—. Yo tengo el tiquete hace tiempo porque no sabía si iba a encontrarte.

—¿Para qué fecha lo tienes?

—Está reservado para el cuatro de enero —dijo ella y, a continuación, agarró un lapicero de su mesita de noche. Anotó en el borde de una revista la fecha exacta, la hora y la aerolínea—. Si en la oficina me entero de alguna oferta que valga la pena, puedo mandártela. Usa mi computadora cuando quieras.

Cuando Cora se fue, él volvió a acostarse. Se quedó mirando el techo mientras seguía escuchando las noticias en la radio y después del mediodía se levantó y empezó a ojear la buhardilla. Revisó los libros de las estanterías, abrió el armario, la despensa, la gaveta de la mesita de noche. No buscaba algo en particular. Simplemente lo devoraba una curiosidad voluptuosa por todo lo que le pertenecía a Cora. Luego decidió darse un baño. El baño era estrecho, rectangular, de baldosas beige con figuras de pequeños canastos colmados de flores. Mientras se bañaba, estudió una rejilla plástica pegada a la pared: champús, acondicionadores, jabones de diversas formas y colores, cremas para humectar la piel, cremas para el acné, cremas para las arrugas, aclaradores de pelo, estopas, un dentífrico para blanquear los dientes en un mes, un cepillo de dientes marca Colgate, toallas húmedas y un ramo de sahumeros humedecidos. Tomó la estopa y la olió. Se lavó los dientes con el cepillo de Cora y luego lo dejó en el mismo lugar. En la tarde, salió a dar un paseo por el barrio. Había pocas personas en las calles. Pasó junto a un supermercado Lidl en cuya entrada estaba el calvo con quien se publicitaban bajos precios y productos de calidad. Era un hombre hecho de cartón, a escala natural, con su característico traje azul orlado por una corbata amarilla y ese irritante aspecto de bonachón imbécil. *¿Sabes qué es un narval, Adler?* Recordó su vida en Hamburgo como si se tratara de una trinchera. Un lugar en el que se había ocultado, pero al que no deseaba volver jamás. Más tarde fue al hotel Schakal por su maleta y desde la habitación llamo a Lars Rauff, quien finalmente se dispuso a prestarle el dinero para comprar el tiquete. Le hizo un giro de tres mil euros a su cuenta bancaria esa misma tarde. De vuelta en el apartamento de Cora, llamó a una agencia de viajes, pero no pudo encontrar un vuelo en la misma fecha. Solo pudo hacer una reserva seis días después de que ella se fuera.

Pasaron la Navidad juntos. Compraron un árbol de medio metro que adornaron con luces intermitentes y campanas de cartón con pintura de oro. Fueron a visitar a Anna Baumann al internado para pacientes con Alzheimer. Como era de esperar, Anna no los reconoció. Lucía avejentada y perdida, y al despedirse Adler le estrechó la mano y lamentó que para sus ojos él solo fuera una sombra fugaz. En Año Nuevo contemplaron los fuegos artificiales desde la azotea del edificio, a la que era posible ingresar forzando un poco la cerradura oxidada. Fue allí, tiritando de frío, donde Adler le dijo que la amaba. Bebieron champaña y en la madrugada caminaron por la puerta de Brandemburgo, donde había un enorme mercadillo en el que vendían toda clase de comida tradicional y cervezas artesanales. Más tarde volvieron a Kreuzberg y Cora le propuso que entraran a uno de los burdeles de la calle Gitschiner. Ninguna de las mujeres allí le pareció a Adler más atractiva que Cora, y ella, por debajo de la mesa donde se sentaron, le pidió que las observara. Entretanto, llevó su mano hacia su entrepierna y lo masturbó con suavidad. Adler se corrió allí mismo y con tanta abundancia que ella debió ir al baño a limpiarse los cordones de sus botas de invierno.

El cuatro de enero Adler la acompañó al aeropuerto. Comieron donuts en una cafetería. Allí intercambiaron correos electrónicos, y luego Cora le pidió que lo acompañara a una librería para comprar algo que leer en el vuelo. Eligió en secreto un libro de cuentos de Pär Lagerkvist y luego una compilación de fábulas en una edición de lujo que pensaba darle a Dieter, el hijo de Klaus. En la fila para dejar la maleta, le dijo que todo iba a estar bien. Que solo debía esperar una semana para que se reencontraran en Colombia. ¿No estaba emocionado por ver a Klaus? ¿Cómo imaginaba el desierto? Adler se esforzaba por sonreír, pero temía que ese viaje pudiera cambiar el equilibrio que había obtenido con ella. Se preguntaba qué reacción tendría Cora al ver al hombre del que estuvo enamorada toda su infancia y adolescencia. Una vez la voz gangosa que retumbaba por el aeropuerto anunció su vuelo, la acompañó hasta la compuerta de las salidas internacionales. Sentía que era hora de decir algo importante y, sin embargo, no se le ocurrió nada. La abrazó. Le dio un beso y la vio marcharse.

Los primeros dos días no hizo demasiadas cosas. Se quedó en la buhardilla analizando hasta el hartazgo su situación. ¿Qué iba a hacer cuando volviera del desierto? Quedarse allí con Cora sin un trabajo le resultaba peligroso. No quería parecer un holgazán. Encendió la computadora de Cora y después de buscar un rato, encontró un anuncio de la Berlín Kinder-Schwimmschule en donde se requerían instructores de natación. Aquel empleo lo llenó de expectativas y además contaba con un número de teléfono. Llamó, explicó a grandes rasgos su participación en la Federación y este dato le ayudó a conseguir una cita al día siguiente. Se presentó a la hora indicada, afeitado y peinado de medio lado. Notó que el gimnasio era amplio y moderno y que las piscinas, de proporciones olímpicas, eran de una limpieza excepcional. En la entrevista un hombre obeso le informó que él tendría a su cargo el pabellón de niños. Adler mintió respecto de su experiencia con chicos, pero se granjeó la simpatía de su entrevistador al darle a conocer los años en que hizo parte de la Federación Alemana. Dio como referencia el número de Lars Rauff, el reputado entrenador, sabiendo de antemano que este no iba a delatarlo respecto del dopaje. Dijeron que iban a llamarlo, pero que, por sus credenciales, podía ya dar por sentado que lo iban a contratar. Comenzaría en tres semanas, si todo iba bien, pues era el periodo que hacía falta para que el entrenador actual terminara su contrato. No podía ser mejor.

Ese día, después de la entrevista, de regreso al edificio donde vivía Cora, volvió a encontrarse con los dos romaníes. En esa ocasión estaban acompañados por otro hombre. Un sujeto alto y rubio que vestía un sobretodo negro con el cuello levantado. Los tres estaban de pie, fumando, recostados contra el umbral de la portería. Adler se detuvo en frente de ellos. La calle estaba vacía y las manos comenzaron a sudarle a pesar del frío. El rubio se acercó a él. Sonreía.

—Solo será un café —dijo.

—Cora no está —dijo él.

—Sé que no está —volvió a hablar el rubio—. Lo estoy invitando a usted.

—No pienso ir a ninguna parte.

—Escuche, mi nombre es Jürgen —dijo el rubio—. No quiero ningún problema con usted. Solo me gustaría que habláramos. Lo dejaré en paz después.

—¿Por qué no me dice aquí lo que quiere hablar?

Jürgen se dio vuelta y miró a los romaníes por un momento. Luego dio un paso más hacia Adler.

—Hace tres días hablé con Cora por teléfono —dijo—. Le expliqué que había logrado resolver mi situación legal, que imagino le habrá contado. No sé qué tienen usted y ella. Tal vez sean amigos. Esas cosas ya no me incumben. Quiero que sepa que yo tengo las cosas claras, ¿de acuerdo? Pero Cora siente que la herí y ya usted podrá imaginarse el problema que representa una mujer con rencor, sobre todo cuando hemos compartido temas tan delicados y que atañen a mi familia. ¿Me sigue?

—Sí, lo sigo, pero no entiendo qué tengo que ver yo en este asunto.

—Solo quiero que nos reunamos durante un momento. Necesito que le entregue una serie de documentos. Sé que se van a encontrar.

—Creo que es mejor que espere a que vuelva.

—Lamentablemente no puedo darme ese lujo —dijo Jürgen—. En la ley el tiempo es fundamental. Lo único que le estoy pidiendo es que le entregue unos papeles y que le dé un mensaje. Vamos, écheme una mano y verá que arreglamos esto en los mejores términos y con la mayor brevedad posible. ¿De acuerdo?

Adler supuso que, de negarse, tendría que volver a toparse con él y los romaníes, de manera que, tras pensárselo unos segundos, asintió. Jürgen le pidió que lo acompañara a buscar su auto y durante una cuadra le habló de Cora en términos casi eclesiásticos. Dijo que era una mujer excepcional, devota a su profesión y entregada a quienes amaba; añadió que ella tenía todo el derecho de rehacer su vida y que, por supuesto, él cometió errores imperdonables. Pero todos merecemos una segunda oportunidad, dijo, ¿verdad? Antes de señalarle un Audi de color gris marengo, le dijo que ahora que estaba fuera de prisión tenía la intención de reorganizar un bufete de abogados y limitarse a administrarlo, ya que había perdido su licencia. Todas sus palabras sonaban elegidas con cautela, como si la intención inequívoca fuera la elaboración de uno de esos discursos consensuados en donde no hay lugar a objeciones o malentendidos.

Una vez frente al auto, Adler se sentó en el asiento de adelante y solo entonces notó que los dos romaníes se ubicaron atrás. ¿Qué necesidad tenía Jürgen de llevarlos consigo? Sabía que las cosas podían cambiar en cualquier segundo y lamentó haber aceptado ir. Pero ya era demasiado tarde. Contempló la posibilidad de saltar fuera del vehículo, golpear a Jürgen o gritar en la calle, pero todas estas ocurrencias que

surgían en su cabeza terminaban planteando la idea del ridículo. ¿Qué tal si de verdad solo quiere arreglar las cosas?

Jürgen conducía por la ciudad escuchando la radio. El conductor del programa hablaba de un boxeador que había golpeado a su mujer y de un espía norteamericano que capturaron en el Medio Oriente. Finalmente, el auto se detuvo en frente de un café ruinoso llamado Otto.

—Venía aquí cuando era estudiante —dijo—. Me gustan esta clase de lugares. Ya casi no existen.

Adler no dijo nada. Bajó del vehículo y entraron todos juntos al café. Adentro olía a jamón rancio y los objetos a su alrededor tenían un aspecto vetusto y descuidado. Solo había un hombre con delantal detrás del mostrador, a quien Jürgen saludó de manera histriónica.

—Este es Adler —dijo Jürgen—. Está viviendo con Cora.

Tragando saliva ligera y sabiéndose atrapado, le dio la mano. El hombre le dijo que su nombre era Otto. No mencionó a Cora. En cambio, dijo que era el dueño del restaurante, que había pertenecido a su familia por dos generaciones. Mirándolo a los ojos, Adler juzgó algo superficial, una suerte de blindaje, una mirada que parecía acostumbrada a contemplar paisajes bellos y cuerpos desmembrados con la misma impasibilidad. Otto le preguntó si quería su café cortado o largo. Adler dijo que lo prefería cortado. Después Jürgen lo condujo junto con los romaníes a una mesa cerca de los baños. Se sentaron. Estaba nervioso y sabía que ellos lo notaban.

—No me equivoqué al afirmar que Cora le ha hablado de mí, ¿cierto?

—Me habló de usted un poco, claro —dijo él.

—¿Qué le ha dicho?

—Por favor, vayamos al grano, Jürgen.

—Me imagino qué clase de cosas ha dicho —suspiró Jürgen.

El romaní joven sacó su paquete de Winston y encendió un cigarrillo.

—¿Qué te dije, Kavi? —le dijo Jürgen.

El muchacho lo miró con el cigarrillo pendiendo de la boca.

—Lo siento, señor Jürgen. Es que se me olvida —dijo y lo apagó con el dedo mojado de saliva.

—¿Dónde están los papeles que quiere darme? —dijo Adler.

Jürgen echó la cabeza hacia atrás.

—Pero cálmese, Adler —dijo—. No le han traído ni el café y ya quiere irse.

El romaní viejo se echó a reír. Después el joven.

—Usted siempre tan cómico, señor Jürgen.

—Cállate, Joan.

—Sí, señor Jürgen.

Luego Jürgen se rascó la cabeza.

—Todas estas cosas del divorcio son tan complicadas... incluso para uno, que sabe las normas. Es casi inevitable perder. Y escuche, si algo he aprendido en mi

vida, es que perder se vuelve peligroso cuando uno le toma el gusto. Sé que usted me entiende.

—¿Por qué cree que lo entiendo?

—No nos hagamos los locos. Sé perfectamente que usted era un nadador y que lo expulsaron de la Federación por hacer trampa. Usted también ha perdido. Lo que debería preguntarse es si ya está acostumbrado. En mi opinión, es lo que parece.

—Váyase a la mierda, Jürgen.

Los romaníes se removieron en sus sillas como si les picara el culo.

—Deme los papeles, Jürgen. Yo de aquí me largo de inmediato.

—Si quiere los papeles ahora mismo, pues va a tener sus papeles ahora mismo. ¿Verdad, Joan?

—Sí, señor.

—¿Qué esperas, entonces?

—No sé, señor. ¿Qué quiere que haga?

—Por el amor de Dios, agarra las llaves del auto y trae el sobre de manila que hay en la guantera. Tú mismo la pusiste ahí.

—Pero señor, en ese sobre...

—¡Ve por el sobre, Joan!

Joan obedeció con la jeta entreabierta y mientras tanto Jürgen se limpió las uñas. Habló como para sí mismo de la prisión, de las vicisitudes con la rutina, del encierro y los compañeros y las celdas antisépticas e inhumanas. Decía que las cárceles alemanas estaban diseñadas para albergar electrodomésticos o *ciborgs* en lugar de seres humanos. Adler ya no seguía el rollo de la conversación. Miraba constantemente en dirección a la salida. Ya no había niebla allí afuera. El día era bello. Quería ir al sol. Vio la silueta oscura de Joan entrando de nuevo al café. Cuando este volvió a sentarse en torno a la mesa, Jürgen hizo un gesto con la barbilla para que dejara el sobre cerca del invitado. Adler lo recogió.

—Entonces me voy —dijo.

—Claro, pero pague su café antes.

Adler ya se había levantado de la mesa y miró con confusión a Jürgen. Ningún café había llegado.

—Pague su maldito café, tramposo asqueroso —repitió Jürgen, sin mirarlo—. No me gusta pagarle cosas a los deportistas que se drogan y mucho menos a los hombres que se roban a las mujeres de los otros.

Con amargura, sacó su billetera sin dejar de mirarlo, extrajo una moneda de dos euros y la llevó a la caja registradora, donde estaba esperándolo Otto. Sintió la primera cuchillada en las lumbares y la segunda en las costillas. Cuando lo derribaron, alcanzó a notar que en el sobre despuntaba un volante publicitario de comida rápida. Volvió a sentir el filo del cuchillo, esta vez deslizándose por su antebrazo y reventando sus tendones como cuerdas de guitarra. Por su parte, Otto

saltó por encima del mostrador y, pasándole el brazo por el cuello, lo arrastró a una cocina al fondo del local.

—¡Tramposo inmundo! —gritó Jürgen.

No sabría nunca cuántas veces lo apuñalaron en el trayecto, pero sentía la ropa empapada de sangre y pegada a su cuerpo como una membrana espesa.

—¡Y esa puta, esa puta también va a ver! —seguía exclamando Jürgen.

Mientras le quedó algo de luz en los ojos, Adler Zweig vio a una mosca dorada que daba vueltas entre las volutas de humo y las cuatro sombras que se movían en torno a él. Mierda, pensó, cómo duele, mierda. Pero más que dolor, lo que sentía era un frío antártico. Como si le hubieran metido hielo polar en las entrañas. Desde el piso, donde lo habían arrojado, se quedó mirando unas ollas endilgadas en la pared. Brillaban con una luz tenebrosa y distante. El resto de la cocina estaba oscura, sucia. Escuchó que una de las sombras decía: ¿Ya le quitaron las llaves del apartamento? Y aquella mosca dorada volando vacilantemente a su alrededor. Nunca antes había visto a una mosca de ese color. Era como una mosca de oro. Se preguntó si era real o la estaba imaginando. Una de las sombras se inclinó sobre él. Adler distinguió la cara de Otto y su mano escarbando en sus bolsillos. Sintió su aliento en los párpados. ¡Acá están las llaves!, gritaba. Oyó más palabras, pero esta vez no las entendió. Tengo frío, dijo, o creyó decir. Las sombras corrían de un lado a otro sin atreverse a tocarlo. Y entonces escuchó el ruido de un auto. Giró la cabeza hacia un lado y vio una nevera, luego una densa fila de fresnos. ¿Quién conduce? Voy a morir, pensó. Mierda, qué frío.

Segunda parte: el desierto de Klaus

*Tú y yo tenemos más ayeres que cualquiera,
necesitamos un mañana.*

Toni Morrison, *Beloved*

1

Klaus Zweig se casó con una traductora alemana en el desierto de Criacuervo. El notario guajiro cobró por el trámite, por dos botellas de champán de mala calidad y también por hacer los oficios de barbero antes de la ceremonia.

Había llegado a ese lugar tras abandonar la Deutsche Marine y obtener un puesto como buzo en la petrolera Wintershall. Viajó a ese pueblo minúsculo al norte de Colombia por orden de la compañía, pues cerca de la costa se terminaba de instalar una plataforma que operaría durante varios años. Se calculaba que el nuevo yacimiento tendría unos dos mil millones de barriles de petróleo estimados para todo el campo. Era la primera vez que Klaus salía de Alemania y, debido a que no hablaba español, antes de empezar a trabajar recibió clases en Cartagena.

La múniquesa contratada para las lecciones se llamaba Helen Koch. Era una traductora profesional que peregrinó por Sudamérica y durmió en hostales donde la fiesta nunca terminaba. Justo cuando daba por finalizado su viaje y quería hacer algo de dinero para no volver con las manos vacías, obtuvo un trabajo en la Casa Cultural Colombo Alemana gracias a una amiga. Encomendada a Klaus, en cinco meses logró que el buzo berlinés chapuceara con confianza algunas frases inteligibles. En el tiempo libre que les quedaba salían a dar vueltas en un Renault 9 que la compañía le dio a Klaus para que se moviera por la ciudad. Se quedaban hasta tarde en arrabales de guaguancó, donde a menudo otros hombres sacaban a Helen a la pista de baile, mientras que a él no le quedaba otra opción que digerir los celos.

Cuando Klaus regresó a Criacuervo para iniciar el trabajo, ya no podía sacarse a Helen de la cabeza. Después de tres semanas, decidió regresar por ella. Apareció una tarde por la Casa Cultural Colombo Alemana con la cara curtida por el sol, un overol sucio, el pelo revuelto y oleoso y los ojos chispeantes. Además, apestaba a ron. A Helen la sedujo su aspecto demolido. Le gustaban los hombres estropeados por el mundo. Parecía, según le dijo, como si hubiera peleado con perros salvajes o cavado un agujero en la tierra para volver a ella. No le costó demasiado decidir marcharse con él. Helen se obstinó en conducir el tramo entero hacia el desierto, y en cuatro retenes, Klaus debió sobornar a los militares por la falta de documentos de su futura mujer.

La petrolera había construido un complejo de casas idénticas para los empleados, ya que la plataforma quedaba a unas cinco millas náuticas de la costa. La mayoría estaban habitadas por hombres solteros o que a causa de la distancia habían perdido a sus mujeres. Muchos de ellos recibieron las solicitudes de divorcio por correo. De hecho, durante un tiempo el cartero no se atrevió a volver al pueblo temiendo que lo mataran. Ya había sufrido dos palizas por parte de hombres enloquecidos por el hacinamiento y el desamor. El trabajo era duro. En los periodos de encierro se cocinaba la demencia. Klaus debía permanecer en la plataforma durante semanas

enteras, sumergiéndose sin parar. Helen, ya encinta, empleaba ese tiempo para escribirle extensos correos a su familia, en Múnich. Aquellos meses fueron sumamente difíciles y tediosos para ella. La única persona que la acompañaba era una negra llamada Elvira, que hacía los oficios de la casa y que preveía un varón mediante una aguja pendiendo de un hilo que le ponía a Helen sobre el vientre.

Sus augurios acertaron. Tras un parto distócico llegó al desierto un niño. Lo llamaron Dieter. Había una anécdota curiosa en torno al médico que atendió el nacimiento. Era el facultativo de cabecera en la plataforma y, para entretenerse, leía el tarot en sus horas libres, actividad que nunca fue bien vista por los obreros, quienes empezaron a ridiculizarlo. El médico fue una de las primeras personas en recibir una solicitud de divorcio en la plataforma. Se la enviaba su mujer, desde Bogotá. El hecho lo afectó de tal manera que trató de matarse tomando somníferos y cortándose las venas, pero cuando intentaba llevar a cabo lo segundo los fármacos hicieron efecto y, debilitado, solo alcanzó a hacerse cortes de poca profundidad. Fue el médico suplente quien lo encontró tendido en la cama con sobredosis. Le suministró flumazenil, un antídoto contra las benzodiazepinas, y cuando el primero despertó, horas después, algunos obreros lo habían desnudado y le habían envuelto el trasero con la bata como un pañal. Klaus siempre vio en él a un hombre decente, íntegro, bastante melodramático y, en ese sentido, a una víctima perfecta para los demás empleados, que allí encerrados se comportaban con una indolencia macabra.

En Criacuervo había pocos chicos, de manera que Helen se convirtió en el único lente a través del cual su hijo exploró más allá de la planicie árida. Las prolongadas ausencias de Klaus hacían que, en cada regreso, al niño le resultara un completo extraño; un intruso que dormía con el único ser que representaba su universo. En cierta ocasión, mientras Klaus dormía, Dieter se deslizó furtivamente en su habitación y lo atacó con un cenicero que pesaba cerca de un kilo. Klaus aún conservaba la prueba en su pómulo izquierdo: una cicatriz que nunca se atenuó, testimonio innegable de que el hijo se levantó contra su progenitor antes de alcanzar la edad de la razón.

Cuando cumplió seis años y llegó la hora de que lo inscribieran en algún colegio, se decidió que Helen se fuera a vivir con el niño a Cartagena. Tenerlo en el desierto solo acentuaría su naturaleza indómita. A pesar de que Klaus ganaba bastante bien y de que no era necesario que Helen trabajara en Cartagena, mientras ella y el niño vivieron en la ciudad volvió a dictar clases en la Casa Cultural Colombo Alemana. Alquiló un apartamento en el centro. Desde el desierto, Klaus empezó a temer que llegara su turno de recibir aquella carta nefasta con una solicitud de divorcio. Era un hombre impaciente, práctico, hermético y, sin embargo, no estaba desprovisto de sensibilidad y cultivaba sus propias curiosidades. Por otra parte, amaba con devoción a su familia y nadie podría discutirlo. Aun así, los altercados más comunes entre Klaus y Helen versaban sobre su falta de aspiraciones más allá de Criacuervo. Era como si, le reprochaba Helen, hubiera encontrado en ese desierto el fin de su camino.

¿No te gustaría vivir en otra parte?, solía decirle ella. Klaus evitaba esas disputas guardando silencio o haciendo promesas que nunca cumplía. De hecho, había aceptado con abnegación las dos únicas visitas que su mujer y su hijo le hacían al mes viajando en el Renault 9. Helen siempre se esmeraba en ponerse guapa para él y solía llevarle whisky y chocolates con almendras que compraba en las cuevas de contrabando que se hallaban en el trayecto. Cuando los obreros veían a Helen, se volvían locos. Ella tenía la certeza de que bailaba en sus mentes cada vez que se masturbaban. Esa convicción la satisfacía en secreto.

La relación entre Klaus y su hijo dio un giro sustancial desde que este se marchó a Cartagena. Una anécdota que demostraba ese cambio ocurrió el día en que Dieter cumplía nueve años. Helen lo llevó al desierto y antes le había comprado una bolsa con soldados de plástico que el niño apenas ojeó. Klaus, por su parte, había decidido hacerle un regalo memorable: llenó un frasco de pepinillos con crudo. Cuando Helen y Dieter llegaron a la casa en Criacuervo, Elvira los sorprendió con un pastel de chocolate. Sin que el niño se diera cuenta, con preocupación, Helen le preguntó a Klaus si había comprado algo. Klaus le dijo que no, pero que tenía una cosa interesante para él. Acto seguido, fue a un mueble de la sala, sacó de un cajón el frasco con petróleo y se lo puso en frente al chico. Dieter, después de haber soplado las velitas, estudió sorprendido el frasco con aquel líquido negro. Era como si no lograra determinar si le fascinaba o le repelía. Cuando lo destapó, el hedor inundó la casa: un olor similar al que produce el sargazo en descomposición cuando es arrojado a la playa. Helen parecía a punto de protestar, pero entonces Klaus le preguntó al chico si sabía qué era. Él negó con la cabeza. Su padre le contó que eso que tenía en las manos había sido una cosa viva alguna vez; una cosa que luego murió y permaneció en una trampa durante miles de años hasta convertirse en ese jugo appestoso; un jugo que movía autos y limpiaba baños y causaba el exterminio de pueblos enteros. La luz y la oscuridad, añadió, literalmente, como si hablara de la existencia de Dios con un teólogo. Era esa forma en que le hablaba lo que producía en el chico una admiración insondable por su padre. A partir de entonces, Dieter guardaba el frasco como un tesoro.

Desde que el chico y Helen se fueron a Cartagena, Klaus había dejado de viajar a la ciudad. Prefería otorgarle ese espacio a su familia, aunque con el correr del tiempo comprendió que en realidad no quería salir del desierto. Pese a que Helen era una mujer intuitiva, nunca alcanzó a entrever la obsesión que Klaus sentía por ese lugar.

La única diversión del buzo y los obreros en sus días libres se reducía a los baños en el mar o a las borracheras con chirrinchi, que los wayúus elaboraban en un rancho atiborrado de tanques industriales. Una vez la petrolera se marchó del desierto, el rancho wayúu se trasladó hacia el oeste para cultivar camarones, razón por la cual Klaus decidió armar un alambique y hacer así su propio alcohol. Cuando todos se fueron, solo uno de sus amigos se quedó: Thomas Stein, geólogo de Bonn, un cincuentón de naturaleza pródiga que se quedaba largas temporadas en la casa de

Klaus. Tenía una hija a la que todos llamaban Nani, pese a que su nombre verdadero era Kim. Thomas envió a su hija a Alemania, con su madre, porque consideraba que el desierto se había vuelto demasiado peligroso para una niña.

Fue Thomas, en todo caso, quien pronosticó un incidente que a principios de agosto le costó la pérdida de un ojo a Klaus. Le había dicho meses antes que los rumores en el pueblo sugerían un sabotaje por parte de una banda de mercenarios llamada Las Liebres. La banda, sanguinaria e impredecible, estaba conformada por antiguos miembros de las fuerzas paramilitares que, una vez disueltas por el Gobierno, habían vuelto a agruparse en las zonas abandonadas por el Estado. De acuerdo con Thomas, Las Liebres exigían un pago millonario por mantener el equilibrio en Criacuervo. Operaban con completa impunidad. Eran ellos quienes controlaban el contrabando de vehículos, combustible y licores provenientes de Venezuela; también extorsionaban a diversas multinacionales con inversiones en el sector. La compañía de petróleo había pagado con regularidad, pero ante la inminencia del fin de las operaciones decidió cortar todo vínculo. Klaus nunca le prestó atención a los rumores, y justo cuando estos se fueron disipando, Helen recibió una llamada telefónica en Cartagena en la que le pedían que se presentara de inmediato en un hospital de Riohacha. Le informaron que Klaus había quedado tuerto en una explosión causada por una fuga en la plataforma. Agregaron que, para determinar el daño causado por el suceso, le practicaron una serie de resonancias magnéticas de la cabeza con las que notaron la presencia de un tumor. Quizá un meningioma. Un tumor que suele ser benigno, pero había excepciones y era imprescindible que se hiciera los estudios de rigor.

En cuanto a la petrolera Wintershall, decidió abandonar el país.

2

Después de que la petrolera abandonara el desierto, Klaus pasaba las tardes en una mecedora de hierro forjado que había en el pórtico de su casa. Con frecuencia se formulaba interrogantes sobre Adler: ¿Seguía nadando? ¿Vivía en Hamburgo? ¿Estaba casado?

Desde que retomó el hábito de escribirle a Cora, cada vez que iba a Riohacha para hacer un mercado que durara dos semanas se encerraba en la cabina de un locutorio y le pedía noticias sobre él. La respuesta de ella era invariable: no sabía nada. Le había contado, en cambio, que su madre tenía Alzheimer y estaba internada. También le habló de la desagradable situación que vivió con su esposo, un tal Jürgen algo, abogado de no sabía qué cosa. Una secretaria lo había pillado acostándose con una chica de quince o dieciséis años y Cora hizo todo lo que estuvo a su alcance para que fuera a prisión. Klaus se había acostado con algunas adolescentes, sí, pero no tan jóvenes. ¿A qué sabía el coño de una muchachita de esa edad? ¿A meo, tal vez?

En las cartas que le enviaba a Cora, Klaus solía explayarse en las descripciones del desierto. Le hablaba de sus paseos diarios por senderos sinuosos como toboganes que no conducían a ningún lugar, de los cabreros a quienes veía pastorear hatajos de bestias legañosas y raquílicas, de los juegos de dominó que entablaba con Thomas Stein y Elvira, de las estrellas que por las noches titilaban como si transmitieran un mensaje cifrado, de las madrugadas beodas por su licor artesanal. Cora daba muestras de interés en sus respuestas. Al cabo de un tiempo Klaus la invitó a visitarlo. Cora dijo que podía ir en enero y pactaron el encuentro en esa mes. Él le explicó que debía comprar el tiquete hacia Cartagena, y que de allí partirían juntos a Criacuervo.

Había preferido ahorrarse en esas cartas los problemas de su propio matrimonio. ¿De qué servía contárselo a Cora? Helen ya ni siquiera quería visitarlo en el desierto. Lo detestaba. Y además salía en Cartagena con dos sujetos que él odiaba: un poeta y un pintor. Se había dado cuenta de que la relación estaba destinada a la ruina cuando, a principios de noviembre, debió viajar a Cartagena para hacerse los exámenes médicos que definirían si el meningioma era benigno o cancerígeno. Había postergado ese viaje por casi dos meses y hasta el momento no se cuidaba en absoluto. De hecho, ni siquiera sabía a ciencia cierta qué clase de precauciones debía tomar. Thomas, en cambio, había investigado cuáles eran los mejores neurocirujanos. Era bueno saber que alguien se preocupaba por él.

Viajó un viernes a las cinco de la mañana. En el pueblo tomó un camión cisterna que lo llevó a la autopista y de allí una moto hasta la terminal, donde abordó un bus que viajaba a Cartagena.

El apartamento en el que vivía Helen quedaba cerca del colegio católico donde estudiaba Dieter, de manera que el chico podía volver a casa caminando. Una vez Klaus llegó a la ciudad, comprobó en su reloj que tenía tiempo de sobra para ir a buscarlo. El chico se sorprendió al verlo en la recepción y corrió a abrazarlo. Helen daba clases de alemán en las tardes y volvía a las ocho de la noche, así que padre e hijo tuvieron unas horas a solas.

En el trayecto al apartamento, el chico le había dicho que quería convertirse en buzo, como él. Luego se quejó de que no tenía una mascota. Mamá no lo dejaba. A mamá no le gustaban los animales. ¿Había él tenido un perro alguna vez? ¿Y cómo se llamaba? Klaus le habló del perro que tenía Abelard, el abuelo. Un doberman. Se llamaba Glück. Por supuesto, no le contó que casi lo estrangula con un cable, pero sí que el animal se quedó ciego en la vejez y que debieron sacrificarlo. ¿Por qué alguien mataría a su propio perro?, le preguntó aterrado. Klaus le explicó que ya no los reconocía y que se había vuelto un peligro. Era una pena haberlo tenido que matar, claro, pero no quedaba otro remedio. El chico replicó con vehemencia que nunca haría algo así con su perro. Lo cuidaría. Incluso si perdiera la vista y lo atacara por accidente. Matar a un perro con el que has vivido toda la vida es como matar a un amigo, le dijo, ¿o no? Klaus lo escuchaba, atónito y perplejo. Tenía los ojos rasgados y azules como los suyos y también compartían el mismo gesto hosco: levantaba la comisura del labio cuando terminaba una frase.

En la noche, cuando Helen llegó al apartamento, Klaus se dio cuenta de que no parecía entusiasmada por su visita. A decir verdad, daba la impresión de que se resignaba a verlo. Esa noche fueron a comer pizza en un pequeño puesto callejero cerca de las murallas. A Helen le gustaba la de champiñones. Al niño, la de jamón y queso. Klaus comió por comer, indiferente a los sabores. Se quedaron sentados en sillas plásticas dispersas por la acera mientras el pizzero, un hombre gordo con una sonrisa deshonesto, fumaba cigarrillos sin filtro bajo la única bombilla de su horno móvil. Después dieron un paseo por la alcaldía y Helen le pidió a Dieter que leyera en voz alta los nombres de las calles, que sonaban como conjuros antiguos o letanías oscuras. A Klaus la ciudad le resultaba extraña, decadente y bella en la misma medida.

Cuando fueron a dormir, Klaus se metió en la cama con una erección de piedra y le acarició las caderas a su mujer. Helen, sin embargo, lo rechazó aduciendo que estaba cansada. Klaus le preguntó qué estaba sucediendo. Helen, semidesnuda y con el rostro sofocantemente hermoso, se dio vuelta y se lo quedó mirando.

—Voy a dejarte, Klaus.

—¿No puedes dejarme en veinte minutos? —dijo él.

Ella sonrió con sarcasmo.

—Qué momento para hacerte el comediante —dijo, y volviendo la cabeza a la almohada, agregó—: Además tú nunca duras más de diez.

—¿Es en serio?

—Sí.

—¿Segura que no quieres ver lo que tengo aquí?

—Estoy segura, Klaus.

—¿Pero por qué quieres dejarme?

—Te dejé hace mucho, solo que tú no lo habías notado. Ahora apaga la luz y déjame dormir.

Klaus se abstuvo de molestarla. El sábado por la noche Helen le dijo que iría a encontrarse con sus amigos en una plaza cerca de la Escuela de Bellas Artes. Klaus insistió en ir él también. Llevaría a Dieter.

—Haz como quieras —dijo encogiéndose de hombros.

En la plaza vio a los amigos de Helen. Uno de ellos era ese poeta negro. Un muchachito macilento y alto con la cabeza rapada. El otro era el pintor, pálido, afeminado, vestido siempre con vaqueros ajustados y huecos en las rodillas. Ambos tenían el aspecto de maleantes frágiles, o de maleantes románticos que sueñan con ser más duros de lo que son en realidad. Klaus calculó que podría agarrar al poeta y partirle la jeta y luego lanzar por los aires al pintor. Sin embargo, no hizo nada. Allí, junto a su hijo, tragando la hiel de los celos, contempló a su mujer riendo desafortadamente ante las bromas del poeta y el pintor. Los dos muchachos lo ignoraban, aun cuando sabían a la perfección quién era. Parecían querer provocarlo.

Esa noche fue testigo de un episodio que le partió el corazón.

Mientras el pintor compraba una botella de ron en un estanco, el poeta, que ya estaba borracho, intentó besar a Helen. Helen reía y lo apartaba con delicadeza, como dando por sentado que se trataba de una broma, pero cediendo al juego de alguna forma. En ese momento, a Klaus se le agolpaba la sangre en la cabeza y en la oquedad de su ojo perdido palpitaban los músculos atrofiados. Aun así, mantuvo la calma. Se había olvidado incluso de que Dieter veía las mismas cosas que él. Anquilosado por la escena, solo cayó en cuenta de que su hijo estaba allí, a su lado, cuando lo vio levantarse de golpe y malencarado. Fue tanta su sorpresa que no supo cómo reaccionar: vio que el chico caminó hacia el poeta y que este le puso la mano en el hombro. Dieter se la quitó de encima con un movimiento brusco y le gritó en español que su padre tenía dos rifles en el desierto y que él iba a tomar uno para perforarle el pecho. El poeta se echó a reír y le dijo que tenía madera de escritor. Helen agarró al niño y lo abrazó. Le pidió que se calmara. Pero Dieter se zafó de las manos de su madre y largó un escupitajo que cayó directamente en la cara del poeta.

En ese instante, Klaus sintió que el niño había trazado el camino a seguir: se levantó invadido por una furia energúmena y fue hacia ellos. Agarró al poeta por la camisa y le estrelló un puñetazo que le quebró el tabique. El pintor se le echó encima mientras Helen gritaba. Alrededor de la reyerta la gente empezó a corearlos. Un policía los separó como a perros, a fuerza de palazos, y terminó llevándose a Klaus en una patrulla.

3

Lo metieron en un calabozo que a la vez era un patio. En la mitad, había un árbol de níspero y cerca de la malla metálica, un tanque con boas decomisadas por la policía ecológica. Durante toda la noche, con las piernas cruzadas en la tierra muerta, se la pasó hablando con un indigente que robaba mascotas en Bocagrande. El indigente le dijo que era un negocio indecente, desde luego, pero no por eso sencillo. Tras hurtar a las mascotas, esperaba a que publicaran en los CAI los anuncios de rescate con la respectiva recompensa, y entonces los devolvía para reclamar el dinero. A Klaus le pareció que todo aquello no era más que un dislate. Cuando lo sacaron, se apiadó de él y le dejó el poco dinero que tenía en la cartera.

Lo soltaron a las tres de la madrugada porque el poeta decidió no denunciarlo. Así se lo dijo el edecán del teniente a cargo de la guardia. Imaginó a su mujer rogándole a ese muchacho que pasara por alto el incidente. Esta idea le devolvió todo el odio que vació en la gresca.

En las calles desoladas, solo vio a los basureros, que a esa hora iniciaban por la avenida Pedro de Heredia su itinerario melancólico, armados con canecas rodantes y escobas en ristre. Durante el trayecto, bordeando los oscuros manglares, Klaus empezó a sentirse un intruso en la vida de Helen. Por el Circo Teatro se resignó a aceptar su decisión de abandonarlo, sabiendo que con esa estocada indolente ella definía su propia libertad pero, por añadidura, deformaba la de él.

Cuando llegó al apartamento, todos dormían. Para evitar despertar a Helen, desplegó un sofá cama de la sala y se echó a dormir allí. A la mañana siguiente, cuando abrió el ojo, lo primero que vio fue a Helen sentada en el balcón con el niño en las piernas. Le pasaba un peine de carey por el pelo mojado. Lucían tranquilos, como si hubieran dormido bien y olvidado el aprieto de la noche anterior. El sol brillaba con intensidad en el cielo despejado y en el aire flotaba el olor a aceite requemado que despedían los puestos de comida que abrían en la calle, frente al edificio. Cuando Dieter se dio cuenta de que Klaus estaba despierto, saltó del regazo de su madre y corrió hacia el sofá cama donde estaba él.

—¡Qué puñetazo! —gritó y se le lanzó encima para abrazarlo.

Klaus tenía unos cuantos rasguños en el cuello y, como le habían reventado el lazo del parche que le cubría la cuenca vacía, debió hacerle un nudo. Helen le pidió a Dieter que fuera un momento al cuarto a ver la televisión porque necesitaba hablar con su padre. Dieter obedeció. Klaus fue a la cocina, puso a funcionar la cafetera y se reunió con Helen en el balcón.

—Escucha —le dijo Klaus—, tienes que respetar a Dieter. No puedes comportarte de esa manera en frente de él.

—Lamento mucho todo lo que pasó.

—Yo lamento que no hayas ido a buscarme a la comisaría.

—Tenía que estar con Dieter.

—Pudiste ir con él. Soy su papá.

—Bueno, ya estás aquí —dijo ella—. A propósito, ¿de dónde habrá sacado que tienes dos rifles?

—No lo sé.

Helen sonrió, seguramente recordando la frase del niño. Luego miró a Klaus:

—Déjame hacerte el desayuno.

Le preparó unos panqueques con miel de maple y sirvió el café, que ya estaba listo. En la mesa del comedor, se sentaron los dos. Ella le dijo que no tenía hambre. Se notaba que quería añadir algo, pero no se animaba. Al final, habló en tono conciliador:

—Mírame —dijo Helen—. ¿Qué quieres que haga con esta situación?

—Quiero que no vuelvas ver a esos dos tipos —dijo él con los ojos fijos en la comida.

—Tú no vas a decidir a quién puedo ver.

—Bueno, entonces quiero un poco de azúcar para el café.

Helen se echó a reír acodada en la mesa y con la mano en el mentón. Se levantó y fue a la cocina. Volvió con el azúcar y lo dejó junto a su pocillo.

—Esto puede cambiar, Helen —dijo él comiendo un gran trozo de panqueque.

—Por favor...

—Solo quisiera que por lo menos lo intentemos. No quiero perderte así.

—Tú no quieres perderme porque te hiere el orgullo, que es otra cosa. Te conozco.

—No quiero perderte porque te amo —dijo y bebió su café.

—Klaus, quizá lo mejor sea que me dejes sola.

Apartó el plato de sí y se levantó el parche. Se rascó el rabillo del ojo que no tenía. Después Helen sacó una cajetilla de cigarrillos y fue al balcón. Klaus la acompañó y le pidió uno. Dos pájaros negros se posaron en el cableado eléctrico. Recordó a su hijo enseñándole a pronunciar la palabra *Mariamulatas*. Estaban tan cerca que podría tocarlas estirando la mano.

—¿A qué viniste? —dijo ella y expulsó una voluta de humo púrpura por la boca.

—Mañana tengo que hacerme los exámenes médicos.

—Te juro que a veces se me olvida que tienes esa cosa en la cabeza.

—Me doy cuenta —dijo él y, asqueado por el cigarrillo, lo aplastó en el cenicero.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, no sé qué quise decir —dijo él ensañado con la colilla, que seguía despidiendo humo—. El caso es que estaba pensando en invitar a mi hermano a Criacuervo.

—¿Y cómo vas a encontrarlo? —dijo Helen—. Me dijiste que hace tiempo no sabes nada de él.

—Creo que Cora puede averiguar dónde está.

—¿También la vas a invitar a ella?

—Ya está invitada —dijo él—. Piensa venir el próximo mes. ¿Te parece bien?

—A mí no me tienes que pedir permiso para nada, Klaus —zanjó ella con repentino malhumor.

En la tarde Helen se fue del apartamento con Dieter. Iban, según ella, a la playa de Bocagrande. Klaus no soportaba la idea de verse obligado a contemplar el cuerpo de su mujer en bikini. Optó por quedarse. Se hizo una paja pensando en ella. Era la situación íntima más humillante que había vivido en años. ¿Qué acto más aciago y solitario que masturbarse por la mujer perdida? Pero luego de expulsar el semen se sentía, ciertamente, mucho mejor. Aligeraba la carga. O parte de ella. Los sentimientos seguían vivos, pero el deseo de poseerla menguaba.

Se metió en el cuarto de Helen con la intención de descubrir algún elemento que le permitiera determinar con quién se acostaba: si con el poeta o con el pintor. No sabía por dónde comenzar, de manera que se sentó en la cama y se examinó los pies. ¿O estaba con los dos al mismo tiempo? Lo atribuló la visión de tres cuerpos empapados de sudor retorciéndose en una cama. No podía considerar como verdadera la idea de que su mujer deseara estar sola. Su lógica le imponía la convicción de que si no quería estar con él, era porque quería estar con otro. O con otros. Desde luego, no se atrevería a preguntárselo. Se examinó la uña del dedo gordo. ¿Por qué estaba cambiando de color? Empezó a limpiarla exacerbado. Cuando se dio cuenta de que la uña no iba a aclararse por más que la frotara, se preguntó si Helen, como él, dedicaba gran parte de su energía y tiempo a pensar en la relación. Determinó con facilidad que no. Le daba la impresión de que toda la vitalidad que invertía en pensar en ella terminaba fortaleciéndola. De golpe, barrió su mente con la certeza de que el tumor podía matarlo. En esas circunstancias debía resultarle ridículo preocuparse por un divorcio, pero sentía que esa eventualidad era en sí misma como otro tumor del cual ocuparse.

Se incorporó de la cama y fue al armario. Examinó la ropa de Helen. El tamaño de sus prendas, el olor a suavizante y el modo prolijo con que las había doblado le despertaron una ternura profunda. Se acordó de esas noches en que, acostados en la misma cama, ella le confesaba los más inauditos secretos de su infancia: le gustaba ver a su padre destripar los venados que cazaba, maquillar a su hermano menor y plagar de piojos a sus amigas del colegio. Abrió el cajón de su ropa interior y luego examinó cada uno de los cofres en donde guardaba sus alhajas. También halló una caja de cartón atiborrada con fotografías. Las examinó una por una. No las había visto antes y le parecieron interesantes, casi artísticas. Quizá Helen tenía un talento que le había ocultado. Encontró una que le gustó en especial. La había tomado en el desierto. En la imagen, él estaba abrazando a Dieter por un lado y por el otro a Elvira, la empleada. ¿Qué estarían haciendo ella y Thomas en ese preciso instante? De solo pensar en el desierto, renacía la idea de llevar a Adler allí. Tendría muchas otras cosas en las que pensar con él y Cora. Salió de la habitación con la foto y se dirigió al cuarto de Dieter. Se sentó en frente de su computador y lo encendió. Mientras el

sistema se iniciaba, observó las calcomanías que su hijo había pegado alrededor de la pantalla, personajes caricaturescos con exclamaciones en japonés que él desconocía.

Por fortuna, Dieter no protegía el aparato con una contraseña. Entró en su correo y empezó a redactar el texto:

Cora, ¿cómo estás? Te escribo desde Cartagena. Estoy en el apartamento donde viven Helen y mi hijo. Vine a la ciudad porque debo hacerme unos exámenes médicos. Dicen que tengo algo en la cabeza. Acá te lo explicaré con calma. Nada de qué preocuparse.

Sabes que hace mucho tiempo me ronda la idea de encontrar a Adler. Me gustaría mucho que pudiera venir contigo. No sé por qué, estoy convencido de que debe seguir en Hamburgo. Voy a enviarte por correo postal una fotografía y te pido que se la reenvíes a mi hermano a la dirección donde vivíamos con Abelard. ¿La recuerdas?

Sé que te parecerá un gesto ridículo y algo innecesario, pero a la larga, no hay nada que perder.

Déjame saber pronto de ti.

*Te quiere,
Klaus.*

Aunque era domingo, logró encontrar en un hotel de lujo una oficina de correo desde donde enviar la foto. Luego paseó por los sanandresitos, comió una hamburguesa en un puesto callejero y regresó a casa.

Helen llegó al atardecer con Dieter, quien tenía la piel de la cara encarnada por el sol excesivo. Al anochecer pidieron comida a domicilio y vieron una película policiaca en la televisión. Cuando llegó la hora de dormir, Helen le dijo a Klaus que podía quedarse en el apartamento el tiempo que necesitara, pero que debía dormir en el sofá cama.

—¿De qué estás hablando? —dijo Klaus enfurecido—. Yo he estado pagando la renta de este apartamento hace casi cinco años.

—Tú has estado pagando la educación de Dieter, sus utensilios, su alimentación y su ropa. Yo pago este apartamento con mi trabajo y es mi casa.

—¿Y cuándo decidiste que esta ya no es mi casa? —gritó Klaus.

—¡Baja la voz! —gritó ella aún más fuerte.

—Te estás convirtiendo en toda una imbécil.

—Tú me has ayudado un poco. No lo olvides.

Klaus intentó agregar algo, pero las palabras no salieron. Segregaba la saliva fácil que produce la impotencia y en un lugar oscuro de su corazón sintió el ardiente deseo de herirla. Ella, en cambio, se dio vuelta con suficiencia y trajo de la habitación una almohada y un juego de sábanas que arrojó con displicencia en el sofá cama.

A las diez de la mañana del día siguiente Klaus asistió a la cita en el centro de diagnóstico. Helen le había puesto seguro a la puerta de la habitación, de manera que Klaus no pudo sacar las llaves del Renault. *De su Renault*. Debió marcharse en un bus.

Cuando llegó al lugar pasó directo a la recepción. Allí le pidieron sus datos. Dio la dirección de Helen y el número telefónico del apartamento. Después le explicaron que iban a practicarle una biopsia guiada por tomografía computarizada y un análisis del líquido cefalorraquídeo para determinar si había o no células cancerosas. Luego una enfermera lo hizo pasar a un cuarto estrecho en donde había una camilla cuya sábana áspera despedía un intenso olor a desinfectante. Le pidió que se desnudara y que se vistiera con una bata de hospital que habían dejado doblada en la cabecera. Después salió de la habitación para darle intimidad. Una vez Klaus estuvo listo, solo, semidesnudo y con las piernas flotando en la camilla del consultorio, lo embargó una sensación de desamparo. La sensación se acentuó cuando volvió la enfermera. Le indicó qué posición debía adoptar para la punción lumbar: acurrucado, de costado, con las rodillas recogidas y la barbilla contra el pecho. Como un feto, le dijo con una sonrisa cómplice, como si reconociera ella misma la humillación que implicaba la postura. Después la mujer arrastró una silla de metal. Se sentó en frente de él con una planilla y un bolígrafo.

—Voy a hacerle unas preguntas —dijo.

Klaus asintió de medio lado.

—¿Cuando despierta en la mañana sufre dolores de cabeza?

—A veces —dijo.

—¿Ha tenido convulsiones?

—Nunca.

—¿Debilidad en alguna parte del cuerpo?

—No.

—¿Confusión o pérdida de la memoria?

—Creo que mi memoria está mejor que nunca.

—¿Entumecimiento u hormigueo en alguna parte del cuerpo?

—No —dijo Klaus—. ¿Por qué tengo que estar acostado de esta manera?

—¿Pérdida del equilibrio?

—No, pero me gustaría que...

—¿Pérdida de la coordinación, problemas para caminar o torpeza?

—Le hice una pregunta —dijo Klaus.

—Puede sentarse. Pero cuando venga el doctor debe volver a acostarse como le enseñé.

Klaus se incorporó en la camilla.

—Ábrase la bata y déjeme verle el pecho.

—¿Para qué?

—Porque si se trata de un tumor hipofisario los hombres desarrollan mamas. ¿Le han salido mamas?

—¿Mamas? ¿Hipof...? —dijo, confundido. Su castellano no estaba lo suficientemente desarrollado. La enfermera se acercó las manos a su propio pecho e hizo un gesto de peso.

—Tetas —dijo la mujer.

Como la bata se anudaba en la espalda, para mostrarle el tórax debió correrla de lado, de una manera obscena e incómoda. La mujer lo observó con meticulosidad, frunciendo el ceño. Anotó algo en el papel. Klaus se observó a sí mismo. No tenía tetas, pero necesitaba hacer ejercicio. En ese preciso momento entró el médico y se los quedó observando. La enfermera se puso de pie, habló con el especialista y luego se situó en un rincón de la habitación, con los hombros flojos y la mirada perdida, como si fuera un artilugio desactivado. El médico se presentó. Le estrechó la mano a Klaus y tomó el asiento que antes ocupara la enfermera.

—Klaus Zweig —dijo el médico—. ¿De dónde es?

—De Alemania.

—¿Qué le pasó en el ojo?

—Lo perdí en un accidente.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hace unos meses —dijo Klaus—. ¿Cree que me voy a morir?

El médico esgrimió una sonrisa y se dispuso a decir algo, pero al final calló. Se quedó pensando un instante, como si elaborara mentalmente un discurso profesional.

—Bien, pues vamos a hacerle los exámenes para confirmar qué clase de tumor es el que tiene. Si no lo sabemos con exactitud es imposible hacer cualquier pronóstico. Los resultados estarán en una semana y pocos días. ¿Ya le enseñaron cómo tiene que acostarse?

Después de los exámenes empezó a revisarse el pecho en el espejo del baño cada mañana. Helen lo veía y soltaba un gruñido, tal vez considerando que se trataba de un tardío ataque de vanidad. Además, había empezado a hablarle lo estrictamente necesario. Al mediodía, sin demasiadas cosas que hacer, Klaus frecuentaba los bares de la Medialuna y bebía jugos de frutas tropicales en los puestos callejeros. Conoció algunos turistas alemanes, pero perdía el interés en ellos con rapidez y terminaba escabulléndoseles. No tardó en sentirse asqueado de la ciudad. El único momento gratificante de su rutina sucedía en las tardes, cuando iba a buscar a Dieter al colegio y lo dejaba elegir dónde quería comer. En las noches, Helen preparaba el uniforme del niño y le ordenaba hacer la maleta para el colegio, con los libros de las materias que correspondían a la jornada. Se encerraba luego en su cuarto y el apartamento adquiría una oscuridad lúgubre y tediosa. Klaus se quedaba gran parte de la noche desvelado, contemplando en silencio un ventilador de techo que no giraba, mientras las ráfagas de luz que emitía la televisión de Helen centelleaban bajo su puerta.

Recibió dos correos electrónicos de Cora. El primero llegó el viernes de esa semana. Cora le preguntaba por los exámenes médicos. Además, le decía que había recibido la fotografía y que se la había enviado a Adler a la dirección de Hamburgo. El segundo correo apareció en su casilla a comienzos de diciembre. Leyó el texto más de diez veces, boquiabierto frente a la pantalla del computador de su hijo. Cora le informaba que Adler había aparecido por Berlín, con la fotografía que él le envió. Le explicaba que los dos irían a visitarlo, pero que llegarían en fechas diferentes pues no encontraron vuelos para el mismo día.

Aunque en la respuesta al primer correo Klaus le dijo a Cora que los exámenes médicos habían salido bien, en realidad nunca los había abierto. Incluso se negó a revisarlos con el médico que se los hizo, que en la recepción dejó dicho que se acercara a su consultorio para interpretárselos. Dobló y guardó el sobre en la mochila que había traído del desierto y se prometió abrirlo una vez terminara el periodo que iba a pasar junto a su hermano y Cora. Prefería que ese encuentro estuviera desprovisto de las preocupaciones que podían acarrearle los exámenes.

No pasó un día de diciembre sin que considerara la posibilidad de volver al desierto. Helen iba tornándose cada vez más hosca ante su presencia y temprano en las mañanas, cuando preparaba el desayuno para Dieter, que ya estaba de vacaciones, lo veía acostado en el sofá cama con una expresión que se instalaba entre el desprecio y el aburrimiento. Si Klaus optó por quedarse se debió a su hijo. En Navidad, no obstante, hubo una suerte de tregua y Helen lo llevó a un evento que hacía la Casa Cultural Colombo Alemana en la playa de la Artillería. En Año Nuevo los tres permanecieron en el apartamento y, ya en la madrugada, cuando Dieter dormía, Helen

se acercó a Klaus, que reposaba en el sofá cama, y le confesó que quería volver a Múnich.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo él, sabiendo con exactitud lo que deseaba. Afuera seguían sonando los estallidos de los fuegos artificiales.

—Tenemos que resolver nuestra situación —dijo ella—. Además, está Dieter.

—Ya tendremos tiempo para arreglar ese tema —dijo él con sequedad—. Ahora solo quiero descansar.

No durmió esa noche.

Ya en enero, días antes de que llegara Cora, Klaus se fue con su hijo a la avenida San Martín. Quería comprar ropa. Su armario en el desierto estaba atiborrado de overoles inmundos y camisas ajadas, y en el apartamento de Helen solo tenía unos pantalones cortos con las costuras rotas. Debido a que Helen estaba usando el auto, él y Dieter viajaron desde el centro en un bus. Aquellos últimos días con su hijo habían sido excepcionalmente felices. En la mañana, Dieter lo despertaba y salían a desayunar carimañolas en un restaurante que había cerca de la Penitenciaría para Mujeres. Su hijo le contó que iba a comer ahí a veces a escondidas, cuando salía del colegio, porque a mamá no le gustaba que se alimentara de frituras. Una vez había comprado carimañolas para las mujeres de la cárcel y se las había entregado a la portera de la prisión. Klaus le dijo que nunca más volviera a poner un pie en ese lugar. Dieter se lo prometió.

Entraron en una tienda y Klaus compró dos vaqueros y cuatro camisas a rayas. Se las probó todas en frente de un espejo. El parche negro y remendado le restaba elegancia. ¿Dónde vendían parches? Dieter le sugirió que lo mandara a arreglar con alguno de los artesanos de la calle, y después de probarse la última combinación y recibir la aprobación de su hijo, fueron a hablar con una artesana cerca de la playa. Era de noche y las discotecas de la calle Quinta estaban atiborradas de turistas. La artesana le cobró 40 mil pesos por imbricar dos broches y poner un lazo nuevo.

—¿De qué color quiere que sea el lazo? —preguntó la mujer.

—¿De qué color te parece bien, Dieter?

Dieter estudió los colores disponibles.

—Creo que te quedaría bien ese —dijo señalando el amarillo más estridente.

—No sé, ¿te parece?

—Sí, quiero que sea ese.

Klaus aceptó y mientras la mujer terminaba de hacer el trabajo, fueron a una mesa de comida árabe y pidieron dos *shawarmas*. Descubrió que a su hijo no le gustaba el pollo. ¿Qué otras cosas no sabía de él?

—Me da asco, papá.

—¿Por qué?

—Porque son animales horribles.

Pidieron entonces de cordero y comieron con tranquilidad viendo a la gente pasar. A veces, algún transeúnte se quedaba mirando la cuenca apretada y tumefacta donde otrora había un ojo. Klaus sabía que su herida era repugnante. Su hijo, por el contrario, comía y le hablaba sin darle la menor importancia a ese defecto. Klaus se dio cuenta de que ese muchachito era lo único que tenía en la vida. Bueno, además del dinero de la indemnización.

La artesana se dirigió a la mesa y le entregó el parche arreglado.

—El lazo es elástico, así que no va a lastimarlo.

Klaus se lo puso y le sentó bien. Dieter dijo que se veía magnífico. Pagó y se marchó con el niño a caminar por El Laguito.

—No entiendo quiénes van a venir, papá.

—Cora, que es una amiga, y tu tío —dijo Klaus—. Se llama Adler. Te hablé de él. ¿No lo recuerdas?

—No.

—Es nadador —dijo—. A propósito, ¿sabes nadar?

—Creo que no.

—Uno sabe o no sabe. No puedes decir que crees que sabes porque entonces te vas ahogar cuando quieras comprobarlo.

—Pero yo casi nunca he nadado.

—Tal vez él te pueda enseñar. ¿Te gustaría que te enseñara?

—¿Y dónde va a enseñarme?

—Pues en el mar de Criacuervo —dijo Klaus.

—Me da miedo ese mar.

—¿Por qué?

—Por la plataforma. ¿No hay nadie más allí?

—No —dijo él—. Ya sabes que no funciona.

—Pero si alguien quisiera vivir allí, ¿crees que podría?

—Quizá —dijo Klaus—. Aunque tendría que disponer de un bote para poder viajar a la costa y comprar alimentos y además...

—Yo creo que allí deben vivir Las Liebres —lo interrumpió Dieter.

—No lo había pensado —dijo él, intrigado—. En todo caso, Adler podría enseñarte a nadar y no tendrías por qué pensar en esa plataforma. ¿Quieres que vayamos con tu tío Adler al desierto?

—¿Estás seguro de que no volveremos a ver a esas Liebres?

—Estoy seguro.

No lo estaba, realmente. Klaus sabía que el chico aún estaba asustado por el incidente en el santuario de los flamencos.

En Criacuervo, más allá del riel por el que pasaba el tren que transportaba carbón, había lagunas salobres y en ellas un santuario abarrotado de bandadas de flamencos.

Muchas de esas lagunas se convertían en sal cuando la sequía era extrema, y entonces el lugar se llenaba de camiones y hombres que colmaban los furgones a fuerza de pala. Klaus había llevado a Dieter y a Nani, la hija de Thomas, para que vieran a los pájaros en su hábitat. Una mañana se quedaron allí contemplando sus figuras espléndidas y sus patas sonrojadas. Era un espectáculo digno de ver y sabía que Dieter y Nani, quien tenía más o menos la misma edad que el chico, recordarían esa imagen el resto de sus vidas. Pero al mediodía, cuando les gruñía el estómago y decidieron hacer el camino de regreso enfilando la playa, se toparon con una mujer sentada en una butaca de madera junto a un montículo de plumas. Sobre su cabeza, en la rama de un árbol seco, pendían varios flamencos inmóviles, flácidos y rosáceos como tripas. Los habían colgado del cuello y quitado todas las plumas, dejándoles al descubierto el pellejo enrojecido del cuerpo. Nani se detuvo abrumada por la imagen, y cuando la mujer los vio, sonrió ampliamente sin dejar de hacer lo que hacía con las plumas.

—¿Quién les dio permiso de venir acá? —dijo alguien desde un lugar alto.

Entonces se dieron vuelta y los tres vieron a un adolescente acucillado sobre una roca caliza. El adolescente tenía voz de silbato y llevaba una carabina colgada en el hombro. Además, le faltaban los dientes frontales. No podía tener más de diecisiete años y, en conjunto, su cara era una mezcla de maldad e idiotez. De cualquier forma, había algo turbio en su mirada que sofocaba cualquier deseo de reírse de él.

—No los molestes —le dijo la mujer.

—Pero el comandante me advirtió que no dejara venir a nadie —dijo el muchacho.

—Pues yo estoy aquí —dijo la mujer—. ¿No soy alguien? ¿Vas a ir a decirle al comandante?

El muchacho escupió a su lado. La mujer le lanzó una mirada amonestadora, pero luego siguió metiendo el tallo de cada pluma en pequeños broches dorados con los cuales iba armando su bisutería de flamenco. Los cuerpos inertes encima de ella ya desprendían un aroma pestilente.

—Acércate —le dijo la vieja a Nani.

Nani miró a Klaus buscando su aprobación, y a él le pareció prudente hacer lo que le pedían. Asintió con la cabeza. Entonces la mujer agarró uno de los aros y, apretando el brazo de Nani, la atrajo hacia ella. Tras cerciorarse de que tenía la oreja perforada, le endilgó uno de los aros y le pidió que se apartara un metro para poder apreciarla.

—Te ves hermosa —dijo—. Eres la Reina de los Flamencos.

Cuando Nani se dispuso a quitárselo, la mujer le aseguró que no era necesario. Se trataba de un obsequio. Y debía sentirse afortunada porque el precio de aquellos pendientes era altísimo. Nani le agradeció con aprensión y, acto seguido, Klaus se despidió con torpeza y abandonaron el santuario.

Klaus tenía claro que con aquella gente era mejor no meterse y que los crímenes del desierto quedaban siempre en la impunidad. Sin embargo, no esperaba que ese breve encuentro le acarrearra consecuencias. Se equivocó. Ocurrió que, tres días después, mientras Dieter y Nani cazaban cangrejos junto al muro de cal que bordeaba la casa, apareció el adolescente de la carabina y su cara de idiota en una motocicleta. En ese momento, Klaus estaba en la cocina lavando los platos, y pudo observar y escuchar todo lo que sucedió. Se deslizó furtivamente hacia la sala, donde estaba Thomas Stein, y le contó lo que pasaba. Buscó un revólver en su habitación. Luego se reunió con Thomas en la cocina. Se asomaron por la ventana para cerciorarse de lo que hablaba el adolescente. El muchacho, que no se había bajado de la moto ni apagado el motor, le decía a Nani que quería su pluma de vuelta.

—Ya no tengo esa pluma —le dijo Nani—. No me gustaba.

—Entonces devuélvemela —silbó el adolescente.

Dieter estaba junto a Nani, con los puños apretados. Thomas le susurró que fueran a enfrentar a ese mequetrefe, pero Klaus lo convenció de que esperaran.

—¡Pero era un regalo! —dijo Dieter—. Y los regalos no se pueden quitar.

—Pues yo quiero ese regalo de vuelta ahora mismo.

—No te vamos a dar nada —dijo Nani.

—Entonces tendrás que pagármelo de otra forma —dijo el adolescente.

Thomas susurró: Vamos a matarlo.

Klaus dijo: Espera, espera.

—¿Qué quieres? —dijo Dieter.

—Quiero que ella me dé un beso y entonces quedaremos a mano.

Thomas dijo: ¡Dame ese revólver ahora mismo, carajo!

Klaus respondió: Si sales y lo matas, vendrán los otros y será peor.

Thomas dijo: ¡Dámelo, maldita sea!

Nani comenzó a reírse.

—No voy a besarte, ¿estás loco?

—Si no me besas, entonces quiero que beses a ese niño.

Klaus no pudo evitar echarse a reír, aun sabiendo que nada de eso era gracioso. Thomas forcejeó con él para quitarle el revólver, pero Klaus logró conservarlo.

—¿Quieres que te dé un beso, Dieter? —dijo Nani.

Dieter tenía en ese momento las manos atrás y miraba el suelo. No sabía qué decir.

—¿Quieres besarla de una vez, por favor? —dijo el adolescente.

—No quiero que nadie me bese —dijo Dieter.

—Ya ves —dijo Nani—. No hay trato.

—Entonces yo tendré que...

Y en ese instante Thomas apareció por la puerta de la casa y fue directamente al adolescente. El adolescente pareció asustarse por un momento, pero no se marchó. Thomas le empezó a gritar con su español impecable que se largara. Klaus revisó el

tambor del revólver y salió de inmediato dispuesto a matar a ese muchacho sin que le importaran un bledo las consecuencias. Cuando el muchacho lo vio en el pórtico con el revolver en la mano, los dos se atisbaron estáticos.

—Si vuelves a esta casa te vamos a matar, muchacho —dijo Klaus.

El muchacho sonrió.

—Ya veremos quién mata a quien, viejo marica —dijo y se marchó en la moto.

Desde entonces, el muchacho no había vuelto a aparecer. Pero Klaus sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarlo. Por su parte, fue en ese momento cuando Thomas Stein decidió mandar a su hija con su madre en Alemania.

—¿Qué pasa, papá? —dijo el chico. Estaban cerca del Hotel Hilton. Había una prostituta pintarrajeada y voluptuosa que lo miraba desde la otra esquina.

—Nada —dijo Klaus—. Estaba pensando. Solo eso.

6

Cuando divisó a Cora entre la multitud de arribos internacionales, lo primero que se dijo a sí mismo fue: Todas las mujeres que he amado son hermosas y se vuelven aún más hermosas cuando las pierdo.

Había ido al aeropuerto con Dieter.

—Nunca he viajado en avión, papá.

—Te prometo que un día de estos días vamos a irnos de vacaciones. ¿A dónde te gustaría ir?

—No sé. A un lugar donde nieve. Quiero conocer la nieve. Mamá dice que en Alemania hay.

—Bueno —dijo él, impaciente por Cora, a quien veía de espaldas esperando su equipaje frente a la cinta transportadora—, entonces iremos el próximo invierno.

—¿Sabes qué significa Berlín, papá?

—¿Qué dices?

—Te pregunto si sabes qué significa Berlín.

—No sé, ¿qué significa?

—Tierra de pantanos. ¿Hay pantanos en Berlín?

—¿Pantanos? —dijo—. ¿De dónde sacaste eso?

—Lo vi en la televisión.

Cora estaba vestida con un jean magenta y una camiseta blanca que dejaba entrever su cuello blanco y largo y resaltaba las facciones angulares de su rostro escandinavo. Klaus tragó saliva, se relamió los labios, ajustó el parche con aquel remiendo amarillo y apretó el estómago para que la panza fuera menos notoria. No debió hacerle caso al chico, pensó. Debió elegir un lazo negro o de un color más sobrio. Pero ya era demasiado tarde. Ella estaba allí, a unos metros de él, perdida y consultando a un policía que, con recia expresión aindiada, batía la cabeza para decir que no le entendía.

Entonces se vieron. Él no se dio cuenta de que su ojo estaba abierto como un plato y que tenía una sonrisa bobalicona y desamparada. Levantó la mano entumecida con la fuerza bruta de una máquina. A Cora pareció iluminársele la cara. Comenzó a caminar hacia ellos. Un tipo de seguridad abrió la reja y entonces ella salió y abrazó a Klaus. Hablaron atropelladamente sobre el calor tremendo de la ciudad mientras se estudiaban de arriba abajo.

—¡Es un calabozo! —dijo Cora.

—Sí, pero en el desierto hay brisa —dijo Klaus.

Luego ella miró al niño.

—Te traje un regalito, Dieter.

Dieter sonrió con timidez y desvió la mirada.

—Ella es Cora —dijo Klaus—. ¿Por qué no la saludas de una buena vez?

—Hola, Cora —dijo el chico.

Klaus había ido en el Renault. Ayudó a Cora con la maleta y la puso en el portaequipajes. El día era suntuoso y el cielo de un azul eléctrico. Cora se sentó en el asiento de copiloto y Dieter fue atrás. Avanzaron por algunas calles de Crespo y luego tomaron la avenida Santander. El mar oscuro se movía con inquietud mientras lo sobrevolaban alcatraces inmóviles en las alturas. En el trayecto, Cora y Klaus se atisbaban retraídos como si no se atrevieran a hablar. Al final, Cora preguntó cuándo viajarían al desierto.

—En cuanto llegue Adler —dijo Klaus.

—Me has hablado tanto del desierto que quiero conocerlo —dijo Cora.

—¿Qué te parece si vamos a comer hoy en la noche?

—Me parece bien. Además, no tengo hambre ahora mismo. Siempre que vuelo se me va el apetito.

—Es increíble —dijo Klaus súbitamente.

—¿Que pierda el apetito?

—Que estés aquí.

—A propósito, soy vegetariana.

—¿Por qué? —dijo Klaus.

—¿Cómo que por qué? —rio Cora.

—Yo también quiero ir a Criacuervo, papá —dijo Dieter.

—Claro, claro, vas a ir —gruñó él.

Cora había llegado un domingo, de manera que cuando arribaron al apartamento Helen estaba allí. Klaus subió con la maleta. Cora lo observaba todo con voraz curiosidad infantil. En la puerta de la entrada, Helen le estrechó la mano y le pidió que se sintiera como en su casa. Después miró a Klaus de un modo inusual. Había cierta aprensión y al mismo tiempo algo beligerante en esos ojos que días antes solo transmitían frialdad. Estaba celosa, pensó Klaus, y sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Helen es la madre de Dieter —dijo, clavándole el maravilloso puñal de la venganza. Tragó saliva. Una sonrisa se formó en sus labios.

—Tengo entendido que también viene el hermano de Klaus —dijo Helen.

—Sí, pero no consiguió vuelos para hoy. Viene en una semana —respondió Cora abriendo la maleta—. ¿De dónde eres, Helen?

—De Múnich. Creí que Klaus te lo había dicho.

—¿Me contaste eso, Klaus? —dijo Cora entornando los ojos—. Qué tonta soy.

La satisfacción de Klaus iba en creces. Sin embargo, se contuvo y, pavoneándose por la cocina, le preguntó a su invitada si quería un café. Cora le dijo que sí. Quería probar el café colombiano. Mientras Klaus lo preparaba Helen fue detrás de él.

—¿Cuándo piensan irse a Criacuervo?

—Apenas llegue mi hermano. Entretanto voy a mostrarle la ciudad a Cora. Solo serán unos días y después te librarás de mí, ¿de acuerdo?

—Pero el apartamento es muy pequeño —protestó—. Vamos a estar todos incómodos.

Klaus hizo por teléfono la reserva en un restaurante de la plaza de Santo Domingo. A las ocho de la noche el apartamento estaba insuflado de movimiento y vitalidad. Dieter había puesto música en un estéreo compacto y Cora estaba en el balcón con Helen. Klaus, por su parte, se había metido al baño para darse una ducha. Estaba desnudo en frente del espejo y se había llenado la cara con espuma de afeitar. Descubrió que la única cuchilla disponible era una que usaba su mujer para afeitarse las piernas. Se cortó aquí y allá y luego contempló con curiosidad las gotitas de agua teñidas de sangre que encapsulaban los pelos recién cortados. Sin el parche, su rostro tenía algo monstruoso. Valerse de un solo ojo le producía un gran cansancio. Me voy a quedar ciego un día de estos, pensó, y luego, ¿qué habrá pensado Cora al verme? Vio en su reflejo a un hombre nervioso. Era mejor no tener expectativas, se dijo. ¿Expectativas de qué?, ¿de que echemos un polvo?, ¿de que se quede? Se peinó hacia atrás y comprobó que sus entradas eran cada vez más profundas. Iba a quedarse calvo en cualquier momento. Calvo y, para rematar, ciego. Se puso el parche con la tira de color y salió a la habitación de Helen para vestirse. En la cama matrimonial estaban las bolsas con la ropa que compró unos días antes. Se puso el pantalón y la camisa y luego se probó unas medias. Lamentó no haber comprado zapatos. ¿Por qué no había comprado zapatos? Tenía unos borcegos manchados de aceite para motor. Era lo único. Se los puso y salió a la sala. En el balcón aguardaban los demás. Ya Dieter estaba vestido y acicalado. Cora tenía una holgada camisa azul índigo y unos vaqueros cortados con tijera que dejaban al descubierto sus muslos blancos y prietos.

—¿Cómo me veo? —dijo Klaus al llegar al balcón.

—¡Qué guapo! —dijo Cora—. Y Dieter también. Míralo.

El niño estaba vestido con un pantalón de pana y una camisa de leñador, y tenía un libro en las manos. Klaus asumió que era el regalo que le había llevado Cora.

—¿A qué hora lo traerás de vuelta, Klaus? —dijo Helen refiriéndose al niño.

Él pensó por un momento que la respuesta adecuada era: A la hora que me dé la gana. Era su hijo, después de todo. Y solo iban a comer. Comprendía, sin embargo, que Helen se aferraba al chico para establecer su poder. Vio en ese momento lo que deparaba el divorcio. Las cosas no iban a ir bien.

—Nada más vamos a divertirnos un rato —dijo.

—¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros, Helen? —dijo Cora.

—Estoy segura. Tengo otros planes. Lo siento mucho.

—Bueno, pero tenemos que reunirnos alguna vez, ¿cierto, Klaus?

—Claro, claro. Pero bueno, ella tiene otros planes esta noche.

En el corazón de la plaza de Santo Domingo, bullía una abigarrada multitud de turistas y vendedores callejeros. Hubo un malentendido con la reserva que había hecho Klaus y una discusión con el mesero respecto de la mesa que querían, pero finalmente el gerente del restaurante les consiguió un buen sitio a la orilla de la calle empedrada.

Dieter le tradujo el menú a Cora.

—¿Y qué vas a pedir tú, Dieter? —dijo Klaus.

—Yo quiero una hamburguesa —dijo el chico.

—¿Estás seguro de que hay hamburguesas aquí?

—Sí —dijo Dieter y señaló el menú—. Aquí, papá. Mira.

Klaus se inclinó hacia él y entornó el ojo. Volvió a su posición sin haber alcanzado a leer todo lo que le mostraba el chico.

—¿Ya te decidiste tú, Cora?

—Voy a pedir ensalada con atún —dijo ella.

—¿No eras vegetariana?

—Sí, soy una vegetariana que come atún.

—Vas a perderte del bistec con papas fritas. Además voy a pedir una botella de Pinot Noir argentino. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Klaus, que jamás se había interesado verdaderamente por la ciudad, comenzó a describirle la impresión que tuvo de Cartagena cuando recién llegó, hacía ya más de diez años. Le habló de las ferias y de los circos moribundos a donde solía llevar a Dieter, de los pueblos del sur y sus orquestas briagas de ron, de los recovecos en Getsemaní en los que bailaba Helen. De su absoluta incapacidad para seguir los ritmos antillanos. Ella le recordó que cuando eran más jóvenes a él le encantaba bailar música electrónica en...

Klaus recordó esa época. Y mientras Cora seguía hablando de los lugares que frecuentaban, se vio a sí mismo con dieciséis años saliendo del apartamento de Anna Baumann, la madre de Cora. Habían pasado la Navidad juntos y él estaba seguro de que Cora era el amor de su vida. ¿En qué momento dejó de tener esa certeza? El caso es que en aquella ocasión sucedió un episodio aún inexplicable para él: cuando se disponía a volver a Hamburgo desde Berlín, decidió cambiar la ruta del tiquete y tomar un tren hacia un pueblo que lindaba con los bosques de Turingia. Quería conocer el lugar en que murieron sus padres. Lo que sucedió después no se lo dijo a nadie. Nunca. Porque si lo hubiera hecho, lo habrían considerado un loco de remate o un mentiroso redomado. Había llegado a la ciudad de Suhl, y desde allí caminó hasta la imponente barrera de árboles que blindaba al bosque. Como era invierno, la mayoría de los árboles había perdido las hojas y en los claros se formaban colinas de

nieve reluciente. Aunque no supiera a ciencia cierta el punto exacto donde sucedió el accidente, avanzó por el bosque haciendo una solitaria procesión. Antes de que anoheciera, cuando más le valía desandar el camino para no morir congelado, se sorprendió al encontrar la plataforma de carga de un camión con un contenedor bermellón mate encima. Los neumáticos estaban desinflados y entre los agujeros de los rines brotaba una hierba desmelenada y profusa. Se acercó a las puertas del contenedor y se preguntó cómo alguien lo había conducido hasta allí y por qué estaba abandonado. Después de pensarlo un rato, decidió entrar. Las puertas estaban a medio cerrar y le costó trabajo moverlas debido al avanzado estado de oxidación de las bisagras. Una vez en el interior, halló un montón de ropa usada y hecha trizas, y un sillón de cuero agujereado como a dentelladas. En el suelo había semillas, ramas y hojas secas, como si se hubiera convertido en el hogar de roedores y pájaros. Incluso encontró en un rincón un nido hispido en cuyo centro había excremento seco. Avanzó hasta llegar al sillón y se echó allí.

Para esa Navidad, Cora le había regalado una libreta y un lapicero, y sin pensarlo demasiado, sacó ambos objetos de su mochila y escribió una línea en la primera página: *Papá y mamá: estoy aquí*. Quería seguir escribiendo, pero no sabía cómo volcar en el papel lo que llevaba dentro. Ni siquiera sabía cómo explicárselo a sí mismo. Leyó la frase más de cincuenta veces y el aire comenzó a hacerle falta. Notó que ni siquiera recordaba las caras de sus padres. Agarró la libreta y la arrojó con fuerza hacia delante. Esta rebotó contra una de las compuertas a medio abrir y cayó al suelo. Miró en el rectángulo despejado de la entrada la nieve caer y los fresnos y parte del cielo congestionado. Esa noche durmió allí, acurrucado, tiritando de frío, y cuando despertó no sabía si era el amanecer o el ocaso. Sacó un paquete de galletas dulces que había comprado en el pueblo y las comió a medida que el sol se levantaba entre las copas de los árboles. Comprobó entonces que era de mañana, así que recogió la libreta y armó su bolso. Salió del contenedor en dirección a la carretera. No pasaba ni un solo auto, así que debió hacer el camino hacia Suhl a pie y en medio de una fina bruma que disolvía el horizonte y creaba una atmósfera encantada. Se detuvo en un restaurante de carretera donde vendían mapas, embutidos y refrescos y comió sentado en la barra. El cocinero era un hombre viejo y le preguntó a dónde iba. Él le dijo que a la estación de trenes en Suhl. El cocinero le aseguró que había una nueva estación más cerca y le explicó cómo llegar desviándose por un sendero junto a una plantación de puerros y habas, que era lo único que crecía en invierno. Cuando él sacó la libreta para apuntar el número del kilómetro y las especificaciones que le ofrecía el viejo, descubrió que la frase que había escrito la tarde anterior ya no estaba. Se preguntó si Cora le había regalado un lapicero de broma, de esos cuya tinta se desvanece con el tiempo. Miró el lapicero y le pareció normal. Escribió otras cosas que vería sin ningún problema días después. En el papel ni siquiera estaba el surco de sus trazos. Era como si nunca hubiera escrito nada. Mientras el viejo seguía hablando, él se quedó observando, desconcertado, la página en blanco. ¿Había soñado que

escribió esa frase? Estaba absolutamente seguro de que fue real. Y si no fue así, ¿por qué estaba la libreta en el suelo junto a la compuerta? Si la había arrojado en realidad, entonces debía de haber escrito antes algo. Ese era el orden de los hechos. Pensó en aquel episodio muchos años después, y siempre que intentaba darle un significado concluía que la ausencia de esa frase era al mismo tiempo su propia ausencia: *Papá y mamá: no estoy aquí.*

Después de comer, fueron a caminar un rato entre calles flanqueadas por casas viejas con tejas de barro cocido, aldabas en las puertas y placas de mármol con fechas y nombres inscritos. Desembocaron en la plaza Simón Bolívar. Se sentaron en una banca bajo la luz ocre del alumbrado público. El aire era fresco y el borboteo de las fuentes, ensordecedor. Del Palacio de la Inquisición, que estaba abierto y lleno de personas en lo que parecía un evento, salieron dando tumbos tres hombres que finalmente se sentaron a unos metros de ellos. Los tres estaban borrachos. Uno era negro y a veces hablaba en inglés. Otro era flaco y esmirriado, y el último era gordo y pendían de su cuello una credencial de periodista y una cámara fotográfica. El que hablaba en inglés decía que tenía más ron en su apartamento y que además necesitaba alimentar a su gato. Entretanto, Dieter iba de una fuente a otra y tiraba cosas en el agua. En determinado momento, el niño se quedó de pie en frente de los tres borrachos. Entonces el gordo le apuntó con la cámara y le tomó una foto.

—¿Cómo sigue tu madre? —dijo Klaus.

—Igual, creo que ya te lo conté todo. Sigue internada y su memoria empeora. Adler fue a verla, pero ella no lo pudo reconocer.

—Es una pena —dijo él, y luego, entusiasmado—: ¿Por qué no me cuentas qué dijo Adler cuando fue a verte con la foto?

—Que ya no está nadando —dijo Cora.

—¿Por qué?

—Deberías preguntárselo a él cuando llegue.

—Cuéntame, no le diré nada —dijo, codeándola con complicidad.

—No me siento bien contándote esto, pero en fin... se dopó en una competencia y lo expulsaron de la Federación de Natación. Me parece que no estaba pasando por un buen momento cuando llegó y que haberse quedado en Berlín le está sentando bien.

—¿Cómo? —dijo Klaus, descreído—. ¿Está viviendo ahora en Berlín?

—Sí, conmigo —dijo ella y aguardó para ver su reacción.

Klaus parpadeó con fuerza, como si le hubiera entrado polvo en el ojo. Conservaba en la cara una mueca que alguna vez fue una sonrisa.

—¿Te molesta esa situación? —agregó Cora.

—No, no, ¿por qué iba a molestarte?

—Es un alivio —dijo ella y se recogió el pelo—. Yo lo que quiero saber ahora es qué tienes en la cabeza. Nunca me lo aclaraste.

—Es un tumor —dijo él, con la voz engolada, como si no hubiera tragado saliva—. Lo descubrieron cuando perdí el ojo. Dicen que es benigno, así que no es nada serio.

No bien hubo terminado la frase se levantó de golpe y llamó a Dieter, que saltaba y hacía muecas en frente de los borrachos. Cuando el niño volvió con su padre, el borracho que tenía la cámara le apuntó y le tomó una fotografía.

El chico estaba tan cansado que Klaus debió subirlo por las escaleras en los brazos. Lo acostó en su cama, cerró la puerta de la habitación y luego se quedó inmóvil en frente del cuarto de Helen. Entornó la puerta con suavidad. Vio la cama vacía: una punzada en el estómago lo obligó a retroceder, seguido por un cansancio que se apoderó de todos sus músculos. De vuelta en la sala, cayó en la cuenta de que no había lugar para Cora. Decidió dormir esa noche en el cuarto de Helen para que Cora pudiera usar el sofá cama. Tal vez al día siguiente tendría que discutir con ella y disuadirla.

—Ya no están juntos, ¿verdad? —dijo Cora.

Klaus se sentó en el braceró del sofá. Respondió sin mirarla:

—No, quiere volver a Alemania. Vamos a divorciarnos.

—Lo siento.

—Está bien. No fue una sorpresa.

—¿Quieres acostarte acá un rato?

Estaba encorvado mirando la pared del frente y con los brazos temblorosos apoyados en sus rodillas. Parecía a punto de caer de bruces.

—Me gustaría —le dijo y la miró con una sonrisa conciliadora—, pero no creo que sea conveniente.

De repente, ya no sintió ningún goce ante la posibilidad de que Helen estuviera celosa. Por el contrario, deseó por primera vez y con sinceridad apartarse de su camino suavemente; zanjar sus diferencias de la mejor forma posible. Pero ella había llegado en la madrugada, borracha, y al encontrarlo en su cama armó una gresca que despertó a todos en el apartamento. El espectáculo había sido deplorable y vergonzoso. Klaus sabía que las palabras con las que lo alanceó sin tregua le dolerían también a ella cuando volviera a estar sobria, y que después de esa mañana nunca más se verían a los ojos de la misma manera. Al final, Klaus logró calmarla y ella cayó profunda en la cama. En la sala tranquilizó al niño y le ordenó volver a dormir. Dieter obedeció con la boca exangüe y la mirada cristalizada. Cora fingía dormir, tensa bajo una sábana que no alcanzaba a ocultarla del todo.

A la mañana siguiente, Klaus le dijo a Cora que lo mejor era irse a Criacuervo ese mismo día. Volvería por Adler en la fecha que llegaba su vuelo y lo llevaría entonces al desierto. Cora no protestó. Por el contrario, le dijo que estaba de acuerdo. Cuando Klaus entró a la habitación de Helen para agarrar las llaves de su Renault la halló despierta, sentada al borde de la cama. Lucía estragada por la resaca. Había estado llorando. Él le dijo que se iba y que se llevaría su carro. Agarró el pantalón que ella había arrojado al piso y buscó las llaves en los bolsillos.

—No te lleves a Dieter —dijo con la voz partida.

—Se va a ir conmigo —dijo él.

—Al menos llévatelo después. Oí que vas a volver por tu hermano. Estaba despierta.

Klaus se sentó en la cama, a su lado. Intentó mirarla sin rencor, pero le ganó el asco.

—En una semana, entonces —dijo y se marchó.

Cruzaron la frontera de la ciudad y antes del mediodía ya recorrían una autopista cuarteada. Klaus se esmeraba por hacer el momento menos incómodo. Le iba indicando a Cora el nombre de los lugares que atravesaban. Obvió pueblos minúsculos y miserables, compuestos por puñados de manzanas delimitadas por senderos sin señalización que crecían junto a los retenes militares. Había chicos de la edad de Dieter que se arrojaban al auto para venderles frutas o arepas que despedían un intenso y dulce aroma a anís. Casi ocho horas de trayecto después, desembocaron en una autopista recta que se extendía infinita hasta el horizonte. Eran ya las tres de la tarde y el sol abrasador había calentado tanto el tablero del Renault que olía a plástico derretido. Cora se había espatarrado en el asiento con los brazos flojos. A veces Klaus

la miraba de reojo: la boca entreabierta, el pecho inflándose al ritmo de su respiración pausada, los párpados caídos y pesados.

Cuando el motor empezó a recalentarse, Klaus detuvo el auto cerca de un rancho en donde había una india cubierta con un largo manto colorido. Cora despertó aturdida y con el rostro satinado por el sudor.

—Voy a pedir agua para el radiador —dijo él—. Ya estamos en el desierto.

Ella miró a su alrededor, Klaus también: la planicie árida y el cielo azul profundo sin una sola nube.

Klaus salió del carro y fue hacia la india. Le entregó un puñado de billetes. La mujer llenó un galón plástico con agua y se lo entregó. Luego Klaus fue al auto, levantó la cubierta del motor humeante y a medida que echaba el agua, una densa nube de vapor subía por los aires. Cerró la cubierta y entró otra vez al puesto de piloto. Cora le pasó la mano por la mejilla con barba de dos días.

—Es áspera —dijo—. Te crece rápido.

—¿Te gustan los hombres con barba?

—A veces sí y a veces no.

—¿Adler tiene barba?

—Por favor, Klaus.

—Está bien, solo bromeo. No te quedes dormida —dijo él, agarrándole la mano—. Ya vamos a llegar.

En algún punto de la carretera, torció el rumbo y avanzaron por una calle mal asfaltada y angosta que, al cabo de un rato, desembocó en un sendero escarpado y serpenteante. El desierto atigrado y magnífico se desplegaba como la piel de una bestia monumental y cuando pasaron junto a una torre de electricidad, el zumbido de los transformadores quedó atrapado en su cabeza como una cigarra cimbreada. Siempre le ocurría lo mismo. En el trayecto estaban todas esas viejas vallas publicitarias que promocionaban jugos de naranja, baterías y aceites para motor. Anuncios cuya ubicación no tenían ningún sentido comercial, a menos que se quisiera vender esas cosas a un alma en pena o a una de esas iguanas iridiscentes que se calentaban la sangre entre los arbustos encanijados. El desierto era el lugar más hermoso en el que había estado. Cada vez que volvía a él sentía en su mente una voz que decía: Este es un buen lugar para que vivas y para que mueras.

—Mira —le dijo a Cora. Cora dirigió la vista hacia unas formaciones rocosas en donde brotaban flores de colores inauditos.

—Es bellísimo —dijo ella.

Más adelante, en el horizonte, apareció la raya azul del océano y se perfiló un conjunto de ruinas quemadas. Klaus le explicó que, meses atrás esas ruinas fueron las casas de los obreros y el almacén de abastecimiento, y que los wayúus lo quemaron todo cuando la compañía se marchó sin pagarles. La compañía se había ido debiéndole dinero a mucha gente que vivía allí: gente que antes hacía su vida pescando o contrabandeando autos y whisky desde Venezuela. Entonces el carro

remoloneó y dio dos violentos tumbos. Klaus decidió apagarlo a unos metros de su casa, que era amplia y chata, de dos plantas y apariencia prefabricada. Estaba bordeada por un muro de cal en donde había muelas de cangrejo descarnadas que bailaban a merced del viento. Los materiales se habían corrompido con notoriedad a causa de las condiciones climáticas: en el pórtico había dos mecedoras de hierro forjado, columnas de madera rajada y ligeramente torcidas, una puerta mallada con dos agujeros, los vidrios de las ventanas mates, roídos por el constante azote del viento cargado de arena.

Klaus se percató de que en el pórtico estaba Thomas. Se mecía en la mecedora y los saludaba con la mano.

—Es Thomas —le dijo a Cora.

Bajaron del carro y caminaron hasta la casa. En el desierto sentía que sus órganos volvían al lugar adecuado.

Thomas salió a recibirlos haciéndose pantalla con la mano para protegerse los ojos del sol.

—Ella es Cora —dijo Klaus.

Cora le estrechó la mano al hombre. Era calvo. Tenía una sonrisa con los dientes perfectos y unos anteojos redondos en donde llameaba el sol.

—¿No venía también tu hermano? —le dijo a Klaus.

—Llegará la próxima semana.

—No entiendo, ¿por qué no lo esperaste en Cartagena?

—Te lo explicaré luego, ¿de acuerdo?

Una vez entraron a la casa, Thomas los condujo hacia la cocina. Allí había una mujer negra y vieja con una pañoleta que le cubría la cabeza. Se levantó para estrecharle la mano a Cora sin despegar los labios. Klaus le explicó a Cora que se llamaba Elvira y que era un miembro más de la familia, pero lamentablemente no hablaba alemán. De todas formas, añadió, cocinaba de maravilla y para eso no se necesitaba ser políglota. Cora perdió el hilo de la conversación porque, de repente, todos estaban hablando en español con la mujer. En un momento, Thomas se echó a reír. Miró a Cora con gesto indulgente.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

—Creo que metí la pata —dijo Thomas.

—Thomas consiguió un carnero para tu llegada —dijo Klaus—. Le acabo de explicar que eres vegetariana.

—Bueno... —dijo Cora.

—No importa —dijo Thomas—. Ya prepararemos otra cosa.

—No —dijo ella de golpe—. Coman ustedes el carnero.

—Elvira a veces prepara unos huevos revueltos con verduras picadas —dijo Klaus—, ¿te parece bien?

—Es perfecto.

Elvira fue por el carnero al patio trasero. Le dijo a Klaus que lo llevaría al pueblo para que lo sacrificaran y destazaran. Klaus le dijo que iba a ir con ella. Cora le preguntó si podía acompañarlos.

—Van a matarlo —dijo Klaus—. ¿No te impresionará?

—No me trates como a un bebé —dijo ella.

—Bueno, entonces vamos.

Se daba cuenta de que Cora hacía un esfuerzo por encajar en su mundo. Su intención lo enternecía. Los tres se marcharon de la casa y caminaron por un sendero en los que abundaban los esquistos. Elvira iba con el carnero a un lado, conduciéndolo mediante una soga amarilla y gruesa atada al cuello. Anochecería

pronto. El sol naranja estiraba las sombras de las rocas anunciando el acecho de la oscuridad. Elvira dijo algo en español. Klaus se lo tradujo a Cora:

—Elvira pregunta si quieres ir por la playa.

—¿Qué prefieres tú? —dijo Cora.

—Valdría la pena que la vieras a esta hora.

—Entonces vamos por ahí —dijo ella.

Enfilaron el camino hacia el mar, que a esa hora de la tarde tenía un color violeta intenso. Una vez en la playa, se toparon con un vehículo abandonado y sin neumáticos. Klaus agarró una piedra y la arrojó contra una puerta. El golpe metálico se desvaneció por el viento. Después señaló algo en la distancia del mar: una estructura en forma de mesa.

—Es la plataforma —le dijo—. Trabajé allí todos los días, durante más de diez años.

—¿Qué hay ahora? —dijo Cora.

—Está abandonada.

Se adentraron en la polvorienta plaza central del pueblo, donde a esa hora se celebraba una procesión. Habían adornado a una estatua de la virgen que tenía la nariz astillada con docenas de pequeños cristales y tejidos de colores. Algunos hombres que bebían acucillados en frente de sus casas los miraron sombríamente. Otros levantaron la mano para saludar a Elvira. En casi todas las entradas de las viviendas había esfinges de yeso con los rostros desmoronados.

Al final llegaron a un baldío y, tras cruzarlo, a una casa celeste. Aunque la puerta estaba cerrada, Elvira se acercó y empezó a golpear una ventana. Emergió un hombre somnoliento con quien empezó a discutir. El hombre desapareció en la oscuridad de la casa y al cabo de unos minutos, salió por una puerta trasera blandiendo un cuchillo con el mango roto. Recibió al animal y, sin ninguna contemplación, empezó a examinar por dónde iba a degollarlo. El carnero movía la cabeza de un lado a otro como en un trance místico. Después, en el centro del baldío, donde había un palo incrustado en la tierra erosionada, ató al carnero y le rajó el gaznate.

Klaus observó la escena sin pestañear, mientras Cora se aferraba con fuerza a su mano. Contemplaron juntos cómo la vida del animal se le escapaba por el cuello. Mientras manaba la sangre espesa y oscura, el carnero abrió la boca y emitió un resuello ronco. Los dientes cariados y planos y la lengua entera quedaron expuestos con colores ocres como de frutas podridas. La sangre, cada vez más densa y negra, recorría el pelaje hirsuto de la bestia hasta acariciar sus patas y la tierra estéril. Se esparcía entre piedras y grietas y filas de hormigas rojas como el vino. También él tenía sangre del mismo color bajo la piel, pensó Klaus, y también abandonaría locamente su cuerpo si tan solo le ofrecieran un resquicio por donde huir.

—No lo soporto más —dijo Cora. Estaba pálida.

La preparación del banquete comenzó en la noche. Elvira había regresado del pueblo en compañía del destazador, que traía la carne cortada en una carreta. Klaus le pagó al hombre y luego Thomas encendió el carbón bajo una rústica parrilla con base de hojalata. Cuando la lumbre se inflamó y las chispas remontaron en roja sacudida hacia el vasto cielo oscuro, la silueta del geólogo adoptó la forma de una montaña. Entretanto, Cora y Elvira se encargaron de sacar a rastras hacia el patio la mesa del comedor. También llevaron las sillas plegables, el mantel y los individuales. La única luz eléctrica provenía de una lámpara en el pórtico acosada por una bruma de insectos. Klaus estaba frente a la parrilla cuando, sin previo aviso, Elvira le aplicó repelente de mosquitos en el cuello, la nuca y los brazos.

—¡Basta! —dijo.

La negra se limitó a reír.

Una vez estuvo lista la carne, se sentaron en la mesa y comenzaron a comer. Thomas le preguntó a Cora si sabía que Klaus preparaba un licor.

—Tiene un alambique —le informó—. Y prepara algo que aquí llaman chirrinchi.

—¿Qué es el chirrinchi? —dijo ella.

—Es como un aguardiente —dijo Klaus—. ¿Te gustaría probarlo?

Con cierta aprensión, admitió que sí. Pero antes quería terminar de comer. En realidad, apenas probó las tortillas y haciendo un esfuerzo exagerado. Thomas la entretuvo contándole anécdotas de la petrolera. Una vez, le dijo, estuvo a punto de morir. Y estaba borracho, en particular, con la clase de licor que hacía Klaus. Las cosas ocurrieron cuando la petrolera tenía un año asentada en la costa. El sindicato había hecho un paro y todos los empleados se aglomeraban en la plataforma. Una tarde en que todos estaban borrachos, un ingeniero local le propuso un duelo a Thomas: que determinaran quién era capaz de lanzarse desde la baranda hacia al mar. Eran poco más de ochenta metros en caída libre. Un suicidio, en resumen. No recordaba qué razones los llevaron a batirse, era probable que alguna insignificancia. El ingeniero decía en frente de los obreros que los alemanes no tenían cojones y que eran los niños mimados de las directivas. Que tenían ventajas sobre los obreros nacionales, aspecto que no era del todo falso. Ellos ganaban más porque su sueldo estaba basado en las leyes alemanas y no en las miserables leyes de Colombia. Thomas pensaba responder eso, pero descubrió que el chirrinchi le impedía hablar en español. Sin darse cuenta, había estado expresándose en alemán ante la burla generalizada de los empleados. El ingeniero que lo batía se dirigió desafiante hacia el borde de la plataforma y lo animó a seguirlo. Las ráfagas de viento eran tan poderosas que casi no se podía oír nada más. En el fondo del abismo, la superficie del mar refulgía como una baldosa impenetrable. Los obreros gritaban cosas ininteligibles a sus espaldas. Alguien les preguntó qué canción deseaban oír si morían, lo cual era casi una certeza. No sabía qué eligió el ingeniero, pero él exigió en su funeral *Das Deutschlandlied*. Quería morir por la patria, con el himno, entre lágrimas patrióticas. Entonces vio que el ingeniero, de repente, se dejaba caer al

vacío. Thomas dudó en imitarlo, aferrado con fuerza a la baranda de hierro galvanizado. Detrás de él estaba toda esa gente ebria y furibunda y sabía que, de no hacerlo, se lo comerían vivo. Entonces cerró los ojos y dijo: Que sea lo que Dios quiera.

—El ingeniero quedó inconsciente en la cresta de una ola —agregó Thomas—, y yo me fracturé la clavícula, el fémur y cuatro costillas. Ambos fuimos sancionados sin sueldo por cinco meses. Sabíamos que, de no ser por la simpatía del sindicato y un par de mentiras, nos habrían despedido. Por poco morimos.

Klaus estaba riendo a carcajadas. Luego le dijo a Cora:

—Debí celebrar el Año Nuevo en la habitación de un hospital de Riohacha. Las enfermeras tomaban champaña a escondidas del médico de guardia. A veces iban a la habitación y le maquillaban la cara a Thomas cuando se quedaba dormido.

—Es terrible —exclamó Cora, divertida.

—No tanto —dijo Thomas—. Pero ¿por qué no me cuentas algo de ti? Klaus me dijo que ustedes dos fueron novios cuando eran más jóvenes.

—Sí —dijo ella, y mirando a Klaus con timidez, agregó—: pero eso fue hace mucho tiempo.

—Ahora está con mi hermano —dijo Klaus en un tono lúgubre.

—Se podría decir que ya probaste a toda la familia Zweig —dijo Thomas.

Visiblemente incómoda, Cora se pasó el pelo por detrás de las orejas.

En ese momento, Elvira recogió los platos y los llevó a la cocina. Regresó a los pocos minutos con una damajuana esmerilada y un cántaro de agua. En la damajuana estaba el chirrinchi. Thomas lo sirvió en los vasos.

—¿Por qué quieres brindar? —dijo Thomas.

—Brindemos por Cora —dijo Klaus.

Mientras bebía, empezó a sentir un fuerte dolor detrás del ojo. Era como si los músculos que maniobraban el órgano estuvieran recubiertos por pequeños alfileres.

—¿Estás bien? —dijo Thomas.

—Sí —dijo Klaus—. Sírveme más.

Thomas levantó la damajuana y dejó caer un chorro profuso de chirrinchi. Cuando le acercó el vaso le susurró algo al oído.

—¿Cómo salieron los exámenes?

—No quiero hablar de eso ahora, Thomas.

Klaus despertó en su habitación a las once de la mañana del día siguiente con resaca y una comezón insoportable bajo el parche. Su ropa estaba arrugada, cubierta de polvo; arena y sangre bajo las uñas; la lengua áspera como una alfombra y los brazos lastimados por la posición en que había dormido. Se palpó la cara: la comezón húmeda en torno a la cuenca de su ojo perdido estaba salpicada por un brote que se expandía hacia sus pómulos. No sentía el paso del aire por el parche y tenía la impresión de que algo gusaneaba en la cavidad.

Dentro de sí crecía una amargura inexorable. Hacía mucho tiempo no se sentía de esa manera. Durante años, el desierto lo había ido transformando en otra persona. No comprendía con seguridad en qué, pero tenía la certeza de que allí se esfumó gradualmente un impulso violento de su juventud. O quizá, pensó, solo se había ablandado y envejecido. Esa mañana, no obstante, un malestar antiguo se instaló una vez más en sus tripas.

Se levantó de la cama y luego se situó en frente de la ventana. Los objetos que lo rodeaban tenían de golpe un aspecto ajeno y extraordinario: una cortina *beige* sacudida por el viento, una bomba verdirroja de Baygon sobre una mesita de noche, las aspas del ventilador girando con lentitud, apenas batiendo el aire caliente y viciado de la habitación. Le hervía la sangre de los pies y de las manos, y cuando parpadeaba sentía un dolor espantoso en la cabeza.

No recordaba nada de la noche anterior. Se rascó el mentón con las dos manos. Fue a la cocina y se encontró con Elvira.

—No me gusta que te emborraches —dijo la mujer.

—¿Por qué?

—Porque haces estupideces.

—No me acuerdo de nada que me avergüence —dijo él—. A ver, ¿qué se supone que hice?

—Tuvimos que buscarte... Una vez más te volviste insoportable.

—Quiero algo para comer.

Ella lo miró un rato con gravedad. Después le hizo el desayuno. Cuando le sirvió el café y los huevos Klaus le preguntó dónde estaban los demás.

—Thomas salió de la casa y Cora... Cora no sé dónde estará.

Tener algo en el estómago no cambió gran cosa su situación. Salió de la casa y encontró el Renault aparcado en un lugar diferente. ¿Había conducido anoche? ¿A dónde? Se palpó los bolsillos delanteros en busca de las llaves, pero solo halló arena y grava. En el bolsillo de atrás, sin embargo, encontró un papel. Lo sacó y descubrió el sobre abierto con el resultado de los exámenes. Volvió a guardarlo con rapidez en el mismo lugar.

Empezó a caminar hacia el mar por un sendero que atravesaba las ruinas quemadas. Paseó junto a la entrada del antiguo aljibe de la compañía, cruzó un viejo rancho de bahareque y techo de palma retorcida por el sol y atesada por el salitre. Se detuvo en frente de una casa con la fachada casi intacta, salvo por la ausencia de la puerta principal y de cristales en las ventanas. Miró hacia uno y otro lado antes de entrar, como si acaso pudiera aparecer el dueño y reprocharle la intrusión. Franqueó el pórtico de ladrillos sin revocar y junto al quicio vio una compleja red de canales nervudos hechos por termitas. Era evidente que le habían prendido fuego a la casa desde dentro. Atravesó la sala, sorteando un sillón de mimbre a medio quemar, y siguió hasta llegar a la cocina. Era la réplica devastada de la suya. La pared del fondo se había derrumbado, de manera que desde allí podía verse el pueblo en la distancia y parte de un malecón sobrevolado por una bandada de goleros. Recordó que su casa fue la única que no quemaron porque Elvira intervino por ellos ante los indios.

En la cocina en ruinas, aún quedaba una nevera, una estufa y dos sillas de madera con los espaldares quebrados. Se sentó en una de ellas. Se frotó las sienes y luego miró sus manos tiznadas. Allí, frente al agujero en la pared, supo de golpe lo que había hecho la noche anterior.

Se recordaba bebiendo directamente de la damajuana, golpeando la mesa y pronunciando injurias contra Helen. La vergüenza le hizo un nudo en el estómago. También recordó que, en determinado momento, se había apartado de la mesa aduciendo que iba a mear. En lugar de ir a la casa, enfiló el abismo del desierto. Se vio a sí mismo con la bragueta abierta, sin poder distinguir el hilo de orín, pero sí oyendo el gorgoteo que producía el chorro contra las rocas porosas. ¿Qué sucedió después? Si no se equivocaba, al terminar se subió la cremallera y comenzó a caminar sin rumbo hasta llegar a una hoyada circular. A veces tropezaba con arbustos y desniveles, caía, se levantaba y volvía a andar. Intentó orientarse sin éxito en medio de un vendaval ensordecedor que lo empujaba sin tregua. La certeza de saberse perdido lo fundió con las sombras y el aliento del desierto: ese aire tibio y salobre que había nutrido su sangre durante una década. Había intentado huir del mundo, pero el mundo ya había elaborado cuidadosamente los planos de su destrucción, un algoritmo inquebrantable según el cual todos sus propósitos no eran más que un artificio, un disfraz, un puñado de maquillaje barato con el cual encubrir que era un polizón confinado en sí mismo. No recordaba cuánto tiempo se quedó allí, pero sí que fue Cora quien lo encontró. En la oscuridad espesa ella lo palpó con las manos y lo condujo con cautela camino a las lejanas luces de casa. Lo que sucedió después era confuso. Trastabillaba junto a Cora cuando un pitido infernal comenzó a zumbir en sus oídos. Debió detenerse. Cayó de rodillas y se apretó la cabeza con toda la fuerza de sus manos. Cora se acuclilló junto a él. ¿Estás bien?, preguntaba una y otra vez. El silbido tenía algo férreo que se traducía en un sabor metálico en su boca. No recordaba cuánto tiempo duró aquello, pero sí que el zumbido se fue de la misma forma imprevista en que vino. Se quedó un rato tendido en la arena pedregosa y Cora,

que también había bebido algo, se acostó junto a él. Contemplaba el cielo sin la menor sensibilidad, aguardando no sabía qué. Saltar sobre Cora le pareció impostergable. La había codiciado en secreto, reprimiéndose, y fantaseaba con que cediera en el anonimato que ofrecían la noche y sus tinieblas. Se dio vuelta y trató de besarla, pero Cora lo apartó riendo. Recordaba esa carcajada invisible, el crujir de las piedras bajo sus rodillas y la idea inquebrantable de penetrar sus entrañas. También recordaba sus manos sucias tirando de su blusa súbitamente, luego de sus brazos. De la risa Cora saltó a los gritos. Ella rechazó las primeras caricias torpes y suaves y también las que llegaron después, más bruscas y desesperadas. Vio en su memoria el forcejeo, el polvo que se adhería a sus caras recubiertas por un sudor agrio y oleoso que chispeaba bajo la débil luz de la luna. Escuchó el jadear desesperante de aquella mujer y el rasgar de su ropa, su aullido entrecortado pidiendo auxilio en la nada. Vio su mano salvaje aplastándole los labios contra los dientes, otra sujetándola del cuello con violencia.

En algún momento, ella lo había derribado con un golpe de rodilla y él quedó a gatas: así la persiguió después como un loco poseído, que su memoria recreaba además con la boca espumeante. Había alcanzado a agarrarle la pierna y ella volvió a golpearlo con la que tenía libre, y cuando Cora gritó una vez más, él la mordió en la pantorrilla y ella tiró de su pelo con la fuerza duplicada por el alcohol. Se enzarzaron en otro enfrentamiento, ella gimoteando, él crujiendo los dientes, cada segundo más bajo y vulgar: aprovechaba el forcejeo para tocarle la entrepierna y a menudo tiraba de su camiseta con el apetito desbocado que le producía la voluptuosidad de sus tetas. No sabía cómo hizo al final Cora para liberarse y correr lejos, o si acaso él había perdido el aliento y dejado que se marchara. Al final se quedó tendido en la arena con la cara aplastada contra el suelo, escuchando su propia respiración. Recordaba con vaguedad haber visto a una vieja sin dientes que sonreía acucillada sobre un peñasco, y que luego se abrazaba a un cactus desde donde seguía observándolo con una expresión de burla. Pensó que estaba volviéndose loco y, sin distinguir ya qué era real o ficticio, se dio vuelta y gateó un tiempo hasta quedar dormido. Thomas lo halló un rato después. Lo ayudó a incorporarse. De cómo llegó a su habitación no tenía ninguna remembranza.

La resaca y una vergüenza que invitaba al suicidio lo consumían sin piedad en la casa quemada. Aturdido, sediento, anulado, subió por las escaleras apretando las manos. Al respirar las partículas de polvo que flotaban en el aire, sus pulmones ardían. Tenía miedo, los huesos anquilosados, un nudo en la garganta. En la habitación principal no había nada remarcable: un álbum de fotos sin fotografías y un par de zapatos con los cordones atados entre sí. Era un error haber descuidado a Helen, pensó; era un error que su hijo observara su familia desplomarse; era un error que permitiera que esos dos muchachos se la arrebataran con impunidad y en sus narices. Pero, sobre todo,

era un error haber invitado a Cora al desierto. Su presencia allí enturbiaba su mente, removía aguas oscuras. ¿En qué momento había terminado envuelta con Adler? ¿Le contaría lo sucedido? Probablemente, Adler cancelaría el vuelo. Lo había echado a perder.

La ventana que en la casa en ruinas correspondía a su cuarto daba a la playa y desde allí pudo ver la silueta de un hombre al sol. A su lado estaba el auto herrumbroso abandonado en la arena. Quizá era Thomas. ¿Quién, si no? En ese preciso instante el hombre se dio vuelta y miró hacia donde él estaba. Teniendo en cuenta que desde su posición su amigo tenía un vastísimo panorama en el que la ventana solo era un punto insignificante, la coincidencia le pareció a Klaus poco menos que increíble. Se miraron, inmóviles, como sin saber cómo reaccionar. Entonces Klaus lo vio levantar la mano. Él le devolvió un saludo inexpresivo y emprendió el camino hacia la playa. Cuando llegó se sentó a su lado.

—La llevé en auto a Riohacha en la mañana —dijo—. Quiso volver sola a Cartagena.

—Está bien.

Thomas acercó la cara.

—Tenía una venda en la pierna y la ropa rasgada —continuó—. Además, le vi unas marcas en el cuello. ¿Qué mierda le hiciste?

—No sé muy bien qué pasó.

—¿Pero es que te volviste loco?

—Corta la mierda, por favor.

Thomas guardó silencio un instante. Después volvió a hablar:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Klaus observaba hacía ya algunos minutos que algo se aproximaba desde la plataforma. Era, si no lo engañaba su ojo, una Zodiac plateada que surcaba las olas y de la que refulgían cañones de fusil. Ya no podía fiarse ni siquiera de sí mismo. Quizá eran Las Liebres, como lo vaticinó su hijo. O tal vez basura que arrastraba la marea. Le daba igual.

—Lo que quise siempre —dijo y se acodó de espaldas en la arena—. Nada.

Epílogo: la voz de nadie

El mundo es inestable como una casa en llamas
Lin-Chi (866 d. C.)

Cora Baumann eligió un hotel en El Laguito. Prefería estar lejos de los espacios que había compartido con Klaus. Como en el cuento que escribió en sus años universitarios, se depilaba las piernas en una bañera, confinada en sus propios pensamientos. Las cortinas de la habitación estaban cerradas, pero muescas de la luz del sol se filtraban por los resquicios junto con la algarabía de los pájaros y de los vendedores ambulantes que recorrían la playa. En el espejo de un tocador, alcanzó a ver el reflejo de su cara. Tenía un moretón en el pómulo derecho y rasguños en la mandíbula que se extendían hasta el lóbulo de la oreja. Sus brazos estaban llenos de magulladuras y se había torcido el tobillo en la oscuridad del desierto. Cuando se lavó la cabeza debió arrancarse con la uña costras de arena y sangre que se habían formado en su cuero cabelludo.

Había estado en el hotel durante tres días. La noche que llegó, estaba vencida por el cansancio y se desplomó sin fuerzas en la cama. Antes de quedar dormida, se había debatido entre llamar o no a Adler, quien con toda seguridad seguía en su apartamento, en Berlín. Luego perdió la noción del tiempo. No soñó nada. Fue a la mañana siguiente cuando se dio cuenta de que en realidad no le apetecía hablar con Adler. No quería saber nada de los hermanos Zweig. Desde luego, Adler no tenía la culpa de lo ocurrido, pero el episodio en aquellas dunas había matado algo. No podía definir qué cosa, pero sí percibía que sus emociones eran radicalmente volátiles y confusas. ¿Qué iba a hacer de allí en adelante? ¿Debía avisarle a Adler que regresaría a Alemania y que, en consecuencia, él iba a tener que pasar las vacaciones solo con su hermano? ¿Cómo pedirle que se fuera de su apartamento? En algún momento tendría que solucionar esos detalles. Le habría gustado volver en el tiempo y, por lo menos, haber evitado esa relación intempestiva con él. Eso le habría permitido volver a su hogar sin necesidad de verse forzada a dar explicaciones.

Cuando salió de la bañera, se sorprendió de su propia tranquilidad. Estaba manejando bien las cosas, a pesar de todo. No le guardaba ningún rencor a Klaus. La sensación que albergaba por él era de asco y miedo. Una aversión profunda, que llegaba a percibir de manera física, en las entrañas, como una infección intestinal. El miedo, por otra parte, provenía de aquella oscuridad en el desierto, esas tinieblas inmensas e infranqueables en que había sucedido todo. ¿Cómo podía vivir Klaus en un lugar donde la noche se cerraba de manera tan siniestra? De solo pensar en esa negrura se sobrecogía. Relacionó esa atmósfera con la muerte y con el olvido perpetuo y con otras cosas a las que no pudo atribuirles una palabra. En fin, pensó, los sucesos cambiaron dramáticamente su relación con los Zweig. El pasado que tuvieron en común ahora era una voz sin dueño, un alarido insoportable que no quería volver a escuchar jamás.

Retiró la banda protectora del inodoro, en la que se aclaraba que la pieza había sido higienizada, y mientras orinaba mirando el rectángulo de luz que se formaba en torno a la cortina, recordó un hecho aislado que había sucedido años atrás en un salón de belleza de Berlín. Estaba en una sala de espera junto con otras mujeres.

Aguardaba, como ellas, su turno para la sesión de depilación con cera y, para matar el tiempo, leía una revista en la que había un artículo sobre el funcionamiento de la memoria. Era un texto masticado hasta el cansancio para hacerlo digerible a la lectora descuidada, pero planteaba una idea interesante. Estaba basado en la investigación de una doctora británica llamada Dorothea Smith, o Dora Sim, o algo así, que originalmente se había publicado en el *Magazín de la Neurociencia*. De acuerdo con el artículo, la memoria funcionaba como una voz grabada una y otra y otra vez hasta que perdía cualquier relación con la fuente original. Afirmaba que cada vez que se recordaba un acontecimiento, las redes cerebrales modificaban el recuerdo en sí. De esa manera, cada vez que se rememoraba algo, solo se estaba recordando la última versión de ese recuerdo. No había posibilidad de volver a la remembranza original. Todo era una fotocopia de otra fotocopia. Según la autora, la investigación podía tener incluso repercusiones en los sistemas de justicia que se basaban en testimonios. *Si sabemos que la memoria altera los recuerdos, ¿qué tan legítimos son los testimonios?*, terminaba el artículo.

El tema había quedado dando vueltas por su cabeza desde entonces y, aunque en su momento juró investigar un poco más, un día cualquiera dejó de importarle. Ahora que volvía a su memoria se le planteaba una paradoja: ¿con qué fidelidad estaba rememorando el artículo?, ¿era acaso una copia distorsionada? Por otro lado, nadie podría venir a decirle que lo sucedido en el desierto era una tergiversación del evento original. Tenía heridas. Recordaba con claridad las palabras borrachas de Klaus, su aliento pestilente, ese ojo alucinado y fuera de su órbita, sus manos, que desde el suelo tiraban de las faldas de su camisa como si quisieran arrastrarla a lo profundo. No era su memoria la que había sido transformada. Era Klaus. ¿Podía aquel tumor haber cambiado algo en su comportamiento? ¿Sabía lo que estaba haciendo? Claro que lo sabía, concluyó. La vida lo había echado a perder. Le pareció obvio que, desde ese ángulo, el reencuentro había sido un error, un conato por recuperar algo inasible: la posibilidad de revivir momentos elocuentes de la infancia. ¿Cuál era, si no, el verdadero motivo por el que ella estaba ahí, en ese país sudamericano donde no se podía ir a la playa sin ser acorralada por una caterva de vendedores ávidos y agresivos?

Se levantó del inodoro y luego fue a la cama. Se sentó en la esquina del colchón, con las piernas abiertas y los pies empinados, y empezó a secarse el pelo con cuidado usando una toalla áspera del hotel. Algunos movimientos de los brazos le causaban un dolor agudo en las coyunturas de los huesos, e igual sucedió cuando inclinó la cabeza para dejar que el pelo cayera extendido. Los gritos de los vendedores en ese idioma incomprensible fueron sacándola de quicio, así que se enrolló la toalla en la cabeza y, ya con las manos libres, encendió la televisión. Sin acostarse siquiera, quedó embobada con una película francesa. La asombró que tratara sobre una mujer que perdía la memoria. Algunas veces, pensó, la vida era así, fingía transmitir un mensaje trascendental que luego se desvanecía en el instante previo a su revelación.

La película trataba de una escritora que caía en una amnesia profunda tras un accidente de motocicleta en la Provenza francesa. Estaba casada con un periodista que la amaba ciegamente, pero que no disponía de los medios para pagar tratamientos especializados. Por esa razón, todas las noches el esposo le leía los libros que ella había publicado. Parecía que con ese acto guardaba la esperanza de que en sus propios textos encontrara un vehículo hacia su pasado. El efecto, no obstante, era el contrario. La mujer comenzaba a convencerse de que la vida que había olvidado era la de sus libros y encontraba su realidad repulsiva e inadmisibile. Desde luego, terminaba abandonando al marido en busca de sus deseos más auténticos.

Apagó la televisión y, tras ponerse sandalias, una blusa y una falda plisada, salió del cuarto en dirección al restaurante del hotel. Mientras bajaba por el ascensor, se miró en el espejo y recorrió con el dedo el moretón del pómulo, que había adquirido la forma de un anillo y el color de una ciruela. En medio del acto, que repetía sistemáticamente, concluyó que la película había sido mala, aunque una pequeña variación en el nudo la habría podido salvar. Estaba convencida de que la protagonista debía haber sentido una repulsión infinita tanto por su obra como por su realidad. De esa manera habría quedado en un limbo entre ambos estados. Atrapada y sin salida, pensó, sí, así habría sido mejor. Las puertas del ascensor se abrieron y le llegó un aroma a levadura y frutas cocidas. Tomó asiento y un mesero se acercó a ella con el menú, que estaba en español e inglés. Esperó de pie un rato, pero luego se fue. Cora leyó la lista de platos desde el principio hasta el final, uno por uno, incluyendo las bebidas, los cócteles, los postres, los precios, los horarios del desayuno y la cena, el nombre de la compañía que había impreso el menú. Después cerró la carta y se quedó mirando a través de la ventana una larga hilera de palmeras que ya no daban cocos o que los daban enanos y achicharrados, como si la tierra de la que extraían los nutrientes estuviera envenenada por esa ciudad que con frecuencia olía a heces. Se suponía que Adler iba a viajar en los próximos días y que Klaus y ella irían al aeropuerto a buscarlo. Si se tomaba en cuenta que Klaus no tenía manera de comunicarse con él desde el desierto, descartaba la posibilidad de que le hubiera contado el incidente a su hermano. Por otra parte, incluso si Klaus hubiera viajado a la ciudad más cercana, dudaba de que tuviera el coraje de exponerle los hechos a Adler. Sintió verdadera pena por Klaus. Y sabía que si él supiera cuánta lástima le daba, habría sido capaz de volverla a maltratar.

El mismo mesero que la había atendido volvió a su mesa, lapicero en ristre y libreta abierta. Ella se percató con asombro de que el mesero tenía los ojos enrojecidos y húmedos, como si hubiera estado llorando. Cora se levantó de la mesa. Por un momento, pareció que iba abrazarlo o a besarlo o tal vez a darle palabras de aliento por cualquiera que fuera el motivo que lo agobiaba. Pero, en lugar de eso, lo quedó mirando impasible un instante y, antes de darle la espalda, le ofreció disculpas en inglés para que le diera espacio. Se marchó deprisa escaleras abajo fuera del hotel. No tenía apetito, pese a haber tomado solo un café en la terraza por la mañana. El sol

brillaba con fuerza en el asfalto y dedujo, por los charcos en medio de la calle y el denso olor a humedad, que había llovido la noche anterior. Caminaba sin rumbo, sin conocer qué había después de cada esquina, oyendo a la distancia el fragor del oleaje. Había muchos otros extranjeros en la calle. Tenían aspecto de delincuentes o depredadores sexuales, en especial los israelitas y los italianos, vestidos con harapos asquerosos y expresándose con arrogancia frente a ciertas mujeres tatuadas, que quizá eran las prostitutas locales. En las pocas ocasiones que se había asomado a la calle descubrió que el sector estaba abarrotado de esa clase de turistas. Antes de llegar a una esquina en donde se anunciaba la existencia de un casino, encontró un pequeño café internet llamado La Bujía en la planta baja de un edificio. Entró y se sentó en una mesa junto a la vitrina. El aire del local estaba impregnado de un aroma artificial a manzana que le hirió el olfato. El muchacho que atendía aguardaba detrás del mostrador y no se inmutó ante el tañido de la campanita que se sacudía cuando alguien abría la puerta. Cora lo miró varias veces tratando de llamar su atención, pero él seguía echado en su silla reclinable y leía un libro de un autor con nombre latino. Finalmente se vio en la obligación de levantarse y confrontarlo. El muchacho levantó la mirada del libro y la quedó viendo.

—¿Inglés? —dijo ella.

—Algo —respondió él en el mismo idioma.

Junto a la caja registradora, había un aerosol para matar cucarachas y un montón de monedas ordenadas en gavillas. El muchacho, por su parte, tenía el pelo revuelto y largo y los dientes separados. Se incorporó con lentitud, a todas luces fastidiado. Daba la impresión de que le hartaba ese empleo y que le importaba un pito la suerte del negocio.

—Voy a utilizar una de las computadoras —dijo ella.

—Elija la que quiera —dijo él y volvió a caer en su silla reclinable como una roca.

Se sentó en frente de una Compaq, que empezaba a ponerse amarilla por el tiempo, y fue directo a su correo electrónico. Después abrió una ventana para redactar un mensaje. Iba dirigido a Adler. Recordaba su correo, porque solo era su nombre completo separado por un punto. Le escribió que, por razones que no estaba interesada en discutir en el momento, había decidido volver a Berlín antes de lo previsto. Le rogaba que no cambiara sus planes y esperaba que, al llegar a Colombia, pasara un mes agradable en compañía de Klaus. Más tarde, le decía, cuando hubiera tiempo, podrían hablar un poco más de su decisión. Finalizaba agregando que no debía preocuparse de nada. Ella estaba bien. Envió el mensaje y luego fue a la bandeja de enviados. Releyó el texto un par de veces y lamentó no haber sido más contundente. Le preocupaba que Adler pudiera decidir quedarse en Berlín. Esa idea activó algo en el interior de su organismo, una oleada de calor que se expandió hasta su cabeza y la llenó de odio. Cerró su correo y, por inercia, fue a los diarios alemanes. Revisó desganada los titulares, que hablaban más o menos de los mismos problemas

de siempre. En la esquina superior derecha, vio esa sección a la que solía recurrir años antes para darle nombre a sus personajes: el obituario. Entró ahí, sabiendo de antemano que ya no escribiría nada, nunca más. En lugar de encontrar nombres curiosos, halló el del abuelo de los Zweig: Abelard Zweig. Fallecido hacía dos días. Se quedó helada, con el *mouse* en la mano y el dedo erguido. Repasó velozmente el texto, que parecía haber sido escrito o solicitado o pagado por una mujer llamada Olga, quien había sido su cuidadora por años. El texto decía que el viejo Abelard fue un hombre cariñoso que nunca superó del todo la viudez. Hablaba de su hijo fallecido en un accidente de tránsito y también de sus nietos. Cora dejó de leer y se preguntó si ya Adler sabía la noticia. Miró a su alrededor en busca de alguna cabina telefónica, pero no encontró ninguna. Se levantó y fue hacia el muchacho del mostrador, le preguntó dónde podía hacer una llamada de larga distancia. El muchacho señaló con el dedo unas escaleras que conducían al pasillo del edificio, al cual estaba incorporado el local.

—En frente hay uno —dijo.

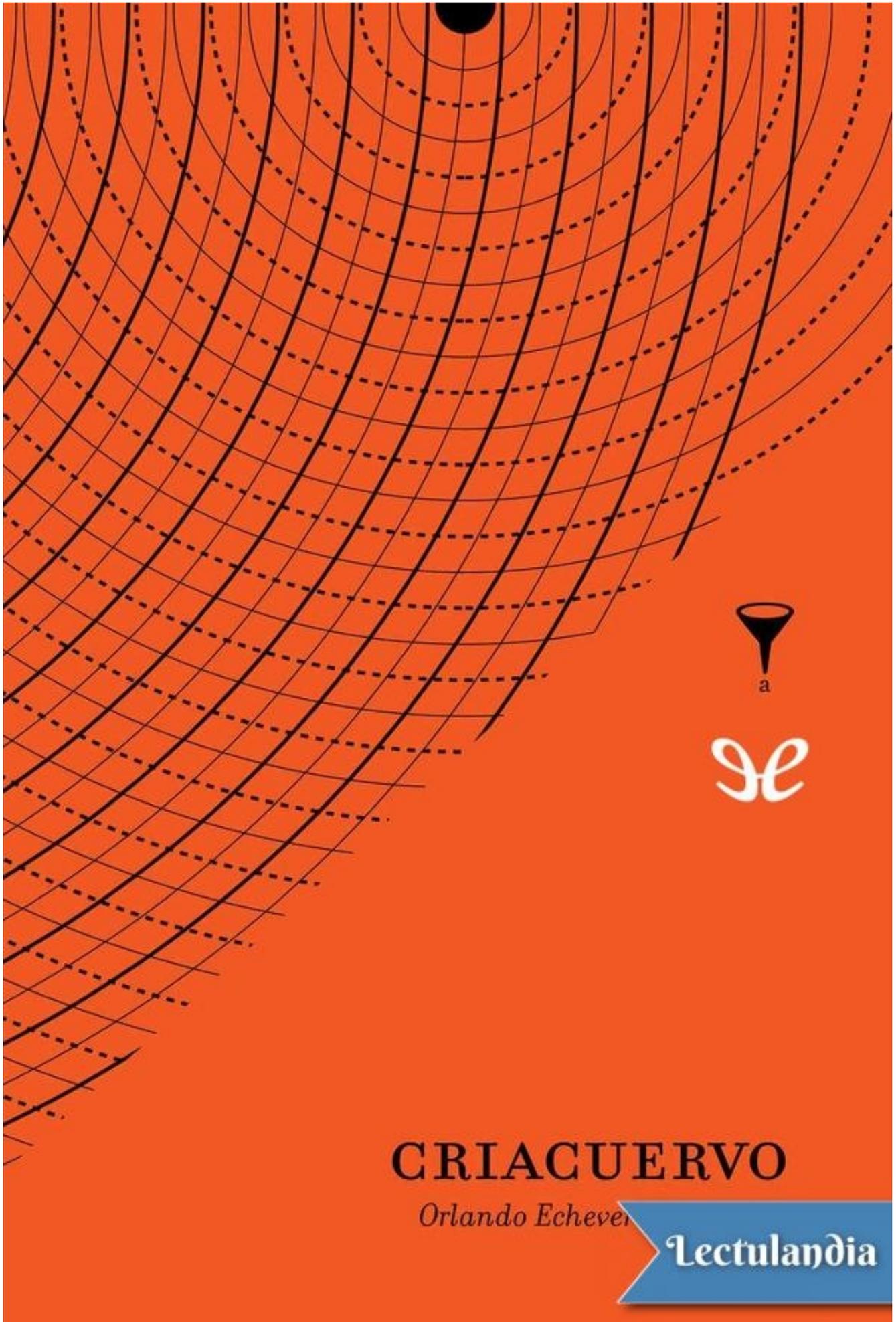
Ella dejó un billete de cinco mil pesos sin saber si con eso era suficiente y fue al lugar que le indicaron. Le asignaron la cabina número seis. Abrió y cerró la puerta y marcó el número de su apartamento en Berlín. El timbre sonó dos, tres, cuatro veces. Alguien levantó el tubo del teléfono.

—¿Hola? —dijo ella.

Al fondo se oían pasos y vasos que chocaban. Luego apareció una voz que no logró identificar. De inmediato, siguió una risa.

—¿Adler? —dijo—. ¿Quién está ahí?

Una vez más, no recibió respuesta. No la recibiría en las siguientes llamadas, que hacía pulsando el botón para remarcar, ni tampoco en las que haría al día siguiente, cuando decidió cambiar la fecha de su tiquete para viajar de inmediato.



CRIACUERVO

Orlando Echeverri

Lectulandia

